

THOMAS BERNHARD TALA



Lectulandia

Considerada por el conocido crítico alemán Marcel Reich-Ranicki como una de las veinte obras maestras de la literatura alemana, TALA (1984) es una demoledora invectiva contra el mundo artístico de Viena y, al mismo tiempo, un análisis de la extraordinaria complejidad que caracteriza las relaciones y los sentimientos humanos. En esta novela impregnada del inconfundible estilo de Thomas Bernhard (1931-1989), el narrador, invitado a una cena en casa de unos viejos amigos con los que había cortado toda relación, da libre curso a la memoria desde su posición de observador implacable, atrayéndola una y otra vez hacia el presente en un vaivén jalonado de diatribas y reflexiones que se traduce en un reconocimiento irritado y profundo de la infelicidad, de la esterilidad del esfuerzo y de la desesperanza.

Lectulandia

Thomas Bernhard

Tala

ePub r1.0

Titivillus 09.01.15

Título original: *Tala*
Thomas Bernhard, 1984
Traducción: Miguel Sáenz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Como no he conseguido hacer más sensatos a los hombres, he preferido ser
feliz lejos de ellos.

VOLTAIRE

Mientras todos esperaban al actor que les había prometido venir a su cena de la Gatzgasse, después del estreno de *El pato salvaje*, hacia las once y media, yo observaba al matrimonio Auersberger, precisamente desde el sillón de orejas en el que, a principios de los años cincuenta, me sentaba casi a diario, y pensaba que había sido un grave error aceptar la invitación de los Auersberger. Hacía veinte años que no veía a los Auersberger y, justamente el día de la muerte de nuestra común amiga *Joana*, me los había encontrado en el *Graben* y, sin circunloquios, había aceptado su invitación a aquella *cena artística*, así había calificado el matrimonio Auersberger su banquete. Durante veinte años no había querido saber nada del matrimonio Auersberger y durante veinte años no había visto al matrimonio Auersberger y en esos veinte años el matrimonio Auersberger me había dado bascas sólo al oír su nombre pronunciado por un tercero, pensaba en mi sillón de orejas, y ahora el matrimonio Auersberger me enfrenta con ellos y con mis años cincuenta. Durante veinte años he evitado al matrimonio Auersberger, durante veinte años no me los he encontrado una sola vez, y justamente ahora he tenido que tropezarme con ellos en el *Graben*, pensaba; y que realmente había sido una tontería devastadora ir precisamente ese día al *Graben* y, más aún, como me había acostumbrado a hacer, por cierto, desde que había regresado de Londres a Viena, recorrer el *Graben* varias veces de un lado a otro, cuando hubiera tenido que imaginarme que *tendría que* encontrarme a los Auersberger alguna vez, y no sólo a los Auersberger, sino también a todas las demás personas que había esquivado en los últimos decenios y con las que, en los años cincuenta, había tenido un intenso, como solían decir los Auersberger, un intenso *trato artístico*, al que, sin embargo, había renunciado hacía ya un cuarto de siglo, es decir, exactamente en el momento en que, dejando a los Auersberger, me fui a Londres, porque rompí, como suele decirse, con todos aquellos vieneses de entonces y no quise verlos más ni tener absolutamente nada que ver con ellos. Al fin y al cabo, ir al *Graben* no es otra cosa que ir directamente al infierno de la sociedad vienesa y encontrarme precisamente con la gente que no quiero encontrarme, y cuya aparición me causa todavía hoy todas las crispaciones físicas y mentales imaginables, pensaba sentado en mi sillón de orejas, y sólo por esa razón había evitado ya el *Graben* en los últimos años de mis visitas a Viena viniendo de Londres, y tomado otros caminos, tampoco el *Kohlmarkt*, lógicamente tampoco la *Karntnerstrasse*, había evitado la *Spiegelgasse* lo mismo que la *Stallburggasse* y la *Dorotheergasse* e igualmente la *Wollzeile*, a la que siempre había temido, y la *Operngasse*, en la que con tanta frecuencia había caído en la trampa precisamente de las personas que siempre había odiado más. Pero en las últimas semanas, pensaba en mi sillón de orejas, había tenido de repente una gran necesidad de ir precisamente al *Graben* y a la *Karntnerstrasse*, a causa del aire puro y del matutino torbellino de gente, que de repente me resultaba agradable, precisamente allí y precisamente también al *Graben* y a la *Karntnerstrasse*, probablemente porque, final y decididamente, quería sustraerme, escapar a mi soledad de meses en mi piso de *Währing*, a aquel aislamiento que realmente me

estaba embruteciendo ya. En las últimas semanas he sentido siempre como un alivio mental y físico el recorrer la Kärntnerstrasse y el Graben y, por consiguiente, el ir de un lado a otro por el Graben y la Kärntnerstrasse; ese ir de un lado a otro ha hecho tanto bien a mi cabeza como a mi cuerpo; como si en los últimos tiempos necesitase más que nada ese ir y venir por el Graben y por la Kärntnerstrasse, en esas últimas semanas subía y bajaba *diariamente* por el Graben y por la Kärntnerstrasse; en la Kärntnerstrasse y en el Graben estaba de repente, dicho sea con franqueza, después de una debilidad mental y física de meses, otra vez en forma y me recuperaba a mí mismo; me regeneraba subir por la Kärntnerstrasse y volver a bajar por el Graben; *sólo ese ir de un lado a otro*, había pensado siempre al hacerlo, y, sin embargo, había sido más; sólo ese ir de un lado a otro, me decía una y otra vez, y realmente me había permitido otra vez pensar y realmente otra vez filosofar, ocuparme otra vez de la filosofía y la literatura, que habían estado en mí tanto tiempo reprimidas, incluso muertas. Precisamente ese largo invierno malsano que, desgraciadamente, como pienso ahora, he pasado en Viena y no, como los anteriores, en Londres ha matado en mí todo lo literario y todo lo filosófico, pensaba en mi sillón de orejas; gracias a ese ir y venir por el Graben y por la Kärntnerstrasse me lo he hecho posible otra vez, y realmente atribuía ese estado mental vienes mío, que podía calificar de repente de, por decirlo así, *estado mental rescatado*, a la terapia de Graben-Kärntnerstrasse que me había prescrito desde mediados de enero. Esta espantosa ciudad de Viena, pensaba, que me ha precipitado profundamente en la desesperación y realmente, otra vez, en algo que es sólo una situación sin salida, es de pronto el motor que permite otra vez pensar a mi cabeza, que permite otra vez a mi cuerpo reaccionar como un cuerpo vivo; de día en día observaba en cabeza y cuerpo ese revivir progresivo de todo lo que, durante el invierno entero, había estado ya extinguido en mí; si durante el invierno entero había echado la culpa a Viena de mi extinción mental y física, ahora era a esa misma Viena a la que debía el haber vuelto a revivir. Estaba sentado en mi sillón de orejas y cantaba, pues, las excelencias de la Karntnerstrasse y del Graben, atribuyendo mi restablecimiento mental y físico a esa terapia mía de la Karntnerstrasse y el Graben, y a nada más, y me decía que, como era natural, tenía que pagar un precio por esa terapia acertada y pensaba que el haber encontrado al matrimonio Auersberger en el Graben era el precio de esa terapia lograda y pensaba que ese precio era un precio muy alto, pero que hubiera podido tener que pagar también un precio mucho más alto, porque al fin y al cabo me hubiera podido encontrar en el Graben a gente mucho peor que los Auersberger, porque, considerándolo bien, los Auersberger no son los peores, por lo menos no los peores de todos; pero, sin embargo, ya es bastante malo haberme encontrado precisamente a los Auersberger en el Graben, pensaba en mi sillón de orejas. Un hombre fuerte y un carácter igualmente fuerte, pensaba, habría rechazado la invitación, pero yo no soy ni un hombre fuerte ni un carácter fuerte al contrario, soy el más débil de los hombres y el más débil de los caracteres, y estoy más o menos a la merced de todos. Y volví a

pensar que había sido un grave error aceptar la invitación del matrimonio Auersberger, porque al fin y al cabo no quería tener nada que ver con el matrimonio Auersberger en toda mi vida, y entonces voy por el Graben y me dirigen la palabra y me dicen si no he sabido de la muerte de Joana, que Joana se ha ahorcado, y yo me comprometo y acepto su invitación. Que por un instante me había puesto sentimental de la forma más vergonzosa, pensaba, y que el matrimonio Auersberger había aprovechado inmediatamente ese sentimentalismo mío, y pensaba que habían explotado igualmente el suicidio de nuestra común amiga Joana para hacer una invitación que yo había aceptado de forma igualmente fulminante, aunque hubiera sido más sensato rechazar su invitación; pero para eso no había tenido tiempo, pensaba en mi sillón de orejas, *me habían dirigido la palabra desde atrás*, diciéndome lo que ya sabía, es decir, que Joana se había ahorcado, en Kilb, en la casa de sus padres, y que me invitaban a una cena, *a una cena totalmente artística*, como había subrayado expresamente el matrimonio Auersberger, *todos amigos de antes*, dijeron. La verdad es que realmente se estaban alejando ya de mí cuando formularon su invitación, pensaba, y se habían alejado ya unos pasos cuando dije que *sí*, es decir, cuando acepté venir a su cena de la Gentzgasse, en este horrible piso. Los Auersberger llevaban colgando de los brazos varios paquetes envueltos en papel de envolver de tiendas famosas del centro, y tenían puestos los mismos abrigos ingleses que se ponían treinta años antes para hacer sus compras en el centro, todo en ellos estaba, como suele decirse, *elegantemente desgastado*. Realmente sólo la Auersberger me había hablado en el Graben, y su marido, *ese compositor seguidor de Webern*, como suele decirse, no me había dicho nada en todo el tiempo, y con su silencio había querido indudablemente herirme, pensaba ahora en mi sillón de orejas. Todavía no sabían nada de cuándo sería el entierro de Joana en Kilb, me dijeron. A mí, poco antes de salir ese día a la calle, la amiga de la infancia de Joana en Kilb me había informado de que Joana se había ahorcado; al principio, esa amiga, una tendera de ultramarinos de Kilb, no había querido decirme por teléfono que Joana se había *ahorcado*, que había *muerto*, me había dicho la amiga por teléfono, pero yo le había dicho a la cara que Joana *no había muerto*, sino que se *había matado*, de qué forma lo sabía sin duda ella, la amiga, sólo que no quería decírmelo; las gentes del campo tienen aún más inhibiciones que las de la ciudad para decir claramente que *alguien se ha matado*, y lo que más les cuesta es decir de qué forma; yo había pensado en seguida que Joana se había ahorcado, y realmente le dije por teléfono a la tendera de ultramarinos: *Joana se ha ahorcado*; eso había desconcertado a la tendera de ultramarinos y sólo había dicho que *sí*. La gente como Joana se ahorca, había dicho yo por teléfono, no se tira al río, ni desde un cuarto piso, sino que coge una cuerda, la anuda con habilidad y se deja caer en el lazo. *Las bailarinas, las actrices*, le había dicho por teléfono a la tendera de ultramarinos, *se ahorcan*. Que no hubiera sabido nada de Joana en tanto tiempo, pensaba en mi sillón de orejas, me había resultado ya sospechoso muchísimo tiempo, no se suicidará un día esa engañada, esa abandonada,

esa escarnecida, esa mortalmente herida, había pensado a menudo en los últimos tiempos. Pero delante de los Auersberger, en el Graben, *había hecho como si no supiera nada del suicidio de Joana y les había fingido una sorpresa y, al mismo tiempo, conmoción totales, aunque a las once de la mañana, en el Graben, no me había visto sorprendido ya ni tampoco conmovido ya por aquella desgracia, porque la había sabido ya a las siete de la mañana y, realmente, gracias a haber ido y venido varias veces por el Graben y por la Karntnerstrasse había podido soportar y a, resistir el suicidio de Joana con el aire frío y fresco del Graben. Realmente hubiera sido mejor privar a la noticia de los Auersberger del suicidio de Joana de su efecto de sorpresa total, diciéndoles en seguida que sabía hacía tiempo que Joana se había matado, e incluso cómo se había matado, hubiera tenido que contarles las circunstancias exactas, pensaba, y quitarles así el triunfo de su noticia, que realmente habían aprovechado y, por consiguiente, disfrutado de la forma más baja, como pude comprobar ante la abierta tienda de Knize; en lugar de hacer como si no supiera absolutamente nada de la muerte de Joana, interpretando el papel del absolutamente sorprendido, desconcertado, abrumado por la horrible noticia, di a los Auersberger la satisfacción de ser súbitos portadores de malas noticias, lo que, como es natural, no podía haber sido mi intención, pero causé con mi propia torpeza, al pretender, en el momento de mi encuentro con los Auersberger, no saber nada, ni lo más mínimo, del suicidio de Joana; representé durante todo el tiempo no tener ni idea, mientras, sabiéndolo más o menos todo sobre el suicidio de Joana, estaba allí con los Auersberger. No sabía cómo sabían que Joana se había ahorcado, probablemente también por la tendera de ultramarinos de Kilb y, sin duda, la amiga de Kilb les había dicho lo mismo que a mí, pero *no tanto como a mí*, pensé, porque si no los Auersberger me hubieran dicho mucho más de lo que me dijeron sobre el suicidio de Joana. Naturalmente que estarían en el entierro en Kilb, me dijo la Auersberger, pensaba, y me lo dijo como si para mí no fuera nada natural ir al entierro de Joana, como si me reprochara ya desde entonces el que, aunque al fin y al cabo, lo mismo que ellos, había sido amigo de Joana *tantos años, incluso decenios, de la forma más íntima*, posiblemente *no* fuera al entierro de Joana, pudiera sustraerme realmente, incluso por comodidad, al entierro de Joana, *amiga de todos nosotros*, y la forma en que dijo lo que me dijo, pensaba, había sido realmente, en el fondo, una forma ofensiva, lo mismo que también el que la Auersberger dijera que, sin duda, me verían en el entierro de Joana en Kilb, pero, con independencia de ello, me invitaba ya hoy y ahora y aquí en el Graben para el martes siguiente, es decir, el día del entierro de Joana, a su llamada *cena artística* en la Gentzgasse. La verdad es que conocí a Joana por los Auersberger, en una fiesta de cumpleaños del marido de Joana en la Sebastiansplatz, en el distrito III, hace más de treinta años; fue una de esas llamadas *fiestas de atelier* a la que habían ido casi todos los artistas vieneses de cierto renombre. El marido de Joana era lo que se llama un artista de tapices, es decir, un tejedor de tapices, originalmente pintor, que a mediados de los años sesenta recibió*

una vez el gran premio de la Bienal de Sao Paulo por uno de sus tapices. Hubieran esperado cualquier cosa de Joana, salvo que se suicidara, dijeron los Auersberger en el Graben y, antes de continuar con sus paquetes, me comunicaron que se habían comprado *todo lo de Ludwig Wittgenstein para ocuparse en los próximos tiempos de Ludwig Wittgenstein*. Probablemente tienen a Wittgenstein en el más pequeño de sus paquetes, el que colgaba del antebrazo derecho de la Auersberger, pensé. Y otra vez pensé que había sido un grave error aceptar la invitación del matrimonio Auersberger, cuando, en general, aborrezco todas esas invitaciones y al fin y al cabo evito ya desde hace decenios las invitaciones a *cenar artísticas*, porque asistí a suficientes y aprendí a conocerlas a fondo en mis cuarenta, y no conozco nada más repelente. Realmente, esas invitaciones de los Auersberger no han cambiado, pensaba sentado en mi sillón de orejas, son como en los años cincuenta, como hace treinta años, cuando al final no sólo me aburrían realmente, sino que me volvieron medio loco. Veinte años hace que aborrezco al matrimonio Auersberger, pensaba en mi sillón de orejas, y entonces te los encuentras en el Graben y aceptas su invitación y vienes realmente a la hora prevista a la Gentsgasse. Conoces a todos los invitados a esta cena y, sin embargo, vienes. Y pensé que hubiera sido mejor leer esa velada o, llegado el caso, la noche entera a Pascal o Gogol o Dostoievsky o Chéjov que venir a aquella repulsiva *cena artística* de la Gentsgasse. El matrimonio Auersberger destruyó tu existencia, incluso tu vida, te arrastró a aquel espantoso estado mental y físico a principios de los años cincuenta, a tu catástrofe existencial, a una falta de salidas extrema, que en definitiva te llevó entonces incluso a Steinhof, y tú vienes. Si no les hubieras vuelto la espalda en el momento decisivo, te hubieran aniquilado, pensaba. Te hubieran destruido primero y aniquilado luego, si no hubieras huido de ellos en ese momento decisivo y último. Si me hubiera quedado sólo unos días más en su casa de Maria Zaal, pensaba en mi sillón de orejas, ello hubiera significado mi muerte segura. Te hubieran exprimido, pensaba en mi sillón de orejas, y luego tirado. Te encuentras a tus horribles destructores y asesinos en el Graben y te pones sentimental por un instante y te dejas invitar a la Gentsgasse, y vienes por añadidura, pensaba en mi sillón de orejas. Y que hubiera sido mejor, pensé otra vez, leer mi Pascal o mi Gogol o mi Montaigne o tocar Satie o Schönberg, incluso en aquel piano viejo y desafinado. Recorres el Graben para respirar aire puro y reanimarte y vas a parar precisamente a las manos de tus antiguos destructores y aniquiladores. Y les dices además cuánto te alegras ya pensando en su velada, en su *cena artística*, que sólo puede ser insulsa, como todas las veladas, como todas las cenas en su casa que recuerdas. Sólo un estúpido sin carácter puede aceptar una invitación así, pensaba en mi sillón de orejas. Han pasado treinta años desde que te atrajeron a su trampa y desde que caíste en su trampa, pensaba en mi sillón de orejas. Han pasado treinta años desde que te humillaban diariamente y desde que te sometías a ellos de una forma vil, pensaba en mi sillón de orejas, treinta años desde que te *vendiste* más o menos a ellos de la forma más abyecta. Treinta años desde que hacías el bufón para ellos, pensaba en mi sillón

de orejas. Y han pasado exactamente veintiséis años desde que (en el último momento) te escapaste de ellos. Y en veinte años no los has visto y de repente, totalmente desprevenido, vas al Graben y caes en sus manos y te dejas invitar por ellos a la Gentzgasse y vienes además a la Gentzgasse y dices además que te alegras de su *cena artística*, pensaba en mi sillón de orejas. Continuamente hablaba la Auersberger de aquel *actor grandioso*, que en aquel *Pato salvaje* había alcanzado la cumbre de su carrera, y entretenía cada cuarto de hora a sus invitados, que habían llegado ya dos horas antes de medianoche, con una botella de champaña tras otra, que vaciaba en las copas que le tendían todas aquellas gentes más o menos repulsivas. Llevaba el vestido amarillo que yo conocía ya, posiblemente se había puesto aquel vestido amarillo *para mí*, pensaba, porque treinta años antes le hacía siempre cumplidos por ese vestido, que en aquella época me había gustado tan extraordinariamente en ella, mientras que ahora no me gustaba en absoluto, al contrario, me parecía realmente de mal gusto, y que ahora tenía un cuello negro de terciopelo en lugar del rojo de treinta años antes. Una y otra vez decía la Auersberger *grandioso actor y arrebatador Pato salvaje* con aquella voz que, también treinta años antes, me atacaba los nervios, sólo que entonces, treinta años antes, había creído que aquella voz que me atacaba los nervios era una voz interesante, mientras que ahora encontraba aquella voz nada más que vulgar y repugnante. La forma en que la Auersberger decía *el actor más importante en general y el primero de todos los actores vivos* me resultaba nada más que repelente. Nunca había podido sufrir su voz, pero ahora, cuando aquella voz se había vuelto además vieja y cascada y tenía además continuamente resonancias histéricas, y realmente, como suele decirse, había sido derrochada y gastada al máximo, la encontraba a la larga insoportable. Con aquella voz había cantado la Auersberger en otro tiempo a Purcell, pensaba, y el *Libro de canciones de Anna Magdalena Bach*, y su marido, mi amigo, el compositor seguidor de Webern, como habían dicho siempre los entendidos, la había acompañado de tal forma en el Steinway que a mí, dicho sea sinceramente, se me saltaban las lágrimas. En aquella época yo tenía veintidós años y estaba enamorado de todo lo que eran Maria Zaal y la Gentzgasse, y escribía poemas. Ahora, sin embargo, me asqueaban los cuadros repulsivos en los que yo mismo, treinta años antes, había participado sin avergonzarme. Cada quince días alternaba entonces con el matrimonio Auersberger entre Maria Zaal, y la Gentzgasse, durante años, hasta no poder más, pensaba en mi sillón de orejas, y en poquísimos tiempo me había bebido ya varias copas de champaña. Observando a los Auersberger, pensaba en mi sillón de orejas, *ella* te ha dirigido la palabra en el Graben, no su marido, y tú has aceptado inmediatamente su invitación. *Ellos* te han *dirigido la palabra desde atrás*, pensaba, probablemente te llevaban ya *observando* un rato *desde atrás* y *te siguieron sin dejar de observarte* y te dirigieron la palabra *fulminantemente en el momento decisivo*. Al fin y al cabo, yo también hace años, pensaba en mi sillón de orejas, había observado a Auersberger, que desde hace treinta años no ha dejado de estar borracho, cuando con

una mujer que yo no conocía, de unos cuarenta años, realmente degenerada, incluso abiertamente desastrada, de largos cabellos y botas de cuero gastadas, iba por la Rotenturmstrasse, había observado a Auersberger yendo detrás de él, los había observado más o menos a fondo a él y a su acompañante, preguntándome todo el tiempo si debía dirigirle la palabra o no, y finalmente *no* le dirigí la palabra, mi instinto me dijo: no debes dirigirle la palabra, si le diriges la palabra hará algún comentario repulsivo que te destrozará durante días, y no le dirigí la palabra, me dominé, observándolo hasta llegar a la Schwedenplatz, donde desapareció con aquella mujer en una vieja casa a punto de ser demolida. Observé todo el tiempo la fealdad de sus piernas, metidas en unas medias grises típicas, groseramente tejidas, sus andares sólo rimados por la perversidad, su nuca desprovista de pelo. Rimaba muy bien con su acompañante totalmente degenerada, probablemente una artista, cantante famélica, actriz de sótano sin trabajo, como pensé entonces, pensaba en mi sillón de orejas. Recordé en mi sillón de orejas que, estremecido de asco, torcí en dirección a la Stephansplatz cuando los dos desaparecieron en la casa derruida de la Schwedenplatz, y realmente había llevado tan lejos mi aversión hacia ellos que, para vomitar, me volví hacia la pared delante del café *Aida*; pero entonces me miré en uno de los espejos del café *Aida* y vi cara a cara mi propio rostro degenerado y vi mi propio cuerpo degenerado y sentí mucho más asco de mí que el que había sentido de Auersberger y su acompañante, y me di otra vez la vuelta y anduve tan rápidamente como pude por la Stephansplatz y por el Graben y por el Kohlmarkt, y finalmente entré en el café *Eiles*, para precipitarme sobre un montón de periódicos a fin de olvidar mi encuentro con Auersberger y su acompañante y mi encuentro conmigo mismo, pensaba en mi sillón de orejas. Aquel truco del café *Eiles* tenía éxito siempre, entraba, me buscaba una pila de periódicos y me calmaba. Y no tenía que ser necesariamente el café *Eiles*, también el *Museum* y el *Bräunerhof* producían siempre ese efecto. Lo mismo que otros al parque o al bosque, yo he corrido siempre a un café para distraerme y calmarme, durante toda mi vida. Así, el matrimonio Auersberger me había observado ya probablemente muchísimo tiempo, antes de dirigirme por fin la palabra, lo mismo que yo entonces, andando por la Rotenturmstrasse, había observado a Auersberger, con la misma falta de escrúpulos, con la misma infamia, con la misma inhumanidad. Aprendemos mucho cuando observamos desde atrás a personas que no saben que las observamos y a las que, tanto tiempo como es posible, observamos desde atrás y tanto tiempo como es posible en esa observación sin escrúpulos e infame no dirigimos la palabra, pensaba en mi sillón de orejas, cuando por añadidura podemos dominarnos para no dirigirles la palabra en absoluto, y tenemos la habilidad de darnos la vuelta sencillamente y alejarnos de ellas en el sentido más exacto de la palabra, lo mismo que yo entonces, al final de la Rotenturmstrasse y, por consiguiente, en la Schwedenplatz, tuve la habilidad y la astucia de darme la vuelta y alejarme de ellos. Ese proceso de observación puede aplicarse exactamente igual a las personas que queremos como a las que odiamos,

pensaba sentado en mi sillón de orejas, observando a la Auersberger, que continuamente miraba el reloj y entretenía a sus invitados, que tendrían que esperar para el banquete, pensé, hasta que hubiera aparecido el actor. Realmente yo había visto una vez, hacía muchos años, en el Burgtheater, al esperado actor, en una de esas asquerosas farsas de sociedad inglesas en las que la tontería sólo es tolerable porque es inglesa y no alemana o austriaca, y que en el Burgtheater, en el último cuarto de siglo, se representan una y otra vez con espantosa regularidad, porque el Burgtheater, en este último cuarto de siglo, se ha especializado sobre todo en la tontería inglesa y el público vienés del Burgtheater se ha acostumbrado a esa especialización, y realmente a él lo recuerdo como actor del Burgtheater, como un actor, por lo tanto, lo que se llama un favorito del público vienés y pisaverde del Burgtheater, que tiene una villa en Grinzing o en Hietzing y hace el bufón en el Burgtheater para esa tontería teatral austríaca que, desde hace ya un cuarto de siglo, tiene en el Burgtheater su asiento, como uno de esos berreadores sin espíritu que, en el último cuarto de siglo, con la colaboración de todos los directores por él contratados, han hecho del llamado *Burg* una institución teatral de aniquilación de autores y del vocerío de una falta total de cerebro. El Burgtheater ha entrado artísticamente en bancarrota desde hace ya tanto tiempo, pensaba en mi sillón de orejas, que ya no puede determinarse cuándo se produjo esa bancarrota, y los actores que actúan en el Burgtheater son bancarrotistas que todas las tardes actúan en el Burgtheater. Pero invitar a uno de esos vociferadores dramáticos a un banquete, a una, así llamada, *cena artística*, pensaba en mi sillón de orejas, observando a los Auersberger y a sus invitados, sigue siendo para un matrimonio como los Auersberger de la Gentzgasse una magnificencia austríaca, como perversidad austríaca muy especial, según pensaba en mi sillón de orejas, y qué magnífica era realmente esa magnificencia para los Auersberger en esa velada lo supe por el hecho de que hubo que esperar para el banquete de los Auersberger más de una hora cumplida después de lo anunciado, concretamente hasta que el actor, a las doce y media, llamó a la puerta y, con su desvergonzada tosecilla del Burgtheater, entró en el piso de los Auersberger en la Gentzgasse. Siempre he odiado en secreto a los actores y los actores del Burg han suscitado siempre en mí un odio muy especial, prescindiendo de los muy grandes, como la Wessely o la Gold, a los que durante toda mi vida he querido entrañablemente, y el actor del Burg invitado esa noche por el matrimonio Auersberger en la Gentzgasse es sin duda uno de los más repugnantes que jamás me he encontrado. En su calidad de tirolés de origen que, en el transcurso de tres decenios, *se ha ganado con Grillparzer el corazón de los vieneses*, como leí una vez sobre él, personifica para mí el ejemplo típico del antiartista en general, pensaba en mi sillón de orejas, y es el prototipo del histrión totalmente carente de inspiración y, por lo tanto, completamente de espíritu, como ha gustado siempre en el Burgtheater y, por consiguiente, en Austria en general, uno de esos horrorosos actores patéticos como los que todas las tardes se lanzan en manadas en el Burgtheater sobre cualquier obra poética que allí se represente, con su provinciano perverso retorcerse

de manos y sus brutales mazazos verbales, y la destrozan y aniquilan. Todo lo aniquilan esas gentes en el Burgtheater desde hace decenios con su mímica fuerza bruta, pensaba en mi sillón de orejas, no sólo se destroza y aniquila en el Burgtheater desde hace decenios al delicado Raimund, no sólo al nervioso Kleist, hasta el gran Shakespeare cae allí, donde se imaginan haber arrendado todo el arte teatral para la eternidad, víctima de los carniceros del Burgtheater. Pero aquí, en este país, pensaba en mi sillón de orejas, un actor del Burg es realmente lo más alto, y conocer a un actor del Burg, aunque sólo sea, por decirlo así, de vista, o tener en casa y para un banquete a uno de esos actores del Burg, lo considera el austriaco, pero especialmente el vienes, como un acontecimiento extraordinario sin igual, lo que para mí lo ha hecho siempre, al austriaco y especialmente al vienes, según pensaba en mi sillón de orejas, ridículo de la forma más repelente; ya diga que conoce a un actor del Burg, ya diga que un actor del Burg ha venido a alguna de sus cenas. Los actores del Burg son fantoches pequeñoburgueses, que no tienen la menor idea del arte teatral y que han hecho desde hace tiempo del Burgtheater un asilo para su diletantismo dramático. No en vano había elegido ya en los años cincuenta aquel sillón de orejas, que seguía estando en el mismo sitio, porque desde ese sillón de orejas, que los Auersberger han hecho tapizar entretanto, lo veo todo, lo oigo todo, nada se me escapa, pensaba. Con mi llamado *traje de los entierros*, negro, demasiado estrecho ya, que me había comprado exactamente veintitrés años antes en Graz, de camino hacia Trieste, y que había llevado en el entierro de Joana, el cual no había terminado hasta últimas horas de la tarde en Kilb, estaba allí sentado, pensando que otra vez estoy en vías, en contra de mis convicciones, de actuar baja y abyectamente, al haber aceptado la invitación de los Auersberger a su cena en lugar de rechazarla, al haber sido por un instante blando y débil en el Graben y haber renegado de todas mis convicciones, de forma que esta velada y esta noche no sólo he puesto patas arriba mi carácter, sino también todas mis convicciones. Sólo a causa del suicidio de Joana ha podido producirse ese cortocircuito para mí devastador, lógicamente hubiera rechazado la invitación de los Auersberger si no hubiera estado consternado por el suicidio de Joana de una forma francamente aniquiladora, pensaba ahora en mi sillón de orejas, y en cómo el matrimonio Auersberger me había invitado en el Graben con la franqueza abrupta y la desvergüenza por sorpresa característica en ellos, que siempre me había repelido en ellos. Casi todos los que habían venido a la cena llevaban aún sus trajes negros del entierro, pensaba en mi sillón de orejas, sólo uno o dos se habían cambiado para la cena, de manera que casi todos habían aparecido de negro, realmente, lo mismo que yo, agotados por las fatigas de Kilb, donde, precisamente durante la ceremonia del entierro, había llovido intensamente. Y el contenido de su conversación, que sólo percibía en fragmentos, no era otro, naturalmente, que el entierro de Joana, la *desgracia de su vida* a la que la había precipitado el hombre que, ya siete u ocho años antes de su suicidio, la había dejado para irse a México. Los tapices que colgaban aislados, aquí y allá, de las paredes de los Auersberger, de aquel hombre que, según

decían todos, tenía *sobre su conciencia* el suicidio de Joana, oscurecían, acusando a su autor, la escena, que de todas formas sólo estaba insuficientemente iluminada por unas lámparas débiles, inspiradas en el estilo Imperio. Precisamente con la mejor amiga de su mujer se había escapado a México el artista del tapiz, oí decir varias veces en la penumbra de la Gentzgasse, dejando sola a la *pobre Joana*. Precisamente a México y precisamente en el momento en que ello tenía que *herir mortalmente* a Joana. Había dejado sola a aquella mujer de cincuenta y dos años en el estudio de la Sebastiansplatz sin el menor apoyo financiero, más o menos sin nada. Se dijo varias veces que era sorprendente que Joana no se hubiera ahorcado en el estudio de la Sebastiansplatz, sino en casa de sus padres en Kilb, es decir, no en la gran ciudad, sino en el campo. La nostalgia de casa de sus padres la había empujado a Kilb, oí decir varias veces, de Viena a Kilb, de la *ciénaga de la gran ciudad* al *idilio rural*. No sin resonancias perversas había oído realmente las palabras *ciénaga de la gran ciudad* e *idilio rural*, creo que fue Auersberger quien pronunció esas palabras una y otra vez, mientras yo, en mi sillón de orejas, observaba a su mujer, que de cuando en cuando soltaba una y otra vez su risa histérica, cuando trataba de mantener la animación de la gente hasta que llegara el actor del Burg. El piso de la Gentzgasse es un tercer piso, siete u ocho habitaciones, abarrotadas de muebles de estilo Francisco José y Biedermeier, lo componen; en él habían vivido los padres de la Auersberger; su padre era un médico más o menos imbécil, natural de Graz, que tenía aquí en la Gentzgasse su consulta, sin que llegara a hacer nunca carrera como médico, y la madre de la Auersberger era de la Estiria, una mujer informe, un ser mofletudo de la pequeña nobleza campesina que, como consecuencia de un tratamiento contra la gripe recetado por su marido, perdió para siempre, ya a los cuarenta años, todo su cabello y por eso se apartó muy pronto de toda vida social. En el fondo, los padres de la Auersberger vivían en la Gentzgasse de la fortuna de la mujer, que ella había heredado de los bienes de *sus* padres en la Estiria. La mujer lo costeaba todo, el marido, como médico, no ganaba nada. Era un hombre de mundo, lo que se llama un hombre guapo, que en Carnavales iba a todos los grandes bailes de Viena, y hasta el fin de su vida tuvo la habilidad de disimular su tontería detrás y debajo de su agradable esbeltez. La madre de la Auersberger, con aquel marido, no había tenido muchos motivos para estar satisfecha en toda su vida, pero se había contentado con su modesto papel, que no era tanto aristocrático como totalmente pequeñoburgués. Su yerno, recordé de repente en mi sillón de orejas, le había escondido de cuando en cuando la peluca, cuando le daba la vena, tanto en la Gentzgasse como en la Maria Zaal de la Estiria, y entonces la pobre no podía salir. A Auersberger le divertía, escondiéndole la peluca, *sacar de sus casillas* a su suegra, como se dice en Austria, y todavía le escondía las pelucas, porque finalmente ella se procuró varias, cuando él tenía unos cuarenta años, signo perverso de infantilismo. Yo mismo fui testigo a menudo, en Maria Zaal y en la Gentzgasse, de ese juego del escondite y, dicho sea sinceramente, me había divertido también con él sin la menor vergüenza.

Especialmente los días de grandes solemnidades y fiestas, la suegra de Auersberger tenía que quedarse en casa porque su yerno le había escondido la peluca. Sólo cuando le daba la gana le tiraba Auersberger a la cara las pelucas previamente escondidas. Necesitaba humillar a su suegra, pensaba sentado en mi sillón de orejas y observándolo a él al fondo de la sala de música, lo mismo que necesitaba su triunfo, conseguido de esa forma francamente infernal. Cómo practicaba Auersberger precisamente un pequeño ejercicio de dedos en su piano, levantando al hacerlo hacia lo alto su cabeza pálida, vidriosa y embrutecida por el alcohol y sacando la punta de la lengua de su boquita azulada. Ha elegido a Giovanni Gabrieli para este momento perverso, pensaba. Y pensaba también que en la época en que mi amistad con el matrimonio Auersberger había sido de lo más íntimo, incluso realmente de lo más profundo, muy a menudo me había situado junto al Steinway de los Auersberger para, con una sobrestimación de mí mismo vista desde ahora perversa, cantar arias italianas y alemanas e inglesas, y en el hecho de que había terminado mis estudios en el Mozarteum, la Academia de Música y Artes Dramáticas de Salzburgo, sin explotar jamás ese hecho, al contrario, había terminado mis estudios en el Mozarteum como barítono-bajo profundo totalmente sin perspectivas, y luego no había dedicado nunca la menor atención al pensamiento de ser un artista musical en ejercicio. Pero las tardes en Maria Zaal eran largas y las tardes y noches en la Gentzgasse también, y por eso Auersberger se sentaba más o menos todos los días al piano y yo me ponía a su lado y hacíamos música, durante varias semanas, como recordaba ahora en mi sillón de orejas, toda la literatura clásica italiana y alemana e inglesa de arias y *Heder*, de arriba abajo. Auersberger, al que una vez llamé *Novalis de los sonidos*, ha sido siempre un pianista de primera categoría, pensaba ahora en mi sillón de orejas, y sólo necesita, incluso ahora, sentarse dos o tres minutos al Steinway para, incluso en estado de embriaguez, demostrar ese arte suyo. Pero ha degenerado, ha dejado que se perdiera todo lo que había en él, incluso lo musical, que fue en otro tiempo para él lo más alto, con los años de su alcoholismo patológico, pensaba sentado en mi sillón de orejas. Sabemos durante decenios que una persona que nos está próxima es una persona ridícula, pero sólo lo vemos de pronto después de decenios, pensaba en mi sillón de orejas, lo mismo que ahora veo de repente con toda claridad que Auersberger, el llamado seguidor de Webern, es una persona ridícula, y lo mismo que Auersberger, ininterrumpidamente borracho, es a su modo una persona ridícula y probablemente lo ha sido siempre, también su mujer es una persona ridícula y siempre ha sido una persona ridícula. De esas personas ridículas estuviste una vez enamorado, incluso chiflado, me decía ahora en mi sillón de orejas, de esas personas ridículas y bajas y abyectas, que de repente, después de veinte años, te han vuelto a ver por primera vez y precisamente en el Graben y precisamente el día en que Joana se ha matado, y te han dirigido la palabra y te han invitado a la Gentzgasse a su *cena artística con el famoso actor del Burg*. Qué personas más ridículas y bajas, pensaba sentado en mi sillón de orejas e, inmediatamente después, qué persona más baja y

ridícula soy yo mismo, que he aceptado su invitación y, sin avergonzarme lo más mínimo, como si nada hubiera ocurrido, me he sentado en su sillón de orejas de la Gentzgasse, he estirado totalmente y cruzado las piernas y, sin duda, he apurado ya la tercera o la cuarta copa de champaña, y pensaba que yo mismo era mucho más bajo y abyecto aún que aquellos Auersberger que con su invitación, que tú has aceptado, me habían engañado. Sin duda esperaban al actor, pero estaban *dominados* por el suicidio de Joana, cuyo entierro aquella tarde no había dejado de hacerles mella. En mi sillón de orejas había pensado únicamente, más o menos durante todo el tiempo en que, como los demás, fui entretenido por los Auersberger en espera del actor del Burg, en el entierro de Joana y en las circunstancias que habían llevado a aquel horrible entierro, en las causas de un final así, totalmente desesperado. La verdad es que en mi sillón de orejas me dejaban siempre en paz, porque el sillón estaba detrás de la puerta por la que entraban los que llegaban y también exactamente en esa penumbra en que mi fantasía y mis pensamientos pueden concentrarse y desarrollarse siempre del mejor modo en las cuestiones que surgen; cuando entraban los invitados, no me veían hasta que habían pasado ya por mi lado y eso solamente si se volvían hacia la puerta, cosa que hacían los menos; la mayoría atravesaban en seguida y de prisa la antesala, en la que me había sentado en el sillón de orejas, para entrar en la llamada sala de música, cuya puerta estaba siempre abierta; hasta donde me acuerdo, la puerta de la antesala a la llamada sala de música no había estado nunca cerrada, y tampoco cuando el matrimonio Auersberger estaba solo conmigo habían cerrado nunca esa puerta de la sala de música, según recuerdo; aunque sólo fuera por la acústica totalmente extraordinaria que permitía la abierta puerta de la sala de música, a la que Auersberger daba la mayor importancia, cosa lógica en un compositor. Yo veía, sentado en mi sillón de orejas, a la gente en la sala de música, pero a la inversa, los invitados que estaban en la sala de música no me veían. Todos entraban por la puerta del piso y se dirigían inmediatamente a la sala de música, así había sido siempre y esa velada, según me parecía, entraban con vehemencia por la puerta del piso y se precipitaban literalmente en la sala de música, a través de la antesala, en la que estaba la Auersberger para recibirlos, con los brazos abiertos, como sí tuviera que recibir *ella* los pésames por Joana, como si *ella* aprovechara ahora, en aquella recepción con cena, la muerte de Joana para sus propios fines. Como la mayoría acababan de verse por la tarde en Kilb, se contentaban con un breve abrazo, para instalarse luego en alguno de los sillones de la sala de música, con una copa de champaña. Mientras que la Auersberger hablaba una y otra vez del *gran y más grande y más auténtico y más genial actor*, a los invitados sólo se les oía, más o menos todo el tiempo, el nombre de *Joana*, que realmente siempre ha sonado bien, pero que para la propia *Elfriede Slukal* de Kilb sólo fue siempre el nombre artístico que en definitiva y en fin de cuentas no le sirvió de nada, porque Elfriede Slukal quiso hacer sin duda carrera en Viena con el nombre de *Joana*, pero no hizo nunca carrera con él; un ex bailarín y coreógrafo, que hasta hizo una vez la coreografía de un *ballet de* la Staatsoper, aconsejó a la

totalmente ingenua Elfriede, venida de Kilb a Viena, que quería entrar sin falta en el teatro y finalmente en el *ballet*, que adoptara el nombre, en Viena al menos exótico, de *Joana*, lo que *la niña Elfriede*, según decía siempre su madre, hizo al instante con la esperanza de poder hacer como Joana la carrera que, como Elfriede y más aún como Elfriede Slukal, le hubiera estado en todo caso vedada. Sin embargo, se equivocó a fondo, pensaba en mi sillón de orejas, tampoco con el nombre de Joana hizo Elfriede Slukal carrera, como puede verse, pero ahora, aquí, en esa velada de la *Gentzgasse*, los que habían venido a aquella *cena artística* pronunciaban continuamente el nombre de Joana como si detrás se escondiera algún prodigio humano. Todos hablaban, por lo que podía oír desde mi sillón de orejas, de la *muerte* de Joana, ninguno de su *suicidio* y no escuché una sola vez la palabra *colgada* ni mucho menos la palabra *ahorcada*. Unas dieciséis o diecisiete personas debían de haber llegado entretanto a aquella *cena artística*, pensaba en mi sillón de orejas, la mayoría me eran conocidas y, con un breve gesto de cabeza y quedándome sentado en mi sillón de orejas, las había saludado, a cinco o seis no las conocía, dos parecían escritores jóvenes. Tengo la facultad de poder actuar de forma que me permitan estar solo cuando quiero y, sentado en mi sillón de orejas, dominaba admirablemente ese arte de estar solo; la gente me reconocía en la oscuridad de la antesala y quería iniciar conmigo una conversación, pero yo los acallaba en seguida, quedándome sentado sencillamente en mi sillón de orejas y haciendo como si no comprendiera lo que me decían, y también, exactamente en el momento decisivo, mirando al suelo y no a su cara, esa noche hacía sencillamente como si realmente estuviera todavía totalmente dominado por el suicidio de Joana, actuaba en mi sillón de orejas con una prometedora distracción siempre que había peligro de que alguno de los invitados tuviera la idea de hacerme compañía, lo que, esa noche, quería evitar por todos los medios. Aceptaba incluso que la gente me considerara no sólo, como se dice en Viena, poco amable, sino incluso hosco, si es que no repelente; es totalmente contrario a mi carácter mostrarme mal educado en sociedad, pero esa noche me mostré mal educado, antipático, grosero, tengo que decirlo. Entretanto, a algunos de aquellos oídos de invitados los habían convencido, como cosa sabida, de mi singularidad, rareza, extrañeza, incluso *peligrosa excentricidad*, a causa de mi estancia en Londres, *locura francamente molesta*, como me habían dicho una vez, y me odiaban y odiaban mis obras, y al mismo tiempo me seguían la corriente de la forma más baja en cuanto me veían. Sin embargo, yo me defendía ya todo el tiempo, desde que había vuelto de Londres y estaba en Viena, contra ellos y, en general, contra todos los de antes, pero sobre todo contra todas las llamadas *gentes artísticas de los años cincuenta*, y en especial contra los que habían venido ahora aquí, a aquella *cena artística* de la *Gentzgasse*. Entraban y habían caído ya más o menos en mi trampa, porque al entrar se comportaban como si yo no los observase, mientras que yo los observaba de la forma más insistente desde mi sillón de orejas. Se dirigían a la Auersberger, que estaba en el umbral de la abierta puerta de la sala de música y

se dejaban abrazar por la Auersberger. Todos sin excepción eran excelentes farsantes, que sabían explotar soberanamente el *caso Joana*. Los Auersberger habían sido siempre lo que se llama *buenos anfitriones*, por lo menos en lo que se refiere a las apariencias externas, y no tenían igual en mostrarse indecentemente generosos en su manía social y en su celo artístico y cultural, y también continuamente desvergonzados en su caza de personas conocidas y famosas. Naturalmente, tenían también, en su monstruosidad y repulsividad, cosa que hay que decir, su *encanto austriaco*, por decirlo así. Pero no ha sido ese *encanto austriaco*, pensaba en mi sillón de orejas, el que me ha hecho aceptar la invitación de los Auersberger, sino únicamente su inesperada desvergüenza en la invitación, practicada conmigo en el Graben, pensaba mientras observaba a Auersberger, que, sentado al Steinway y muy inclinado hacia adelante a causa de su miopía, hojeaba una partitura que, finalmente, descubrí era el *Antonvonweberalbum*, para mí muy conocido; Auersberger arreglaba ya la partitura para un breve ensayo de canto de su mujer. Curiosamente, he conservado mi agudeza visual hasta esta edad dominada ya la mayoría de las veces por una miopía rápidamente progresiva, pensaba en mi sillón de orejas, a mediados de sus cuarenta la gente empieza a ver mal y se da cuenta de que tiene que sostener el periódico a medio metro de distancia para leer; a mí se me habían evitado aún esos síntomas de debilidad visual, y veía, según pensaba, mejor que nunca, más agudamente que nunca, más despiadadamente que nunca; o sea, con ojos londinenses, pienso. No es el champaña mejor del mundo, pensaba en mi sillón de orejas, éste que sirven esta noche los Auersberger, pero, sin embargo, es uno de los tres o cuatro más caros, apropiado para la aparición del actor del Burg, como debían de pensar. En el entierro de Joana, como es natural, yo había empezado a sudar y, como no había querido cambiarme para aquella *cena artística*, me había echado en la ropa agua de colonia, demasiada, como pensé al instante, nunca he podido perdonarme la repugnancia de apestar a agua de colonia. Pero aquella noche mi pestazo no llamaba la atención, porque todos, según pensaba, se habían echado demasiado perfume en la ropa y el olor en el piso de los Auersberger era el consiguiente. De cuando en cuando la cocinera de los Auersberger asomaba la cabeza desde la cocina, por la rendija de la puerta, en la sala de música, como podía ver yo, para comprobar si podía empezar con el banquete, pero el actor del Burg seguía sin llegar. La Auersberger estaba sentada en ese delicado sillón Imperio cuyo respaldo no es otra cosa que una lira artísticamente tallada en nogal, y entretenía a sus invitados. La mayoría fumaban y bebían como yo champaña y mordisqueaban las galletitas que los Auersberger habían repartido por todo el piso en pequeños platitos antiguos Herend, también junto a mí había uno de esos platitos Herend, pero yo aborrecía de siempre todos los platitos Herend y también todos los mordisqueos, y no mordisqueaba nada, nunca me han gustado las galletitas y mucho menos las galletitas saladas, y mucho menos las galletitas saladas japonesas, que, en los últimos años, se han puesto también de moda en Viena en todas las recepciones. Una desvergüenza en el fondo, me decía, hacer

que los invitados esperen al actor, hacer de todos estos invitados, incluido yo, mediante esta espera-del-actor, un decorado para el actor del Burg y, en el fondo, degradarlos hasta lo más bajo. Auersberger dijo una vez sin rodeos que odiaba el teatro, siempre que había bebido más de lo que su mujer le concedía, exteriorizaba de repente, como tengo que decir, fulminantemente, sus pensamientos más íntimos; así, pues, de pronto arremetió contra el actor, cuando éste no había llegado todavía, y calificó al Burgtheater justificadamente, tengo que decirlo, de *pocilga* y al esperado actor de *recitador megalómano de palabras huecas*, pero fue inmediatamente llamado al orden por su mujer, la Auersberger; que se sentara al piano, donde estaba su sitio, y no incordiara, le dijo, y con la mirada, como suele decirse, recorrió la concurrencia. Los Auersberger no han cambiado, me decía yo en mi sillón de orejas, ella tiembla por la armonía de su *cena artística*, él amenaza con destrozar esa *cena artística*. A los dos les tira lo mismo, es decir, lo social, pensé, pero a una hora avanzada él finge la ruptura, recuerda, por decirlo así, después de unas copas de champaña, su personalidad de artista. En el fondo, los dos no piensan en otra cosa que en la sociedad, sin la cual no pueden existir, siempre en la llamada buena sociedad, porque para la mejor nunca les llegó, sin renunciar por otra parte jamás a su arte y, por consiguiente, a Webern y Berg y Schönberg, en lo que y en los que, en su delirio social, en calidad de locura social, tienen que insistir con la mayor vehemencia en todos los casos y en cualquier oportunidad. Joana no era la mejor amiga de los Auersberger, como se pretendió en otro tiempo, pero sí, con seguridad, *la* amiga artística, pensaba en mi sillón de orejas, y yo la conocí a través de él, como queda dicho, en el *atelier* de la Sebastiansplatz. Joana era una niña del campo mimada por su madre, casada con un ferroviario de Kilb, a la que sus padres, por decirlo así, le adivinaban todos los caprichos y, en la medida de lo posible, los satisfacían también, lo que sin duda fue *también* causa del suicidio de Joana, como pensaba yo ahora, ese ininterrumpido *mimo campesino*, como es corriente en las pequeñas familias de comunidades rurales, sobre todo en la Baja Austria. Qué pueblo más bonito es Kilb, pensaba, he pasado allí muchas tardes y veladas e incluso noches, con mucha frecuencia no dormía en la casa pequeña, baja y, aunque húmeda, muy cómoda de los padres de Joana, en la casa de los Slukal, porque no había sitio en ella, sino en la posada *La mano de hierro*, y paseaba durante horas con Joana, hablando con ella sobre todo de su llamado *Estudio de movimiento* en Viena y, por consiguiente, sobre el baile. Joana, ya desde su más temprana infancia, cuando todavía iba a la escuela primaria en Kilb, quería ser una actriz o bailarina famosa; nunca supo claramente qué era lo mejor para ella, si actriz o bailarina; finalmente, se llamó *coreógrafo*, y organizó en diversos pequeños escenarios de Viena actuaciones en obras fantásticas, tuvo grandes éxitos de prensa en las llamadas sombras chinescas y finalmente dio una vez en el Burgtheater un *curso sobre la forma de andar*. Pero naturalmente era del todo absurdo creer que podía enseñar a andar a los actores del Burg, que no saben andar, porque nadie puede enseñar a andar a los actores del Burg, lo mismo que

tampoco a hablar. Por mediación de un alto funcionario de la llamada administración del teatro federal, recibió el encargo, a mediados de los años cincuenta, de enseñar a andar a los actores del Burg. Su curso fracasó por el desinterés total de los actores del Burg y finalmente por el propio desinterés de ella. Pero durante un año cobró por ello unos honorarios respetables. En el fondo, nunca pudo decidir si quería ser actriz o bailarina; por eso bailó y actuó durante toda su infancia y se fue a Viena y estudió realmente, hasta el examen final, arte dramático superior en el Reinhardtseminar, pero nunca tuvo un contrato. En el punto más alto de su indecisión, que ella misma calificaba una y otra vez de *crisis artística*, se casó con el artista del tapiz, el *tapicero*, como ella lo llamaba, pensaba en mi sillón de orejas. Más de diez años vivieron Joana y su tapicero en el distrito III, en la Sebastiansplatz, en una casa patricia del ochocientos ochenta y ocho, en un *atelier* de trescientos metros cuadrados en la azotea, bajo tres gigantescas cúpulas de cristal, bajo las cuales surgieron los tapices murales que entretanto han hecho célebre al tapicero, y no sólo en Europa. El pintor, procedente de una vieja familia judía, para quien el arte de tejer y, por consiguiente, el arte del tapiz fue *la salvación*, como aseguraba una y otra vez, encontró a Joana precisamente en el momento exacto, porque la espontaneidad y belleza de ella hicieron del *atelier* de la Sebastiansplatz en poco tiempo el centro artístico de la sociedad vienesa, él tejía los tapices y ella los vendía. El encanto de Joana hizo famosos los tapices de su tapicero, primero en Viena, luego en Europa y finalmente también en América, pensaba en mi sillón de orejas, e inmediatamente después, que el tapicero, precisamente en la cumbre de su fama (¡que indudablemente debía a Joana!) se fugó a México con, como suele decirse, la mejor amiga de Joana. El tapicero se casó con esa amiga en *México City*, pero al cabo de sólo un año se divorció de ella, para casarse con una mexicana (¡hija de un ministro mexicano!), con la que está casado todavía hoy. Realmente, Joana, desde el principio y hasta el final de su vida, fue una *niña desgraciada*, pensaba en mi sillón de orejas. Precisamente el día en que Joana se mató fui al Graben y me encontré con el matrimonio Auersberger, que sea casualidad no lo creo, pensaba en mi sillón de orejas. Durante más de diez años no me he ocupado de Joana, pensaba, durante años la he perdido totalmente de vista, y tampoco he sabido nada de ella. Ahora en Kilb he sabido que en los últimos años de su vida tenía a su lado lo que se llama un *compañero*, es decir, que había vuelto a tener un compañero, y a ese compañero lo vi, pensaba, por primera vez en *La mano de hierro*, un carintio del valle del Gail que continuamente se esforzaba por hablar un alemán culto, aunque lo que salía por su boca era lo más desafortunado que he oído nunca. Aquel hombre se había puesto un abrigo negro que le llegaba hasta las rodillas para el entierro de su compañera y se había calado un sombrero negro de ala ancha, lo que se llama un sombrero blando, como vuelve a estar hoy muy de moda, sobre todo entre los actores de provincias. Naturalmente, no podemos juzgar a la gente sólo por su atuendo, pensaba, ese error no lo he cometido nunca, pero de entrada todo me ha repelido en ese compañero de Joana, que al parecer vivió ocho

años con ella, cómo hablaba, lo que decía, cómo andaba, sobre todo cómo comía en *La mano de hierro*. Me conmovía el hecho de que Joana, finalmente, hubiera acabado con un ser tan *degenerado*, que finalmente, después de haber actuado en un pequeño escenario de Josefstadt, recorría la comarca como representante de pendientes baratos de Hong Kong; hasta como representante tenía un aspecto raído, recordaba a los feriantes y, además, a los de más baja estofa. La forma en que dijo *ensaladilla de patatas* a la camarera de *La mano de hierro* casi me dio bascas, pensaba en mi sillón de orejas, desde el que observaba a los invitados en la sala de música, los cuales actuaban al fondo como en un escenario, semejantes a una fotografía en movimiento a causa del humo de tabaco que los invitados, con su fumar continuo, habían producido entretanto. Los Auersberger dijeron de repente que sólo aguardarían para la cena un cuarto de hora más, *todo lo más hasta las doce y media*, según dijo la Auersberger a la escritora Jeannie Billroth, que se había vuelto fea y fofa y gorda, con la que hablaba ya hacía un rato, como es natural sobre Joana, con la que la escritora Jeannie Billroth, que siempre se ha creído la Virginia Woolf de Viena cuando, todo lo más, ha demostrado sobre el papel, en sus novelas y relatos, ser una charlatana artificiosamente sentimental y una mala fabricante de cursilerías. La escritora Jeannie Billroth, que había aparecido en la Gentzgasse con un vestido de lana negro tejido por ella misma, fue también amiga de Joana, vivía en el distrito municipal II de Viena, muy cerca de la Praterhauptallee, y existía realmente ya desde hacía decenios con la ilusión de ser *la mayor escritora, incluso poetisa de Austria*, y también esa velada, mejor, esa noche en la Gentzgasse, no vaciló un instante en asegurar a los Auersberger que en su última novela había *ido un paso más allá* de Virginia Woolf, lo que pude oír porque tengo muy buen oído, especialmente de noche, su libro superaba ampliamente a las *Olas* de Virginia Woolf, dijo, encendiendo un cigarrillo y cruzando las piernas. Iría a ver *otra vez* ese *Pato salvaje* tan alabado en la prensa, *ese enigmático Ibsen*, le dijo a la Auersberger; por cierto, su intento de *procurarse* en alguna librería vienesa *El pato salvaje* había fracasado, ni una sola librería del centro de la ciudad *tenía existencias* de *El pato salvaje*, ni siquiera había podido *descubrir* una edición en la Universalbibliothek de la Reclam. Pero, naturalmente, conocía *El pato salvaje*, le gustaba Ibsen, sobre todo su *Peer Gynt*, dijo en medio de la niebla que ella misma provocaba. Era una fumadora empedernida y tenía de fumar la voz ronca y de beber vino blanco la cara hinchada. En la época en que me relacionaba intensamente con el matrimonio Auersberger yo había estado mucho también con la escritora Jeannie Billroth, demasiado, y con una intensidad casi suicida, según pienso, en su piso comunal, en el que vivía con un químico, Ernstl, que no quiso o con el que no quiso casarse durante más de un decenio. Ernstl ganaba dinero y Jeannie tenía la reputación, atraía a artistas y pseudoartistas, incluso a científicos y pseudocientíficos, y ponía, según decía Joana muy a menudo, *un poco de color en aquel yermo piso comunal*, abarrotado de pequeña burguesía. Tampoco la escritora Jeannie es más que una pequeña burguesa que, con el tiempo, se ha instalado en su cerebro

pequeñoburgués, pensaba en mi sillón de orejas. Después de la muerte de mi amigo Josef Maria, que, exactamente como Joana, se ahorcó y que, después de la guerra, a principios de los años cincuenta, publicó la primera *revista literaria* oficial de Austria, Jeannie se hizo cargo de aquella *Literatur in der Zeit* como directora, y desde entonces no se pudo leer ya la revista, que se convirtió en el fondo en un papelucho totalmente sin valor y, por consiguiente, sin sentido y totalmente aburrido, que este Estado espantoso, repulsivo y confuso subvencionaba y en el que sólo se imprimía siempre lo más insulso y lo más bobo, sobre todo, una y otra vez, los poemas de la propia Jeannie Billroth, que al fin y al cabo no creía ser sólo seguidora e incluso superadora de Virginia Woolf, sino también *se guidora y superadora* directa de la Droste y que escribía *los mejores poemas de Austria*. Pero sólo escribía malos poemas, en los que ni sentimientos ni ideas tenían el menor valor literario. Durante quince años dirigió esa embrutecedora *Literatur in der Zeit*, hasta que, con la promesa de pagarle una pensión vitalicia, se la quitaron de las manos. Pero la revista no mejoró con ello, pensaba yo, al contrario, el director actual es todavía mucho más tonto e incompetente. Desgraciadamente, ese catorce de marzo fui al Graben con intención de comprarme una corbata, en el Kohlmarkt o en la Naglergasse, siempre me he comprado las corbatas en el Kohlmarkt o en la Naglergasse, y me di de boca con los Auersberger. Probablemente, los Auersberger no me hubieran dirigido la palabra si no hubieran tenido el pretexto de comunicarme la muerte de Joana, pensaba ahora, y yo mismo no hubiera aceptado nunca su invitación a la cena si, por la muerte de Joana, no hubiera *perdido el equilibrio*, por decirlo así, ese día. A la tendera de ultramarinos de Kilb, como es natural, no la había reconocido en seguida por teléfono, su voz, porque al fin y al cabo sólo había oído siempre esa voz en Kilb y además sólo veinte años antes; al menos, por última vez en *La mano de hierro*, adonde había ido con Joana y su amiga de Kilb para comernos una salchicha en vinagre, con talante alegre, por decirlo así, como recordaba ahora muy bien en mi sillón de orejas. Entre las tres y las cuatro de la madrugada debía de haberse ahorcado Joana, me dijo la tendera de ultramarinos por teléfono, según el médico que, por lo demás, había cortado al parecer con sus propias manos la soga que Joana había atado a una viga sobre la entrada del vestíbulo. Los médicos rurales no son melindrosos, pensaba. Yo había visto a ese médico en el cementerio de Kilb, era un amigo de la infancia de Joana. El entierro había sido un entierro grotesco. Yo fui en tren hasta Sankt Pölten y transbordé al tren de Maria Zell, que llegaba a Kilb hacia las diez y media. Para llegar a Kilb antes de las diez y media, el entierro estaba fijado para la una y media, había tenido que estar ya a las siete y media de la mañana en la Westbahnhof de Viena; había rechazado todas las propuestas de amigos de ir con ellos en coche al entierro de Kilb, la independencia es lo que más me importa y casi no hay nada que odie más que compartir con alguien un coche y estar entonces a la merced de ese alguien, para bien o para mal. Tenía un buen recuerdo del paisaje entre Sankt Pölten y Kilb, y tampoco esta vez, en esa triste ocasión, me decepcionó. Como

es natural, pasé revista en ese viaje a través de la tierra ondulada de la Baja Austria a mis anteriores visitas a casa de Joana, que había hecho en gran parte con su marido, el tapicero, o con el matrimonio Auersberger. Pero también había ido solo a menudo a Kilb, una y otra vez durante mis visitas a Austria en mi época de Inglaterra; de esos viajes por el país hacia Kilb conservaba el más grato de los recuerdos. Prefiero viajar, sea a donde sea, solo, lo mismo que también prefiero *andar* solo. Pero saber que Joana estaría al final de mi viaje a Kilb en la casa de sus padres, pequeña y baja, me causaba siempre la mayor alegría. Mis viajes a Kilb los hacía en la primavera y en el otoño, nunca en el verano, nunca en el invierno. Las chicas del campo quieren ir, en cuanto son capaces de pensar, a Viena, a la capital, pensaba en mi sillón de orejas; eso no ha cambiado hasta hoy, y Joana tenía que ir a Viena porque, a cualquier precio, quería hacer *carrera*. Apenas podía aguardar ella el día en que, por decirlo así, subiría al tren para irse para siempre a Viena. Pero Viena le trajo más infelicidad que felicidad, pensaba en mi sillón de orejas. Los jóvenes se marchan a la capital y se desgracian en el sentido más exacto de la palabra, allí donde lo esperaban todo, por la repulsividad de la sociedad, por la brutalidad de la sociedad y por su propia naturaleza, que la mayoría de las veces no está a la altura de esa gran ciudad devoradora de hombres. En definitiva, también Auersberger quiso hacer carrera en Viena, pensaba en mi sillón de orejas, y la hizo en Viena tan poco como Joana, corrió detrás de una carrera que se le escapó continuamente, hasta hoy. Se lo tomó demasiado a la ligera, pensaba ahora sentado en mi sillón de orejas, lo mismo que, en fin de cuentas, también Joana se lo tomó demasiado a la ligera, porque en lo que se refiere a una carrera nada ocurre por sí mismo en una gran ciudad, y en Viena menos aún que en otras partes. El error de los dos fue, pensaba ahora en mi sillón de orejas, pensar que la gran ciudad de Viena los acogería, por decirlo así, en sus brazos; la gran ciudad no acoge a nadie, como suele decirse, en sus brazos; por el contrario, trata de rechazar, destruir y aniquilar a los desgraciados y deseosos de hacer carrera que llegan a ella, y destruyó y aniquiló a Joana lo mismo que a Auersberger, que al fin y al cabo creyó un día poder convertirse en Viena en un compositor grande, incluso importante, incluso de importancia mundial, mientras que, a decir verdad, no sólo no pudo convertirse en ello en Viena, sino que realmente fue totalmente echado a perder por Viena; el genio estirio, que apuntaba en él treinta años antes, pensaba yo ahora, se atrofió muy pronto en Viena, primero le dieron en la cabeza y luego se atrofió, lo mismo que les pasó, antes que a él, a miles y miles de genios, sobre todo musicales, Viena lo atrofió convirtiéndolo en un, así llamado, *seguidor de Webern*, dejándolo convertido para siempre en ese *seguidor de Webern*. Y Joana, durante toda su vida, soñó con una carrera de bailarina en la Ópera y, en definitiva, con la célebre actriz del Burg que hubiera querido ser; y durante toda su vida no fue más que una diletante que bailaba y actuaba, y, por decirlo así, una terapeuta del movimiento que daba clases privadas. Han pasado ya veinticinco años, pensaba, desde que escribía para ella pequeñas obras de teatro, que ella representaba para mí por las tardes y las noches en

su torre de la Simmeringer Hauptstrasse, y que grabábamos en cinta magnetofónica, por decirlo así, para la eternidad. Docenas de piezas para dos personajes, en las que ella trataba de demostrar lo grande que era su talento y en las que yo quería poner a prueba mi propio talento, mi talento de actor y mi talento de escritor. Esas piezas se han perdido, literariamente no valían nada, pero nos mantuvieron vivos a mí y a Joana durante años, como pensaba ahora en mi sillón de orejas. Al fin y al cabo, saliendo de mi piso en el distrito XVIII, iba a la Simmeringer Hauptstrasse, durante años, casi cada dos o tres tardes, con el *setenta y uno*, para comprar en la tienda de bebidas de Dittrich, situada frente a la torre de Joana, tres o cuatro botellas de dos litros del vino blanco más barato y entrar con esas botellas de vino en la torre y subir en el ascensor al undécimo piso, a casa de Joana. Bebíamos y nos ejercitábamos en el *arte dramático total*, en el arte de la interpretación y en la literatura para la escena, más o menos ayudados por el vino blanco, hasta el agotamiento total. Cuando nosotros mismos no estábamos ya en condiciones de actuar, poníamos sencillamente las cintas que acabábamos de impresionar y nos embriagábamos con ellas hasta muy entrada la noche, hasta el amanecer. Para mi propia evolución, pensaba en mi sillón de orejas, mi relación con Joana desempeñó un gran papel, y fue Joana la que, en definitiva, me llevó otra vez al teatro, del que, después de terminar mis estudios en la Akademie, no quería saber ya nada; salí, pensaba ahora, de la Akademie con mi título y, todavía mientras bajaba las escaleras de la Akademie, pensé: he terminado ahora mis estudios de teatro, pero en toda mi vida no quiero tener nada que ver con el teatro. Y durante años no tuve que ver, efectivamente, nada con el teatro, hasta que conocí a Joana a través de Auersberger. Joana, ya en el primer instante de mi encuentro con ella, me dio la idea de escribir para ella obras cortas, es decir, pequeños bocetos dramáticos, por decirlo así; para eso tenía ella una voz apropiada. No fue *cómo se la veía* lo que me estimuló, sino *cómo hablaba*. Y realmente fue mi conocimiento y, finalmente, mi amistad con Joana lo que, sencillamente, después de tanto tiempo de repulsión hacia ello, me puso otra vez en contacto con el arte y con lo artístico en general. Ella y todo lo que la rodeaba fueron para mí el teatro, y su marido pintaba; eso me fascinaba, me atrajo desde el principio, pensaba en mi sillón de orejas. Unas circunstancias afortunadas hubieran podido hacer de ella probablemente una de las mayores artistas, bailarinas o actrices, pensaba ahora en mi sillón de orejas, si no hubiera tropezado con su artístico Fritz, el pintor y más tarde tapicero, es decir, si no se hubiera dejado abatir por los primeros obstáculos importantes. Por otra parte, sus compañeras del Reinhardtseminar, que se convirtieron realmente en actrices del Josefstadt o el Burg y famosas, no llegaron a ser otra cosa que figuras teatrales más o menos ridículas y, en el fondo, absolutamente inútiles, que aparecían una vez al año en un Shakespeare, una vez en un Nestroy y una vez en un Grillparzer y, con toda seguridad, son mil veces más tontas que lo fue Joana en toda su vida. Sin duda se ha pensado como una *cena artística* para el actor, me decía yo ahora, pero en el fondo no es otra cosa que una

especie de réquiem por Joana; el olor del entierro de la tarde en Kilb estaba ahora de repente en la Gentzgasse, el olor del cementerio de Kilb aquí en el piso del matrimonio Auersberger. En el fondo esta, así llamada, *cena artística* no es otra cosa que un banquete fúnebre, pensaba, e inmediatamente después que, de todos los que habían venido a la cena, sólo el esperado actor del Burg, como me consta, *no* había conocido a Joana. La *cena artística* estaba organizada ya antes de que Joana se matase y, por consiguiente, convenida sobre todo con el actor, el actor del Burg, una fiesta de estreno tardía con motivo de *El pato salvaje* en el Akademietheater, como habían dicho unas cuantas veces los Auersberger. La muerte de Joana se les había cruzado entretanto a los Auersberger. Dijeron a los invitados que era para el actor, para el actor del Burg, añadiendo, sin decirlo realmente: para Joana. El actor está seguro de que esta *cena artística* se da para él, y eso le basta al matrimonio Auersberger, que ciertamente organiza su *cena artística* porque tiene lugar el día del entierro de Joana, mucho más para Joana, pensaba en mi sillón de orejas. Por lo demás, en ese instante recordé que yo mismo había querido leer la víspera *El pato salvaje* para estar a la altura del actor, creyendo que me bastaba echar mano a mi armario de libros y sacar *El pato salvaje*, lo que había sido un error; no tenía *El pato salvaje*, aunque estaba seguro de que lo tenía, porque naturalmente que tengo *El pato salvaje*, había pensado al abrir el armario de libros queriendo sacar *El pato salvaje*, porque en mi vida he leído varias veces *El pato salvaje*, pensaba, y todavía me acuerdo muy bien en qué ediciones, pero realmente no lo tenía y, lo mismo que la escritora Jeannie, quise comprármelo en la ciudad, pero no lo conseguí. Sin embargo, recordaba en mi sillón de orejas que en *El pato salvaje* aparece un *viejo Ekdal* que tiene un hijo, o sea el *joven Ekdal*, que es fotógrafo. Y que el primer acto del drama se desarrolla en casa de cierto cónsul Werle. El *atelier* de Ekdal, el desván, me dije, recordando poco a poco la obra, y no la busqué más. Qué puede valer ese *Pato salvaje* si lo representa el *Burgtheater*, pensaba en mi sillón de orejas, y pensé otra vez en *La mano de hierro*, a donde fui con la tendera de ultramarinos, toda vestida de negro, inmediatamente después de llegar a Kilb. Sólo un momento entré en la tienda de ultramarinos para decir que estaba allí, y la tendera de ultramarinos se puso su abrigo negro y fue conmigo a *La mano de hierro*, por decirlo así, al puesto de mando en lo que se refiere al entierro de Joana. En *La mano de hierro*, exactamente igual que la tendera de ultramarinos, había encargado un pequeño *gulasch* y había esperado con la tendera de ultramarinos al compañero de Joana. Hacia las once y media entró el compañero de Joana y se sentó a nuestra mesa. Cuando la gente está vestida de negro parece más pálida que de costumbre, y el compañero de Joana (por cierto, la tendera de ultramarinos sólo decía siempre *Elfriede*) tenía por eso una cara tan pálida que parecía que iba a vomitar en cualquier momento. En verdad, había estado a punto de vomitar efectivamente cuando llegó a la mesa: porque venía directamente de la cámara mortuoria situada junto a la iglesia, en donde, según dijo, profundamente chocado por todo lo que de pronto había visto, había tenido que *soportar* a Joana

metida en una bolsa de plástico; el enterrador, como de costumbre el carpintero del lugar, como no había recibido ninguna orden expresa sobre la forma de entierro, hasta que apareció por la mañana el compañero había metido sencillamente al cadáver, de la forma más barata, en una bolsa de plástico, y lo había puesto sobre un caballete de tablas en la cámara mortuoria de la iglesia de Kilb. El compañero, según él en *La mano de hierro*, se había puesto malo al ver la bolsa de plástico, y había encargado al sacristán que le pusiera al cadáver un sudario y lo metiera en un ataúd de haya, lo que entretanto se había hecho con su colaboración. Mientras, como nosotros, se comía un *gulasch*, dijo que no podía describir el proceso, a saber, el de sacar el cadáver de Joana de la bolsa de plástico y ponerle un sudario, de *horroroso* que había sido. Finalmente había elegido para Joana el ataúd más caro que tenía en el almacén el carpintero del lugar. Después de haberse comido ya la mitad de su *gulasch*, fue al pasillo de la posada para lavarse las manos; al volver descubrí lágrimas en sus ojos. Al fin y al cabo, Joana no tenía ya ningún pariente, dijo, hacía tiempo que todos *se le habían muerto*, y por eso todo lo relacionado con el entierro había *caído sobre él*, según el compañero. Él había pensado que la tendera de ultramarinos podría ocuparse de la difunta Joana y de todo lo que siguió a su suicidio, pero la tendera de ultramarinos se había limitado a negar con la cabeza, no había podido dejar su tienda ni una hora y creía que él, el compañero, había tomado las riendas, por decirlo así, de todo. Fuera como fuese, el compañero se comió su *gulasch* tan deprisa que había terminado ya con él cuando yo me había comido sólo la mitad de mi *gulasch*. Se había salpicado de *gulasch* la camisa blanca almidonada, en realidad, la pechera blanca almidonada, porque no llevaba camisa, sino sólo una pechera sobre una camiseta de lana, como pude comprobar, pensaba en mi sillón de orejas. Esa pechera almidonada salpicada de salsa de *gulasch* confirma más o menos la impresión de que, en el caso del compañero de Joana, se trata de un ser totalmente degenerado, pensaba en mi sillón de orejas. Después de haberse comido su *gulasch* esperó impacientemente a que la tendera de ultramarinos y yo terminásemos de comer, pero tanto a la tendera de ultramarinos como a mí nos era imposible comer más que de la forma más lenta. Finalmente, me dejé casi la mitad de mi *gulasch*, pero la tendera de ultramarinos se tragó todo su *gulasch*. Si no aparece nadie, dijo el compañero de Joana, meten al cadáver sencillamente en una bolsa de plástico. Y luego dijo que la cámara mortuoria *apestaba* horriblemente. Por la ventana de la posada vi pasar varios coches con gente que yo conocía y que, evidentemente, había venido a Kilb para el entierro de Joana, todos iban en dirección al cementerio. Qué suerte haber cogido mi paraguas inglés, pensé cuando empezó a llover. La calle se oscureció, y mucho más la sala de la posada. La escritora Jeannie Billroth con su séquito, todos jóvenes de menos de veinte años, pasó por fuera. Realmente vi a Joana por última vez *en la torre*, tenía la cara hinchada y unas piernas enfermizamente hidrópicas, me dije en *La mano de hierro*, pensaba en mi sillón de orejas. *Una voz de borracha*, hubiera dicho cualquiera. Un tapiz mural ya totalmente polvoriento del hombre que se había

separado de ella, sobre su cama, recordaba aún entonces que con ese hombre había sido feliz en otro tiempo. Su piso estaba lleno de ropa sucia y mal olor. El magnetófono que tenía junto a su cama, en la que, como vi, estaba echada más o menos todo el día, estaba roto. Todo estaba polvoriento. En el suelo había, de pie o tumbadas, docenas de botellas de vino blanco vacías. Yo había querido escuchar la cinta con la breve escena en que yo interpretaba a un rey y Joana a una princesa, cuatro o cinco años antes de mi visita por sorpresa a su torre, pero no pudimos encontrar la cinta y tampoco hubiera servido de nada que la hubiéramos encontrado, porque no hubiéramos podido ponerla en el magnetófono roto, *Naturalmente, una princesa desnuda*, le había dicho a Joana, echada en su cama. *Y tú de rey desnudo*, había respondido ella y había querido reírse, pero no lo consiguió. Mi visita no tuvo en sí nada de conmovedor, de sentimental, sino que me repelió, pensaba en mi sillón de orejas. Se podían ver ya huellas de sus compañeros, pensaba en mi sillón de orejas, aquí un paquete de cigarrillos, allá una corbata vieja, un calcetín sucio, etc. Yo la había decepcionado, me dijo varias veces; apenas podía incorporarse en la cama, lo intentó varias veces, e inmediatamente volvió a caer hacia atrás. *Decepcionado, decepcionado*, dijo una y otra vez. En los últimos años había vivido de la venta de los tapices, o sea, de las tapicerías que su Fritz, su marido, le había dejado. Por lo demás, no había sabido nada de su Fritz. Y de los otros, quería decir de *toda la comunidad artística*, tampoco nada, *de ninguno nada*. Me pidió que bajara a Dittrich a buscar dos botellas de dos litros de vino blanco. *Vete*, me dijo, lo mismo que antes. *¡Vete! ¡Vete!* Me ordenó ir abajo y yo obedecí su orden como veinte, como veinticinco años antes. Al volver de Dittrich puse las dos botellas de dos litros junto a su cama y me despedí. Al fin y al cabo, no hubiera tenido sentido seguir hablando con ella, me dije en mi sillón de orejas. Yo había pensado que estaba acabada. Pero vivió aún muchos años; eso era lo que más me sorprendía ahora. Cuando supe de su muerte, pensaba que hacía ya tiempo, o sea, muchos años, que estaba muerta, ésa es la verdad. Como no había oído de ella ni la había visto en tantos años, la había olvidado sencillamente, pensaba en mi sillón de orejas. Tenemos una intimidad tan grande con las personas que creemos que se trata de un vínculo para toda la vida, y de la noche a la mañana las perdemos de nuestra vista y de nuestra memoria, ésa es la verdad, pensaba en mi sillón de orejas. Los actores acostumbran, me dije en mi sillón de orejas de los Auersberger, a no cenar hasta medianoche, a menudo hasta *después* de medianoche, y los que quieren estar con ellos tienen que hacer frente a esa horrible realidad. Si vamos a un restaurante con actores para cenar nos ponen la sopa en la mesa a las once y media como muy pronto, y no tomamos café con ellos hasta la una y media. *El pato salvaje* es al fin y al cabo una obra relativamente corta, me decía, pero al fin y al cabo del Akademietheater a la Gentzgasse hay al menos media hora y, si la representación termina hacia las diez y media, hace falta media hora aún para que los actores, que al final de la representación tienen que salir a saludar y que, según he oído, tienen un gran éxito con ese *Pato salvaje* y reciben por él aplausos bastante prolongados, se

quiten el maquillaje y, por consiguiente, el actor para el que, en definitiva, se da esta *cena artística* no podrá llegar a la Gentzgasse antes de las doce y media. El matrimonio Auersberger ha invitado a sus huéspedes para las diez y media, lo que es una falta de vergüenza, me decía en mi sillón de orejas, porque el matrimonio Auersberger tenía que saber que *El pato salvaje* dura hasta las once y que su Ekdal no puede estar en la Gentzgasse antes de las doce y media. Si yo hubiera pensado bien cuándo empezaría realmente esta *cena artística*, con seguridad no habría venido a la Gentzgasse, pensaba. Sólo buscaba una corbata en el Graben y, como es natural, no la encontré, pensaba, y me encontré con los Auersberger en el momento más inoportuno. Como si el tiempo se hubiera detenido, pensaba en relación con el hecho de que todos los invitados a aquella *cena artística* en la Gentzgasse fueran exactamente los mismos amigos íntimos e íntimísimos del matrimonio Auersberger que lo eran ya hace treinta años y, por consiguiente, en los años cincuenta, y todos esos amigos, como se veía ahora, no habían interrumpido hasta hoy ni una sola vez su amistad con el matrimonio Auersberger, han mantenido, como suele decirse, esa amistad suya con los Auersberger durante todos esos veinte y hasta treinta años, en los que yo no he tenido ya con el matrimonio Auersberger ningún contacto. Me veía de pronto como un desertor, como un traidor, como un traidor a los Auersberger y a todo lo que, para mí, está relacionado con los Auersberger, y los propios Auersberger, como también sus invitados, habían pensado lo mismo que yo, pensaba. Pero eso no me molestaba, al contrario, incluso ahora, que estaba sentado en su piso y en su sillón de orejas, el matrimonio Auersberger me resultaba profundamente antipático, y lo mismo sus invitados; en efecto, los aborrecía a todos, porque eran mis *opuestos* en todas las cosas de este mundo, y ahora que estaba en el piso de los Auersberger, y, aturdiéndome con unas copas de champaña, trataba de salir más o menos del paso, tenía la sensación de que, en verdad, mi aversión hacia ellos había sido siempre ya odio, odio hacia todo lo que a ellos se refería. Tenemos una amistad de la forma más íntima con unas personas, y creemos realmente que es para toda la vida, y un día nos vemos decepcionados por esas personas que estimamos más que a cualquier otra, incluso admiramos, en definitiva hasta amamos, y las aborrecemos y las odiamos y no queremos tener que ver nada más con ellas, pensaba en mi sillón de orejas; y como no queremos perseguirlas toda la vida con nuestro odio, lo mismo que inicialmente con nuestro afecto y amor, las borramos sencillamente de nuestra memoria. Realmente he conseguido después de todo sustraerme a los esposos Auersberger durante más de dos decenios, no correr nunca el peligro de encontrármelos, porque ha sido una estrategia mía muy exactamente ideada y desarrollada por mí el no coincidir *con esos seres inhumanos*, como tenía que calificarlos en mi fuero interno, o sea, no una casualidad el haberlos evitado durante más de veinte años, pensaba en mi sillón de orejas; sólo el suicidio de Joana tiene la culpa de que, de repente, y sin duda súbitamente, me encontrara, sin embargo, con el matrimonio Auersberger en el Graben. Su invitación abruptamente hecha a la cena en honor del *artista del Pato*

salvaje, mi igualmente abrupta aceptación de su invitación, un cortocircuito clásico, pensaba. En definitiva, aunque la había aceptado, hubiera podido no hacer honor a esa invitación, sobre todo, cuando nunca he sido escrupuloso en cumplir visitas prometidas, pensaba. Realmente, la verdad es que durante todos los días comprendidos entre la invitación a esa *cena artística* y el día en que ésta debía tener lugar, estuve pensando en si verdaderamente iría a casa de los Auersberger; unas veces pensaba: iré a casa de los Auersberger; otras pensaba: no iré a casa de los Auersberger; unas veces me decía: iré; otras, no iré; iré, no iré; fue durante todos esos días como un juego verbal que casi me volvió loco y todavía esa velada, es decir, poco antes de ir a pesar de todo a la Gentzgasse, no me resultaba aún claro si realmente iría a la Gentzgasse. Como los Auersberger, tal como acabas de ver otra vez en seguida en el entierro de Kilb, te siguen siendo tan repulsivos como antes, había pensado aún unos minutos antes de decidirme a ir a pesar de todo, naturalmente *no irás*, los Auersberger son personas repulsivas, *ellos* te traicionaron, no tú a ellos, había pensado todo el tiempo, mientras, en mi cuarto de baño, trataba de refrescarme, dejando correr sobre mis muñecas el agua helada del grifo del lavabo y metiendo también una vez el rostro bajo el chorro de agua, para refrescármelo; el matrimonio Auersberger, en estos veinte años, en todas partes donde ha podido, te ha hecho el vacío, denigrado, falsificado todo lo que a ti se refiere, cometido una y otra vez contra ti, en toda oportunidad, un asesinato moral, pensaba, contado historias sobre ti que no son ciertas, difundido mentiras, viles mentiras, cada vez más mentiras, como sabes, cientos y miles de mentiras en estos veinte años sobre ti, diciendo que *tú* los explotaste en Maria Zaal, no ellos a ti, que *tú* fuiste el desvergonzado, no ellos, que *tú* los calumniaste, no ellos a ti, que *tú* los has traicionado, no ellos a ti, etc. Había hecho el inventario de todo lo que hablaba en contra de una visita a los Auersberger, no había nada que hablara en favor de esa visita después de veinte años de falta de contacto, y, sin embargo, finalmente, en realidad con la mayor aversión, incluso con el mayor odio hacia ellos, había tomado la decisión de visitarlos, y me puse el abrigo y me vine a la Gentzgasse. Aunque no quería venir de ninguna manera a la Gentzgasse, he venido a la Gentzgasse, me decía en mi sillón de orejas; todo estaba en contra de esa visita a la Gentzgasse, todo estaba en contra de esta ridícula *cena artística*, pero he venido; *todavía en el camino de la Gentzgasse me he dicho todo el tiempo: estoy en contra de esa visita a la Gentzgasse, estoy en contra de los Auersberger, estoy en contra de todas las personas que participan en esa cena, las odio, las odio a todas, pero me he internado cada vez más en la Gentzgasse y finalmente he llamado a la puerta del piso de los Auersberger*. Todo estaba en contra de mi aparición en la Gentzgasse y, sin embargo, he aparecido en la Gentzgasse, me decía en mi sillón de orejas. Y pensaba otra vez que hubiera sido mucho mejor leer mi Gogol y mi Pascal y mi Montaigne, o tocar Schönberg o Satie, o aunque sólo fuera andar sencillamente por las calles de Viena. Y realmente los Auersberger han estado más sorprendidos aún de mi aparición en la Gentzgasse que yo mismo,

pensaba, eso lo he visto en la forma en que me ha recibido la Auersberger, y más aún en la que me ha recibido su marido. No hubieras debido venir a la Gentsgasse, me había dicho ya en el instante en que estuve ante los Auersberger, un acto demencial, me había dicho, cuando quise darle la mano a Auersberger y él no me la estrechó, porque estaba borracho o porque fue, de la forma más baja, infame, no puedo decirlo, pensaba en mi sillón de orejas. Que me habían hecho su invitación en el Graben creyendo que no vendría, en ningún caso, pensaba en mi sillón de orejas, y que ellos mismos no sabían por qué me habían invitado realmente a esa cena que los Auersberger, de forma igualmente inevitable, habían calificado de *cena artística* en el Graben, haciéndose con ello ridículos a mis ojos. Pero los Auersberger hubieran podido no dirigirme la palabra en el Graben, al fin y al cabo hubieran podido hacer caso omiso de mí, como han hecho caso omiso de mí durante decenios, como también yo he hecho caso omiso de ellos durante decenios, pensaba en mi sillón de orejas. La culpa de esa invitación la tiene Joana, pensaba, ella fue la que provocó este cortocircuito, la muerta tiene sobre su conciencia esa fatalidad odiosa, pensé, y pensé al mismo tiempo lo absurdo que era ese pensamiento, que la difunta Joana tuviera la culpa del *cortocircuito del Graben* que, en definitiva, en contra de todas mis inclinaciones, me había hecho ir a la Gentsgasse a esa *cena artística*. A causa de la muerte de Joana, el matrimonio Auersberger, sencillamente, en el instante en que me había visto en el Graben, había borrado los veinte años de nuestra falta de contacto absoluto y hecho su invitación, lo mismo que yo, por la misma razón, había aceptado esa invitación. Y por añadidura, el matrimonio Auersberger había dicho al fin y al cabo que se trataba de una *invitación en honor del actor del Burg que triunfaba con El pato salvaje*, según la Auersberger en el Graben, y yo había asentido. Nunca, en los últimos diez o quince años, he aceptado una invitación a una cena a la que estuviera invitado un actor, pensaba en mi sillón de orejas, nunca he ido siquiera a donde iba un actor, y de repente me dicen que un actor, y por añadidura un actor del Burg, viene a una cena, y por añadidura a una cena en casa de los Auersberger en la Gentsgasse, y vengo. No tenía sentido llevarse ahora las manos a la cabeza. Realmente, no oculto al fin y al cabo mi aversión hacia toda esta gente, ni tampoco hacia los propios Auersberger, me decía en mi sillón de orejas, al contrario, todos se dan cuenta de que los aborrezco, de que los odio. Ven que los odio, lo oyen. Y a la inversa, yo tenía la impresión de que toda aquella gente estaba contra mí, en todo lo que veía en ella, en todo lo que oía de ella había aversión hacia mí, sin duda odio incluso. El matrimonio Auersberger me odiaba, lo habían comprendido: yo era la mácula invitada con precipitación a aquella cena y sólo temían el momento en que hiciera su aparición el actor del Burg e invitaran a todos a pasar a la mesa y empezaran con la cena. Lo veían: yo era su observador, el ser repugnante que se había instalado cómodamente en su sillón de orejas y, protegido por la penumbra de la antesala, se dedicaba a su asqueroso juego de *despedazar* más o menos, como suele decirse, a los invitados de los Auersberger. Eso siempre me lo habían tomado a mal,

que siempre los despedazaba en toda ocasión, realmente sin escrúpulos, pero siempre tenía una circunstancia atenuante; yo mismo me despedazaba aún mucho más, no me perdonaba nunca, me descuartizaba a mí mismo en toda ocasión *en todas mis partes integrantes*, como dirían ellos, me decía en mi sillón de orejas, con la misma desenvoltura, con la misma bajeza, con la misma forma brutal de proceder. Entonces quedaba de mí mucho menos de lo que quedaba de ellos, me decía. Tenía un consuelo: no era yo solo quien maldecía el haber venido a la Gentsgasse, el haber cometido esa tontería, esa falta de personalidad, sino que el matrimonio Auersberger, a la inversa, se maldecía por haberme invitado. Pero ahora yo estaba allí, y no había nada que hacer. Hacía treinta años había entrado y salido con ellos en aquel piso como si fuera mi casa, pensaba sentado en mi sillón de orejas, observando lo que pasaba en la sala de música, que estaba precisamente tan bien iluminada que nada se me podía escapar, mientras que yo mismo, en cambio, había permanecido totalmente en la oscuridad todo el tiempo, es decir, precisamente en el lugar que era para mí indudablemente, en aquella situación odiosa, el más conveniente, a los invitados que habían venido a aquella *cena artística* los conocía más o menos, como al propio matrimonio Auersberger, desde hacía decenios, salvo a los jóvenes, sobre todo los dos escritores jóvenes, que, sin embargo, no me interesaban; no los conocía y, por consiguiente, no tenía absolutamente ninguna razón para ocuparme de ellos, salvo la de que los observaba, no sentía la menor necesidad de levantarme siquiera una vez y dirigirme a ellos, para hablar con ellos, arrastrarlos a una conversación, a una discusión, probablemente estaba también demasiado cansado para ello, porque las fatigas del entierro me habían agotado por completo, todo lo que había tenido que pasar en Kilb en relación con Joana, aquellos horrores, sobre todo *después* del entierro, pensaba, que habían sido tan increíbles que sólo poco a poco había estado en condiciones de comprenderlos; todavía no tenía en mi cabeza la claridad necesaria para esa comprensión y pensaba que antes tendría que dormir realmente a gusto una vez para conseguir esa claridad, y ya en mi sillón de orejas pensaba que, en casa, me acostaría en seguida y no me levantaría en todo el día, y tampoco la noche siguiente y quizá incluso tampoco al día siguiente ni tampoco a la noche siguiente, tan agotado, efectivamente *hecho polvo* estaba ahora en mi sillón de orejas. Creemos que tenemos veinte años y actuamos en consecuencia, y en realidad tenemos más de cincuenta y estamos totalmente agotados, pensaba, nos tratamos como a los veinte años y nos echamos a perder y tratamos también con todos los demás como si tuviéramos veinte años, pero tenemos cincuenta y, en realidad, no soportamos ya nada, y nos olvidamos también de que tenemos un padecimiento, varios, muchos padecimientos juntos, lo que se llama *enfermedades mortales*, con las que tenemos que existir ya desde hace muchísimo tiempo, de lo que, sin embargo, hacemos caso omiso y lo que no consideramos cierto en absoluto durante muchísimo tiempo, mientras que, sin embargo, están ahí, continuamente, durante toda la vida y un día nos matan, efectivamente, nos tratamos como si tuviéramos aún las fuerzas que teníamos hace

treinta años, mientras que ni siquiera tenemos una fracción de esas fuerzas de hace treinta años, no tenemos ya nada de esas fuerzas, pensaba en mi sillón de orejas. Porque hace treinta años no me importaba nada estar levantado dos o tres noches seguidas y beber casi ininterrumpidamente, lo que fuera, y actuar varias noches como una *máquina de diversión*, hacer el bufón las veinticuatro horas, como suele decirse, para todas las personas imaginables, que entonces eran todas amigas, sin sufrir el menor daño, y realmente durante muchos años, pienso ahora, no he vuelto a casa hasta las tres o las cuatro de la mañana, o sea no me he ido a la cama hasta que cantaban los pájaros, sin que eso me perjudicara lo más mínimo. Durante años he visitado el *Apostelkeller* y todos los locales subterráneos imaginables del centro de la ciudad, hacia las once, para no dejarlos antes de las tres o las cuatro de la mañana, y en esas noches me he agotado siempre por completo y, por consiguiente, completamente, como suele decirse, con esa falta de miramientos extrema que entonces me caracterizaba y que entonces, según pienso hoy, no me perjudicaba en absoluto. Y precisamente con Joana he pasado tantas noches charlando y bebiendo que no pueden contarse, pensaba en mi sillón de orejas. Realmente, no tenía nada de dinero ni tampoco de nada y, sin embargo, durante años he pasado las noches charlando y bebiendo, discutiendo y bailando al máximo, puedo decirlo, precisamente con Joana y su marido y con esa Jeannie Billroth y, sobre todo, una y otra vez, con el matrimonio Auersberger. En aquella época tenía todas las fuerzas que puede tener un joven y me dejaba mantener sin escrúpulos por todos los que tenían algo, pensaba en mi sillón de orejas. No tenía un céntimo en el bolsillo y, sin embargo, podía permitírmelo todo, pensaba en mi sillón de orejas, observando a los invitados de la sala de música. Y durante muchos años iba diariamente, tengo que decir, ya a última hora de la tarde, a casa de Joana en la Simmeringer Hauptstrasse, pasando antes por Dittrich para llenarme los brazos de botellas de vino, a fin de estar luego con Joana hasta el amanecer y volver a la ciudad con el primer *setenta y uno* o, sencillamente, volver desde su casa a pie por la Simmeringer Hauptstrasse, bajando por el Rennweg y atravesando la Schwarzenbergerplatz hasta Währing. Qué tiempos aquéllos, pensaba en mi sillón de orejas, cuando todavía los carros de caballos se detenían por la noche ante las lecherías y yo podía andar por el centro del Rennweg y a través de la Schwarzenbergerplatz y a lo largo del Ring totalmente vacío hasta casa, sin temer que me atropellaran. Y si encontraba algún ser humano, en esas ocasiones encontraba sólo a mis iguales, lo que quiere decir que me tropezaba con algún borracho, y un automóvil que atravesara la noche era una rareza. Nunca en mi vida he cantado tantas arias italianas como en aquella época, en el camino desde la Simmeringer Hauptstrasse por el Rennweg y atravesando la Schwarzenbergerplatz hasta Währing, pensaba en mi sillón de orejas. En aquella época tenía fuerzas para andar y cantar, pensaba en mi sillón de orejas, hoy ya no tengo fuerzas *para andar y hablar*, ésa es la diferencia. Han pasado treinta años desde que, sin más, andaba en la noche unos quince kilómetros para volver a casa, pensaba en mi sillón de orejas, *cantando, dando*

rienda suelta a mi embriaguez con mi entusiasmo de entonces por Mozart y Verdi. Han pasado treinta años, pensaba en mi sillón de orejas, desde que, de esa forma, recorría la historia de la ópera, treinta años. Realmente, sin Joana, pensaba ahora en mi sillón de orejas, hubiera tomado otro camino, posiblemente hubiera recorrido el opuesto, si, remontándome aún más en ese pensamiento, no hubiera conocido a los Auersberger. Porque haber conocido a los Auersberger significó en el fondo volver a lo artístico, de lo que al fin y al cabo me había apartado totalmente desde que terminé mis estudios en el Mozarteum y, según creía entonces, apartado para siempre; en aquella época, al salir del Mozarteum, no había querido tener ya nada que ver, de pronto, con lo que se llama lo artístico, y me había decidido por lo contrario de lo que califico de *artístico*, mientras que el encuentro con Auersberger, como volvía a pensar ahora en mi sillón de orejas, había provocado otra media vuelta total. Y aunque sólo fuera mi encuentro con Joana, con esa personificación de la vida artística, pensaba. Por lo artístico, no por el arte, siempre sólo por *lo artístico*, me había decidido entonces, hace treinta y cinco años, definitivamente, pensaba en mi sillón de orejas, *aunque no sabía en absoluto qué era eso, lo artístico*, pero me había decidido por *lo artístico*, aunque no supiera por qué clase de artístico. Me había decidido sencillamente por Auersberger, por el Auersberger que era entonces, hace treinta y cinco años, hace treinta y cuatro, incluso hace sólo treinta y tres, el *Auersberger artístico*. Y por Joana, la totalmente *artística Joana*. Y por Viena. Y por el mundo artístico, pensaba en mi sillón de orejas. Debo a Auersberger el haber vuelto al mundo artístico, pensaba ahora en mi sillón de orejas, y se lo debo a Joana y a todo lo que entonces, precisamente hace treinta y cinco años y hace sólo treinta y dos años, estaba relacionado con Auersberger y con Joana, ésta es la verdad, pensaba en mi sillón de orejas. Varias veces dije para mí *el mundo artístico*, y también *la vida artística*, realmente en voz alta y de tal forma que las personas que había en la sala de música tuvieron que oírlo y lo oyeron efectivamente, porque de repente todos me miraron, desde la sala de música hacia la antesala, sin poder verme realmente, porque me habían oído decir *la vida artística y el mundo artístico* y repetir esas palabras una y otra vez, y pensé en lo que esos conceptos de *mundo artístico y vida artística* significaban para mí entonces y, en el fondo, siguen significando todavía hoy, más o menos *todo*, pensaba ahora en mi sillón de orejas, y qué insulso era por parte de los Auersberger calificar su cena, o, mejor, su banquete, como se dice en Viena, de *cena artística*. Qué bajos han caído los Auersberger, pensaba en mi sillón de orejas, esos Auersberger que, a mis ojos, hace tiempo y desde hace ya decenios han hecho bancarrota artística y, en general, espiritual y en realidad también moral. Pero todas aquellas personas de la sala de música habían oído efectivamente cómo yo había dicho *mundo artístico y vida artística*, como si yo hubiera dicho *cena artística* igual que el matrimonio Auersberger y, aparte del volumen sonoro con que yo había dicho *mundo artístico y vida artística*, no habían notado nada, no habían comprendido en absoluto la significación que para mí tenían esa *vida artística* y ese *mundo artístico*

cuando los decía. Al fin y al cabo, todas esas personas fueron realmente un día artistas o, por lo menos, *talentos artísticos*, pensaba ahora en mi sillón de orejas, y ahora todos no son más que una *chusma artística*, que precisamente no tienen en común con el arte y con lo artístico más que la cena del matrimonio Auersberger. Todas esas gentes que un día fueron realmente artistas o, por lo menos, artísticas, no son ahora más que las máscaras y las cáscaras de lo que un día fueron; sólo tengo que oír lo que dicen, sólo tengo que mirarlas, sólo tengo que entrar en contacto con sus creaciones para sentir lo mismo que siento ahora en relación con este banquete, con esta insulsa *cena artística*. Qué ha sido de todas estas gentes en estos treinta años, pensaba, qué han hecho todos estos seres de sí mismos en estos treinta años. Y qué he hecho yo de mí mismo en estos treinta años, pensaba. En cualquier caso, es deprimente ver lo que estas gentes han hecho de sí mismas en estos treinta años, qué he hecho yo de mí, de todas esas condiciones y circunstancias en otro tiempo felices, todas esas gentes han hecho condiciones deprimentes y circunstancias deprimentes, pensaba en mi sillón de orejas, lo han convertido todo en algo totalmente deprimente, toda su felicidad en nada más que depresión, lo mismo que yo he convertido mi felicidad nada más que en depresión. Porque indudablemente todas esas personas fueron un día, es decir, en aquella época, hace treinta, incluso sólo veinte años, seres felices, fueron felices, y ahora no son más que seres deprimentes, deprimentes como yo, en fin de cuentas, no soy más que deprimente y no soy feliz, pensaba en mi sillón de orejas. De nada más que felicidad han hecho nada más que catástrofe, pensaba en mi sillón de orejas, de una pura esperanza, una pura desesperanza. Porque si miraba a la sala de música, miraba francamente nada más que la desesperanza, pensaba en mi sillón de orejas, nada más que desesperanza humana y, por decirlo así, nada más que desesperanza artística, ésa es la verdad. Todas esas gentes vinieron a Viena un día, en los años cincuenta y, por consiguiente, hace treinta o incluso hace ya cuarenta años, con la esperanza de llegar a ser algo en Viena, como suele decirse, y *realmente* no han llegado a ser en Viena más que artistas provincianos más o menos cargados de galardones, y la cuestión es saber si en otra de las llamadas grandes ciudades hubieran llegado a ser algo, probablemente *ellos* nunca hubieran llegado a ser nada en ninguna parte, pensaba. Pero cuando pienso que no han llegado a nada en Viena, a nada en absoluto, lo pienso con conciencia de que ellos mismos no saben en absoluto que no han llegado a nada, pensaba, porque ninguno de ellos se comporta como si supiera que no ha llegado a nada, al contrario, todos se comportan como si hubieran hecho algo en Viena, hubieran llegado a ser algo en Viena, que han colmado plenamente las esperanzas que pusieron en Viena, piensan, pensaba yo, o por lo menos creen la mayor parte del tiempo que han hecho algo y creen firmemente la mayor parte del tiempo que han llegado a ser algo, aunque no han llegado a ser nada, según pienso. Creen, porque se han hecho *un nombre* y han recibido *muchos premios* y publicado muchos libros y vendido sus cuadros a muchos museos y han publicado sus libros en las mejores editoriales y colocado sus cuadros en los mejores museos y

este Estado repulsivo les ha otorgado todos los premios imaginables y les ha colgado del pecho todas las condecoraciones imaginables, que han llegado a ser algo, pero no han llegado a ser nada, pensaba. Todos son, como suele decirse, *artistas conocidos, incluso famosos*, y forman parte como senadores del llamado *Senado de las Artes* y se llaman profesores y ocupan todas las cátedras imaginables en nuestras academias y han sido invitados unas veces por esta y otras por aquella escuela superior o universidad y hablan unas veces en este y otras en aquel simposio y viajan unas veces a Bruselas y otras a París y otras a Roma y a los Estados Unidos de América y al Japón y a la Unión Soviética o a China, adonde todos, con el tiempo, han sido o son invitados, y pronuncian conferencias sobre sí mismos e inauguran exposiciones de sus cuadros y, a pesar de todo, según pienso, no han llegado a ser nada. Sencillamente, ninguno de ellos ha llegado a *lo más alto* y sólo eso *más alto*, pienso, *da satisfacción*. Al fin y al cabo, las composiciones de Auersberger no son desconocidas, pensaba ahora en mi sillón de orejas, *Auersberger, el seguidor de Webern, no es al fin y al cabo desconocido*, pensaba, al contrario, a cada instante cantan, soplan o pulsan algo de él (¡de eso se cuida él!), a cada instante se golpea o rasca algo de él, unas veces en Basilea, otras en Zurich, otras en Londres, otras en Klagenfurt (¡de eso se cuida él!), aquí un dúo, allá un trío, aquí un coro de cuatro minutos, aquí una ópera de doce minutos, allá una cantata de tres minutos, aquí una ópera de segundos, allá una canción de minutos, aquí un aria de dos minutos, allá otra de cuatro; unas veces cuenta con intérpretes ingleses, otras franceses, otras italianos, unas veces lo toca un violinista polaco, otras uno portugués, unas veces una clarinetista chilena, otras una italiana. Apenas ha llegado a una ciudad, está pensando ya en otra, nuestro infatigable seguidor de Webern, pienso, nuestro muy viajado y trotador Auersberger, nuestro infatigable copista de Webern y Grafen, nuestro escritor de música esnob y de moda de la Estiria. Lo mismo que Bruckner es insoportablemente monumental, Webern es insoportablemente indigente y cien veces más indigente que el indigente Anton von Webern es Auersberger, al que, lo mismo que los embrutecidos literatos tildan a Paul Celan, por decirlo así, de poeta *casi sin palabras*, tengo que calificar de compositor *casi sin sonidos*. Ese epígono de la Estiria no es al fin y al cabo desconocido, pienso, pero hace ya treinta años, es decir, ya a mediados de los años cincuenta, se quedó estancado en la línea de Webern; no hay tres notas que sean de él, pienso, no ha llegado a ser nada. A las composiciones de Auersberger les falta Auersberger, pienso, su, así llamada, música aforística (¡ésa es mi propia designación para su forma de copiar en lugar de componer en los años cincuenta!) no es más que un Webern *insoportablemente epigónico*, el cual por su parte, como ahora me consta, tampoco fue al fin y al cabo un genio, sino un repentino, aunque genial, momento de desmayo en la historia de la música. En realidad, pienso ahora lleno de vergüenza propia en el sillón de orejas de los Auersberger, Auersberger no fue nunca un genio, aunque yo lo creyera a pies juntillas en los años cincuenta, sólo un pobre burgués con talento que, ya en sus primeras

semanas en Viena, *dilapidó* su talento en el sentido más exacto de la palabra. Viena es una horrible máquina de aniquilar genios, pensaba en mi sillón de orejas, un espantoso centro de destrucción de talentos. Todos esos genios y talentos aniquilados y muertos, que ahora observaba a través de su propio y repulsivo humo de cigarrillo, llegaron a Viena hace treinta o hace treinta y cinco años con la esperanza de hacer algo y, en verdad, fueron aniquilados y matados por Viena, todos esos genios y talentos que todos los años nacen en tierra austriaca a cientos, si es que no a millones. Es posible que ellos piensen que han hecho carrera, pero, pensaba yo en mi sillón de orejas, no han hecho carrera, porque se quedaron en Viena y se contentaron con Viena y no se fueron de Viena al extranjero, en el único instante decisivo, como los que en el extranjero han llegado realmente a ser algo; ninguno de los que se quedaron en Viena ha llegado a ser nada, todos los que se fueron al extranjero han llegado a ser algo, eso puedo decirlo sin más. Como Viena les bastó, no han llegado a ser nada, a diferencia de aquéllos a los que Viena no bastó y que, en el instante decisivo, se fueron de Viena al extranjero, pensaba en mi sillón de orejas. No quiero dejarme llevar a especulaciones sobre qué habría sido de todas esas gentes que esperan en la sala de música al actor y, por consiguiente, la *cena artística*, si todas esas gentes, en el único momento decisivo para ellas, se hubieran ido de Viena. Un pequeño éxito, es decir, una pequeña reseña de periódico favorable sobre su primera novela, bastó a la escritora Jeannie Billroth para quedarse metida en Viena, la compra de dos cuadros por los museos estatales bastó al pintor Rehmden para quedarse metido en Viena, algunas tontas menciones elogiosas, en el *Kurier* o *Die Presse*, bastaron a esa actriz para quedarse metida en Viena. Nada más que personas que se quedaron metidas en Viena son las que están en esa sala de música, pensaba en mi sillón de orejas, nada más que personas que se quedaron metidas en Viena y, casi asfixiadas ya por su bienestar pequeñoburgués, siguieron el ataúd de Joana en el cementerio de Kilb. Qué impresión más deprimente me hizo el entierro de Kilb, ya sólo por esa razón, pensaba en mi sillón de orejas observando precisamente a esas personas, no tanto el hecho de que enterraran a Joana me deprimió en Kilb, sino más aún el hecho de que, tras el ataúd de Joana, no fueran más que cadáveres artísticos, nada más que fracasados, fracasados en Viena, cadáveres artísticos vivientes, escritores, pintores, actores, bailarines y su séquito, como cadáveres vivientes, como cadáveres artísticos vivientes, todavía vivientes, y por añadidura maltratados hasta el ridículo, de la forma más lamentable, por una lluvia que caía sin pausa a torrentes. El espectáculo no era tanto triste como revulsivo, pensaba. Aquellos fracasados artistas horribles, hipócritas y derrotados, había pensado todo el tiempo, que iban detrás del ataúd y pateaban el barro del cementerio con repulsivas actitudes de duelo, me decía en mi sillón de orejas. Me ha disgustado menos el entierro en Kilb que la aparición de esos participantes en el funeral, que llegaron de Viena en sus automóviles pretenciosos. No fue la muerta Joana la que me perturbó tanto en Kilb que tuve que tomar varias tabletas para el corazón, sino *la forma* en que esos seres artísticos, en calidad de

fraudes artísticos, aparecieron en Kilb, pensaba, y pensaba que mi propia aparición en Kilb debía calificarse probablemente de igualmente repugnante, repugnante en todos los sentidos. Ya el hecho de haberme puesto el traje negro era algo repugnante, me decía ahora, y lo mismo cómo me comí mi *gulasch* en *La mano de hierro* y hablé con el compañero de Joana en *La mano de hierro*, como si yo fuera el único que había estado realmente cerca de Joana, actuando como si fuera el único que tuviera algún derecho sobre Joana. Mis reflexiones en relación con ese entierro de Joana sólo sacaban a la luz nuevos aspectos repugnantes (por mi parte), con independencia de lo que yo pensara al respecto, con independencia de lo que, por decirlo así, ordenaba recordar a mi memoria, sólo eran aspectos repugnantes. Al considerar a los otros repugnantes, me veía obligado naturalmente a considerarme a mí mismo repugnante, pensaba, y ahora me sentía tanto más repugnante al considerar todo lo relacionado con el entierro de Joana. Había sido algo repugnante ir *solo* a Kilb, aunque, la verdad sea dicha, me habían ofrecido varias veces ir *con otros* a Kilb, pensaba, algo repugnante el haber hablado con la tendera de ultramarinos, la amiga de Joana, como si yo hubiera sido el más próximo a Joana, y el no haber dejado tiempo a la tendera de ultramarinos para ocuparse de las otras personas venidas para el entierro de Joana, al haberme apoderado de ella, por decirlo así, brutalmente desde el principio, pensaba. Yo me puse en Kilb la *corona del entierro*, me decía, y eso era repugnante, pensaba ahora. Había rebajado al compañero de Joana, pensaba ahora, rebajado a todos los que habían ido al entierro de Joana, me había rebajado a mí mismo, pensaba, aquello había sido abyecto. Por otra parte, en el entierro había creído que me comportaba en el entierro *como era debido*, durante el entierro no había tenido conciencia de ninguna culpa, sólo ahora, en mi sillón de orejas, cobraba, por decirlo así, conciencia de mi culpa en lo relativo al entierro de Kilb. La muerte de Joana, su suicidio, no me había entristecido más en Kilb, pensaba en mi sillón de orejas, sino que me había irritado contra sus amigos, sin que estuviera en condiciones de explicarme por qué. En verdad, la llamada telefónica, en la que la tendera de ultramarinos me comunicó el suicidio de Joana, no me conmovió en absoluto, *me hice* el conmovido, pensaba ahora, pero no lo *estaba*, sólo *sentía curiosidad*, pero no *estaba conmovido*, sólo le *fingí* a la tendera de ultramarinos estar conmovido, pero sólo sentía curiosidad y quise saberlo todo en seguida de la tendera de ultramarinos sobre el suicidio de Joana, con una brutalidad sin igual, eso me conmovía sólo ahora en mi sillón de orejas, el no haber estado triste, sino sólo curioso y el haberle sonsacado a la tendera de ultramarinos por teléfono más de lo que ella quería, porque ella había obrado con decencia, a diferencia de mí, a quien había faltado toda decencia en ese instante de la llamada telefónica. Naturalmente, Joana, a causa de tantos años de falta de contacto, había estado ya tan lejos de mí que la llamada telefónica de la tendera de ultramarinos no podía ser para mí ningún choque, como queda dicho, ni podía tener, por consecuencia inmediata, ninguna tristeza, sólo la curiosidad, y ésta había hecho que sonsacara a la tendera de ultramarinos todo lo que podía sacarse de la tendera de

ultramarinos sobre el suicidio de Joana. Me interesaban las circunstancias, no los hechos. Sólo después de terminar la llamada telefónica tuve conciencia de todo el alcance de esa llamada telefónica, de repente no sentí ya curiosidad, *estaba triste*. Estaba *realmente triste*, y, con esa tristeza, anduve por la ciudad, por el Graben, por la Kärntnerstrasse, por el Kohlmarkt, y entré en la Spiegelgasse en el Bräunerhof, en donde, siguiendo mi costumbre de años, recorrí el *Corriere*, *Le Monde* y el *Zürcher Zeitung*, así como el *Frankfurter*, para luego, repugnado por esos diarios desvergonzados, volver otra vez al Graben, para comprarme una corbata y, en lugar de comprarme una corbata, me encontré con el matrimonio Auersberger que, por su parte, me comunicó el suicidio de Joana. Yo sabía en ese momento ya mucho más que el matrimonio Auersberger sobre el suicidio de Joana, pero ante el matrimonio Auersberger hice como si no supiera nada al respecto, ni lo más mínimo; había fingido de tal forma no tener ni idea que el matrimonio Auersberger debió de tener la sensación de que el suicidio de Joana me había chocado, mientras que yo había *representado sólo* ante el matrimonio Auersberger ese choque por el suicidio de Joana, pensaba ahora en mi sillón de orejas. Con auténtica tristeza por el suicidio de Joana había ido de un lado a otro por la ciudad y, de repente, le había fingido al matrimonio Auersberger un choque desvergonzado por el suicidio de Joana. Como mi choque había sido fingido, también había fingido la aceptación de la invitación de los Auersberger a su *cena artística*, porque lo había fingido todo ante los Auersberger en el Graben, y pensaba en mi sillón de orejas que les había *fingido* un choque por el suicidio de Joana y les había fingido mi aceptación a su *cena artística*. Se lo había fingido todo. Sólo les había fingido aceptar su invitación, pensaba ahora, y, sin embargo, he hecho honor realmente a su invitación, el pensamiento es grotesco, pensaba, y ese pensamiento me divertía ya mientras lo pensaba. En el fondo, pensaba en mi sillón de orejas, no hice más que fingírselo todo al matrimonio Auersberger, y ahora estoy sentado en su sillón de orejas y se lo finjo todo otra vez; no estoy verdadera y realmente aquí, en su casa de la Gentzgasse, sino que les finjo sólo estar en la Gentzgasse y, por consiguiente, en su casa y en su piso, me decía. Siempre se lo he fingido todo, me decía. Sólo se lo he fingido siempre todo a todos, durante toda mi vida sólo he fingido y representado, me decía en mi sillón de orejas, no vivo una vida real, una vida verdadera, sólo vivo y existo *una vida fingida*, sólo he tenido siempre *una vida fingida*, nunca una vida real, verdadera, me decía, y llevé esa idea tan lejos que, finalmente, *me creí* esa idea. Respiré profundamente y me dije, y por cierto de forma que las gentes de la sala de música tuvieron que oírlo, *sólo has vivido una vida fingida, no verdadera, sólo una existencia fingida, no real, todo lo que a ti se refiere y todo lo que eres ha sido siempre sólo algo fingido, no real ni verdadero*. Sin embargo, tenía que interrumpir esas especulaciones para no volverme loco, como pensaba en mi sillón de orejas, y otra vez me tomé un buen trago de mi copa de champaña. Mientras que yo sólo había bebido continuamente champaña todo el tiempo, las gentes de la sala de música, como podía ver, se habían contentado en definitiva con

kirsch y con agua pura, porque no querían emborracharse antes del banquete y, por consiguiente, antes de la llamada *cena artística*, tan desenfrenadamente como Auersberger, yo no tenía ningún miedo de beber demasiado, y bebía. Pero, como es natural, no me lo bebía tan desenfrenadamente como el propio Auersberger, de forma que, como él, estuviera borracho, yo bebía, pero sólo tomaba un trago cada diez o incluso cada quince minutos, ésa es la verdad; al fin y al cabo ya no tenía veinte años, sino cincuenta y dos, cosa que no olvidé esa noche en la Gentzgasse. En Kilb, aquellos *seres artísticos* me habían hecho una impresión grotesca, al menos a mí me parecieron deformados por sus *proyectos artísticos* y por su *actividad artística*, tenían unos *andares artificiales*, y tenían una voz *artificial*, todo en ellos era *artificial*, mientras que a mí el cementerio me había parecido lo más natural del mundo. Si se inclinaban hacia adelante, se inclinaban *demasiado* hacia adelante, si se ponían de pie, se ponían de pie *demasiado pronto* (o demasiado tarde), si se sentaban, se sentaban *demasiado tarde* (o demasiado pronto), si empezaban a cantar, cantaban *demasiado pronto* (o demasiado tarde), si se quitaban el sombrero de la cabeza, se lo quitaban de la cabeza *demasiado pronto* (o demasiado tarde), si le decían algo al párroco, se lo decían *demasiado pronto* (o demasiado tarde). En tanto que los habitantes de Kilb, que, como suele decirse, habían venido *en gran número* al entierro de Joana, lo habían hecho todo naturalmente, dicho todo naturalmente, cantado todo naturalmente, andado siempre naturalmente y se habían puesto de pie naturalmente y sentado naturalmente y todo siempre ni demasiado tarde, ni demasiado pronto, ni demasiado deprisa, ni demasiado despacio. Y mientras las gentes artísticas de Viena estaban vestidas para ese entierro de una forma grotescorridícula, las gentes de Kilb estaban vestidas de una forma totalmente adecuada, pensaba en mi sillón de orejas. Los habitantes de Kilb armonizaban con Kilb y con el cementerio de Kilb, los artísticos de Viena no armonizaban con Kilb ni con el cementerio de Kilb. El aspecto ciudadano de los asistentes al duelo de Viena no armonizaba con el cementerio de Kilb, había pensado yo mientras iba todavía en el largo cortejo fúnebre. Cada uno de estos asistentes al duelo de Viena es en Kilb un cuerpo extraño, había pensado mientras iba detrás del ataúd, entre la tendera de ultramarinos y el infortunado compañero de Joana, que durante todo el camino desde la iglesia hasta el cementerio, que sin duda es de dos kilómetros, tosió tanto como si estuviera enfermo del pulmón. El hecho de que el compañero de Joana que iba junto a mí pudiera estar enfermo del pulmón me molestó y, cada vez que él tosía, contenía el aliento para no contagiarme, hasta que de pronto pensé que, al fin y al cabo, yo mismo estoy enfermo del pulmón, y probablemente mucho más enfermo del pulmón que el compañero de Joana, y de repente tosió más aún que el compañero de Joana que iba a mi lado, el cual, en cuanto empecé a toser yo, dejó de toser y actuó como si hubiera comprendido que yo estaba enfermo del pulmón y que yo podía contagiarlo, porque en cuanto yo empezaba ahora a toser, se ponía un pañuelo de papel delante de las narices y andaba con el rostro apartado de mí. La tendera de ultramarinos llevaba un abrigo de lluvia gris, que era la

prenda más razonable que vi en el entierro, pensaba en mi sillón de orejas. Los de Kilb habían llevado todas prendas de vestir razonables, pero las gentes de Viena no, todos se mojaron y los que fueron con abrigo de piel, porque creyeron que haría frío, mientras que, sin embargo, hizo un tiempo bastante templado, no sólo tenían un aspecto grotesco y ridículo a causa de sus triunfalistas abrigos de piel, sino que, a causa de la lluvia, se pusieron también en seguida pingosos; en todos sus abrigos de piel se formó pronto una salsa sucia que chorreaba de ellos. Sus abiertos paraguas fueron pronto vueltos del revés, rotos y dejados inservibles por una ráfaga de viento que se abatió en seguida desde las montañas sobre las tumbas cuando el cortejo fúnebre llegó al cementerio. Como siempre en esas ocasiones, pensaba en mi sillón de orejas, un párroco pronunció un sermón nauseabundo. Y, sin embargo, los tiempos han cambiado, había pensado yo ante la tumba abierta, *por lo menos hubo un párroco que pronunciara un sermón* por Joana, hace sólo diez o doce años ni un solo párroco hubiera pronunciado en un cementerio austriaco un sermón ante la tumba abierta de una suicida. El sermón fue tan primitivo como todos los sermones que hasta entonces había oído ante una tumba abierta y, por la desagradable voz del párroco, que aparentemente tenía una lesión en la garganta, resultaba tan cascado en los agudos que me hacía daño en los oídos. Por desgracia, el sermón del párroco había sido aún comprensible, y contenía todo lo que de falso e hipócrita sabe ofrecer la Iglesia católica en esas ocasiones. Al final de su sermón, el párroco dijo que, de niño, había ido con Joana a la escuela del pueblo en Kilb y recordaba con agrado a aquella *simpática chica de Kilb*. A la época vienesa de Joana la calificó con las palabras *ciénaga de la gran ciudad*. Tenía un rostro como el de los pequeños funcionarios de las comunidades rurales, no un típico rostro de aldeano; también cuando entramos en algún almacén en el campo y pedimos un martillo o una azada, unas botas de goma o trapos de cocina, vemos un rostro así, pensaba en mi sillón de orejas, un rostro taimado, desconfiado, que sólo nos atrevemos a mirar por un tiempo brevísimo. Toda esa sociedad artística de Viena, pensaba en mi sillón de orejas, se sometió en el cementerio de Kilb a un ceremonial católico que no sólo no dominaba ya (o no había dominado nunca), sino que en realidad le era totalmente desconocido o se le había vuelto totalmente desconocido con el tiempo, lo mismo que a mí, que, desde hacía ya muchos decenios, no tenía ya ninguna relación con ese ceremonial y sólo por eso me parecía tan falso; ellos hacían como si supieran cuándo había que ponerse de pie, cuándo no, qué y cuándo había que rezar, y qué había que cantar, y, sin embargo, no tenían la menor idea de ello, lo mismo que yo. Por eso, aquella sociedad artística de Viena rezaba sólo a media voz y, por consiguiente, de forma incomprensible, cantaba también sólo a media voz y de forma incomprensible, lo mismo que se sentaba también un segundo más tarde que los de Kilb y se levantaba unos segundos más tarde que los de Kilb, etc. Aquella sociedad artística se limitaba a mover los labios, lo que bastaba sólo para producir un efecto teatral, pensaba yo, lo mismo que también yo, todo el tiempo, en el cementerio de Kilb, bastaba sólo para producir un efecto

teatral. O no bastaba, como siempre. Durante el entierro, mi pensamiento había sido siempre cuál sería ahora realmente el contenido del ataúd de Joana, *qué* aspecto tendría. Durante todo el entierro me había concentrado sólo en ese único pensamiento, había sido, como suele decirse, presa de ese horrible pensamiento. Teniendo en cuenta todo lo que el compañero de Joana había dicho en *La mano de hierro*, lo que había *vivido* en la cámara mortuoria, durante todo el entierro me ocupaba algo totalmente atroz, de lo que no podía apartarme por mucho que lo intentara, porque en verdad no quería tener ese pensamiento, realmente no, naturalmente que no, pensaba en mi sillón de orejas, y pensaba que la desenvoltura del compañero de Joana, al que la tendera de ultramarinos llamaba siempre *John* en *La mano de hierro*, sin que hasta ese momento hubiera sabido por qué, y que el horrible relato que había hecho ese John, en calidad de compañero de Joana, en *La mano de hierro*, después de haber dispuesto en la sala mortuoria el llamado traslado del cadáver de Joana, eran la causa de mis pensamientos sobre el contenido del ataúd. El compañero John, pensaba en mi sillón de orejas, no hubiera debido volver de la cámara mortuoria de Kilb y, mientras nos comíamos nuestro *gulasch*, hacer ese relato, por otra parte, lo admiraba ahora precisamente por esa desenvoltura y por el inolvidable, así llamado, contenido de verdad de sus manifestaciones, y pensaba que a mí, como en general a cualquiera de aquellas personas artísticas, no nos hubiera sido posible relatar el traslado del cadáver con esa desenvoltura. Sólo las palabras *bolsa de plástico* me habían dado ya náuseas, y la forma en que el compañero de Joana no había omitido nada al describir el proceso del traslado del cadáver en la cámara mortuoria. Precisamente un ser así, no artístico, pensaba, puede hacer semejante relato horrible, con toda desenvoltura, sin parecer realmente indecente, porque el compañero no había sido indecente al decir lo que dijo, mientras que cualquier otro que hubiera relatado y descrito lo mismo hubiera sido indecente; pensaba que, por mi parte, hubiera sido indecente, incluso vil y abyecto hacer el mismo relato que había hecho el compañero de Joana del traslado del cadáver. Aquel John había guardado silencio durante todo el entierro, mientras que todos los demás, por lo menos en algún momento, habían cuchicheado algo, pensaba. El que él fuera el primero que se había adelantado junto a la tumba abierta para echar sobre el ataúd, que reposaba ya en lo hondo, un puñadito de tierra de la pala que le tendía el monaguillo, lo habían considerado extraño todos los circunstantes, aunque probablemente ninguno hubiera sabido decir por qué, pero, sin embargo, había sido lógico, ya que Fritz, el primer marido de Joana, el artista del tapiz, no había aparecido en el entierro y Joana, según todas las apariencias, no tenía ya realmente más parientes. El compañero de Joana, cuando estaba de pie junto a la tumba abierta de su compañera, resultaba odioso y conmovedor a la vez, los que lo observaban se habían sentido profundamente molestos, y yo mismo me había sentido repelido por él, aunque, por mi parte, y naturalmente sin decirlo nunca ni insinuarlo siquiera, tenía preparado el concepto de *buena persona, una buena persona*, me había dicho a mí

mismo junto a la tumba, al ver al compañero de Joana allí de pie, no sabía cómo se me había ocurrido, lo que al fin y al cabo era indiferente. Todavía ante la tumba abierta de Joana, la Auersberger me dijo si no quería volver en coche a Viena con ellos, y yo había rehusado bruscamente, con esa brutalidad que hiere a todos sin excepción cuando la utilizo. Dije que *no*, y nada más. En *La mano de hierro* se encontraron luego la mayoría de los que habían venido de Viena, en una mesa grande y larga a la que tuve que sentarme, después de haberme obligado más o menos a ello el matrimonio Auersberger a su manera, es decir, dirigiéndome la palabra delante de todos los otros, de forma que no pude hacer otra cosa que sentarme con ellos a su mesa. Hubiera preferido mucho más sentarme en seguida a la mesa a la que estaban sentados el compañero de Joana con la tendera de ultramarinos y otras personas de Kilb, amigas de Joana desde la infancia. De esa forma, el matrimonio Auersberger, por *el modo* de invitarme a sentarme a su mesa, me había obligado a hacer algo que había temido durante todo el entierro: estar con ellos, *ya en Kilb*, aunque sólo fuera el tiempo más breve, cuando estaba invitado ya a su casa de la Gentsgasse, a su *cena artística*. Hice como si el pesar por el suicidio de Joana me hubiera cortado la palabra, y durante todo el tiempo en que los Auersberger y los otros se comieron un *gulasch* después del entierro, lo mismo que yo antes, no dije nada. Yo había encargado una salchicha al vinagre con mucha cebolla y, por puro nerviosismo, me comí con ella dos panecillos, lo que nunca había hecho antes. Los Auersberger no hacían más que hablar de su *cena artística*, a la que habían invitado al actor, al actor del Burg, y decían una y otra vez cuánto les había gustado aquel *trágico* (así decía la Auersberger una y otra vez) en *El pato salvaje*. Una y otra vez quiso decir la Auersberger *en calidad de qué* aparecía el actor en *El pato salvaje* y tenía tanto éxito, pero no podía decirlo, hasta que yo dije *Ekdal*, después de lo cual, en un acceso de histeria, gritó varias veces la palabra *Ekdal* en la sala de la posada, de una forma que resultaba penosa, una y otra vez gritó *Ekdal, Ekdal, Ekdal, eso es, Ekdal*, hasta que Auersberger le dijo que se callara. El pequeño y tripón Auersberger estaba ese día también, naturalmente, borracho, y, por lo tanto, había asistido ya al entierro en estado de embriaguez, pensaba ahora en mi sillón de orejas, desde que lo conozco, está casi siempre borracho, y es un milagro que ese hombre viva aún; el ir dos veces al año al centro de desintoxicación de Kalksburg, pensaba, basta al parecer para mantenerlo vivo. Tenía el mismo rostro abotargado que veinte años antes, apenas arrugas, el típico rostro de gelatina gris, y los ojos de un azul vidrioso, como siempre, pensaba. *Ekdal, Ekdal*, había gritado la Auersberger varias veces, y nadie en la sala de *La mano de hierro* sabía qué significaba aquel grito. Como la Auersberger me había resultado tan repulsiva en el instante en que empezó a gritar *Ekdal, Ekdal*, le pregunté con muy mala intención: *¿qué Ekdal?* Y entonces ella me preguntó a su vez: *Sí, ¿qué Ekdal?* Y entonces yo dije: *¿Ekdal el viejo o el joven?* Y entonces se produjo un silencio durante el cual todos miraron a la Auersberger, que se sintió ridiculizada por mí, lo reconozco, de una forma abyecta, y la Auersberger dijo, sin levantar la

vista de su *gulasch: el viejo*. La Auersberger me odió entonces, pensaba en mi sillón de orejas, hubiera podido abofetearla cuando su marido, que después de muy poco tiempo daba ya la impresión de estar totalmente borracho, empujó de pronto su *gulasch* hacia el centro de la mesa y gritó hacia la puerta de la cocina: ¡*Espantosa comida!* Con toda la bajeza del advenedizo en la voz había lanzado ese *espantosa comida* hacia la puerta de la cocina, mientras que yo, antes del entierro, me había comido ese mismo *gulasch* de Kilb, encontrándolo absolutamente excelente, y todos los demás que habían comido *gulasch* fueron de mi opinión y no de la de Auersberger, ese Auersberger que siempre, desde que lo conozco, ha criticado todas las comidas en todas las posadas y restaurantes, aunque fueran de lo más excelente; por lo menos fue una inconveniencia armar un escándalo de esa forma, según me pareció vulgar, en una posada en conjunto bien dirigida, según me consta, como *La mano de hierro* de Kilb, siempre de primera clase, pensaba en mi sillón de orejas de Auersberger, el cual, desde que está casado con la Auersberger, se ha dejado mantener por ella, y en todas las posadas y restaurantes se ha portado siempre, con la mayor inconveniencia, de la forma más repulsiva. Después de haber lanzado su *espantosa comida* hacia la puerta de la cocina, se recostó en su sillón y le sacó la lengua a su mujer. Como la Auersberger, durante su matrimonio con Auersberger, se había acostumbrado ya a tantas bromas insulsas de su marido, no le sorprendió el espectáculo de la lengua de Auersberger. Bajó sencillamente la cabeza y trató de terminar de comerse el *gulasch* que su marido había tratado de estropearle. La forma de comer de ella no era poco elegante pero tampoco de lo más fino, mientras que la forma de comer de su marido, Auersberger, ha sido siempre sólo cómica, según pensé de repente en mi sillón de orejas. Ese advenedizo quiso acostumbrarse a una forma de comer aristocrática y se quedó en una utilización de los cubiertos cómicogrotesca. Siempre ha sido ridículo al comer, pensaba ahora en mi sillón de orejas, lo mismo que todo lo que hacía ha sido cada vez más ridículo con el tiempo, precisamente porque, con el transcurso del tiempo, cada vez ha tratado de refinado más, o sea, de refinarse a sí mismo, de aplicar en todas y cada una de sus cosas la llamada imitación aristocrática, lo que, con el tiempo, no sólo lo ha hecho cada vez más grotesco y cada vez más cómico, sino también cada vez más repulsivo, pensaba en mi sillón de orejas. Después de haber lanzado su *espantosa comida* hacia la puerta de la cocina y haberse recostado en su asiento y haber sacado la lengua a su mujer y haberse producido un silencio, dijo de pronto: *Strindberg no me gusta nada*, echando una ojeada a su alrededor. Yo me levanté y me senté ostensiblemente a la mesa de John y de la tendera de ultramarinos. No, había pensado aún mientras me levantaba, con esa gente no quiero tener nada que ver. Cuando me había sentado ya a la mesa a la que se sentaban el compañero de Joana y la tendera de ultramarinos, oí de repente cómo la Auersberger decía: *El pato salvaje es de Ibsen*. Después de eso, hice caso omiso, sencillamente, de la mesa de los artistas, y encargué un vaso de cerveza en la mesa de la tendera de ultramarinos. Tenía la intención de averiguar del llamado John más de

lo que había averiguado ya, no sólo en relación con el proceso del traslado del cadáver en la cámara mortuoria de Kilb, sino, en general, sobre todo lo relativo a Joana, y la tendera de ultramarinos estaba tan ansiosa como yo por saber de una vez por John cómo había vivido realmente con Joana. El compañero había conocido a Joana en su piso de la Simmeringer Hauptstrasse, que Joana, a mediados de los años sesenta, había transformado realmente en lo que ella calificaba de *Estudio de movimiento*. Una amiga de él, que desde hacía ya bastante tiempo daba clases con Joana, apareció un día con él en casa de Joana, en la Simmeringer Hauptstrasse, para que él pudiera ver qué persona más estupenda era aquella Joana, qué naturaleza artística, según John, pensaba en mi sillón de orejas. Él fue una segunda vez y una tercera con su amiga a casa de Joana y, finalmente, cada vez con más frecuencia y de repente solo, sin su amiga, de la que se separó, de la noche a la mañana, *a causa de Joana*. Sin embargo, según John, no había dado clases de movimiento con Joana, sino que había *encontrado un apoyo* en ella, según él, lo mismo que, a la inversa, Joana había *encontrado apoyo* en él. En el fondo, él John, no había tenido en ninguna estima el llamado por Joana Estudio de movimiento, y ya desde el primer momento había estado convencido de que, en el caso de ese llamado Estudio de movimiento, se trataba sólo de una posibilidad para Joana de *mantenerse a flote, personalmente*, como decía él, *espiritual y financieramente* no había nada que sacar de aquel Estudio de movimiento de la Simmeringer Hauptstrasse, la verdad es que sólo eran personas más o menos desprovistas de recursos las que iban a casa de Joana, a ese Estudio de movimiento, jóvenes actores principiantes, diletantes del teatro bastante viejos, que todavía con cincuenta o sesenta años creían que podían hacer carrera, pero que, sin embargo, no tenían ninguna perspectiva, ni la menor probabilidad de hacer ya esa carrera, como es natural. Finalmente, John se fue a vivir con Joana, después de haber dormido varias veces con ella. En realidad se llamaba *Friedrich*, lo que, sin embargo, repelía a Joana, y desde el principio ella lo llamó *no Friedrich, sino John*, y a partir de entonces fue para todos *John*. Procedía de Schwarzach Sankt Veit, un centro ferroviario de Salzburgo muy bien conocido por mí, su padre era, como no podía menos, ferroviario, y él había ido a la escuela primaria en Sankt Johann y, finalmente, a un centro técnico superior en la ciudad de Salzburgo. A los veintitrés años se había ido a Viena; para poder existir en Viena había trabajado con una empresa cinematográfica en Sievering y allí había conocido a su anterior amiga, que le presentó a Joana, pensaba en mi sillón de orejas. Al principio le había fingido a Joana que se interesaba por sus lecciones de movimiento, pero esas lecciones no le interesaban lo más mínimo, y para demostrar que tenía gran interés por esas lecciones de movimiento de Joana, según sus palabras, había *dado saltitos algunas veces* con su amiga, pero luego lo dejó, cuando le dio a entender ya muy pronto a Joana que estaba interesado por ella y no por sus lecciones de movimiento. Ella no se había sentido decepcionada en absoluto, según John, pensaba en mi sillón de orejas. Como Joana, en realidad, no ganaba nada y había vendido ya casi todo lo que poseía, y

tampoco recibía ya el menor apoyo de su tapicero, del que no supo absolutamente nada más, porque en todo el tiempo no supo si su tapicero vivía todavía en México o no, dónde estaba siquiera, si estaba aún con la amiga que se había llevado a México, *raptada*, como le había dicho Joana a él una y otra vez, según él, al final John había tenido que ocuparse también de mantener a Joana. Durante dos años, incluso después de haberse mudado él a la Simmeringer Hauptstrasse, ella había dirigido su Estudio de movimiento, y finalmente, por orden suya, había renunciado a ese Estudio de movimiento, que sólo había traído desgracias sobre todas y en todas las cosas, continuamente disgustos y discordias. Él había querido apartarla de la bebida, y le había pagado *siete estancias en el centro de Kalksburg*, sin éxito, Joana había vuelto a empezar a beber inmediatamente después de regresar de Kalksburg, y en definitiva y en fin de cuentas se había *emborrachado totalmente*, según John. Él, sin embargo, no la había dejado en la estacada. La había *querido realmente*, según sus palabras, pensaba sentado en mi sillón de orejas y mirando a la sala de música, y había querido ser *un buen compañero para esa pobre niña*, según se expresó en *La mano de hierro*. *Joana fue siempre una pobre niña*, dijo, pensaba en mi sillón de orejas, varias veces había dicho John esa frase, pero yo no pensaba así, porque conocí a Joana también como persona feliz, en cualquier caso fue feliz en los años cincuenta, pensaba, y también hasta mediados de los sesenta, en cualquier caso hasta el momento en que fue abandonada por su Fritz, el artista del tapiz. Entonces se abatió sobre ella la desgracia, pensaba. Pero John la conocía probablemente en realidad sólo como una niña infeliz a la que había querido hacer feliz, lo que no consiguió, según pensaba yo. *Quise hacerla feliz, a Joana*, dijo varias veces, pero no lo conseguí. Todo el desamparo de la situación de él estaba en esa declaración, pensaba en mi sillón de orejas. A menudo ella había ido a Kilb, no siempre con él, muy a menudo sola, a casa de sus padres, para volver otra vez a Viena decepcionada. *Al principio* él lo había intentado *con cautela*, luego *con más fuerza*, según sus palabras. Finalmente había comprendido que no se podía salvar a Joana. La tarde de su suicidio se había despedido de él, como siempre cuando iba a Kilb, según él. Ya a las seis de la mañana la tendera de ultramarinos le había llamado a Viena, que Joana se había ahorcado, le había dicho *inmediatamente* la tendera de ultramarinos, *sin rodeos*, muy al contrario que a mí, a quien no se lo había dicho inmediatamente, sino sólo poco a poco y únicamente por mi insistencia. La tendera de ultramarinos le había dicho a John inmediatamente que Joana se había matado, que se había ahorcado, a mí *no* inmediatamente. Ese hecho fue causa de una especulación bastante larga por mi parte en mi sillón de orejas. Tiene más confianza en John que en mí, había pensado, sentado a la mesa con John y la tendera de ultramarinos en *La mano de hierro*, pensaba en mi sillón de orejas, a él se confió en seguida, le habla como piensa, conmigo no, conmigo habla ceremoniosamente, incluso de una forma realmente retorcida, como habla la gente del campo con la gente de la ciudad, los llamados incultos con los llamados cultos, los inferiores, según creen, con los llamados

superiores. No le había sorprendido, dijo de repente John, en la mesa, a la tendera de ultramarinos, con la que, como comprendía yo, debía de tener desde hacía bastante tiempo un contacto íntimo, pensaba en mi sillón de orejas. Se había puesto su abrigo de invierno y se había colgado su bolso negro y se había puesto en camino hacia Kilb. Todo lo demás había sido de lo más desagradable, dijo. Sí ha habido en este día alguien realmente afligido por Joana, incluso conmocionado por su suicidio en Kilb, ha sido este John, pensé, que no está tan degenerado como había pensado todo el tiempo; mirándolo mejor, vi de repente tantas cualidades en aquel hombre, que pronto pensé que, aunque en definitiva ella se había matado, había sido para Joana la salvación, un auténtico *ser en el que refugiarse*, en el que ella había podido creer, al menos siete u ocho años, me dijo, porque, sin ese ser que llamo *ser en el que refugiarse*, Joana se habría matado ya probablemente años antes, pensaba ahora en mi sillón de orejas. Joana había querido hacer algo importante en la ciudad, pero nunca había podido liberarse de Kilb, según John, pensaba en mi sillón de orejas, cómo encontró a Fritz, el artista del tapiz, no lo recuerdo ya. Cuando conocí a Joana, llevaba ya muchos años casada con su Fritz y, según creí siempre entonces, de la forma más feliz, en cualquier caso siempre tuve esa impresión en mis visitas a la Sebastiansplatz. Realmente la verdad es que, temporalmente, consideré también la Sebastiansplatz como mi casa, aquel gran *atelier* en el que, más o menos, podía hacer o dejar de hacer lo que quería; Fritz y su mujer, Joana, nacida Elfriede, habían sido en Viena un *centro de artistas*, en el que, para mí, el llamado arte dramático y el llamado arte plástico habían contraído un matrimonio ideal, es decir, el arte en general o, por lo menos, lo que consideraba entonces como tal, tenía allí su centro. En aquel *atelier* de la Sebastiansplatz, a mediados de los años cincuenta, había conocido más o menos a todos los artistas y científicos y pseudoartistas y pseudocientíficos vieneses importantes, aunque entonces no necesariamente famosos, sí conocidos ya y, con el tiempo, por decirlo así con ellos y al lado de ellos, me convertí en escritor y me consideré a mí mismo como uno de esos artistas. En la Nussdorferstrasse, en el distrito XVIII, tenía mi alojamiento y, cuando había dormido a gusto, tenía en el distrito III mi *templo del Arte*, en el que entraba hacia las cinco de la tarde y del que la mayoría de las veces no salía otra vez hasta las tres de la mañana. En gigantescas habitaciones de seis o siete metros de alto estaban los telares de Fritz, en los que trabajaba con dos o tres colaboradores, en esos telares surgieron sus tapices, ya entonces buscados en toda Europa y famosos, al menos entre los expertos. Por casualidad, como decía él muy sencillamente, Fritz se había convertido de pintor al óleo en artista del tapiz. Siempre daba la impresión de ser un hombre tranquilo, que no se andaba con tonterías y había convertido una exacta distribución del trabajo en norma de existencia, y no se dejaba estorbar por nada ni por nadie en su jornada de trabajo de ocho horas, en todo el tiempo que lo conocí, pensaba en mi sillón de orejas. Tenía una pipa corta inglesa en la comisura de la boca, que no se quitaba de la boca ni siquiera cuando hablaba con uno, lo que, mientras tejía, hacía siempre de

mala gana, pero con la mayor tranquilidad, como queda dicho. Aquella corta pipa inglesa la tenía en la boca también cuando estaba totalmente fría. Su hermano era un arquitecto prestigioso en Viena, que construía lo que se llama grandes conjuntos residenciales en la periferia y a quien su hermano no calificó nunca más que de *genial destructor de la ciudad*. Criado en una familia acomodada con casa en la ciudad y propiedades más o menos principescas en los viñedos de Baden, Fritz había sido sin embargo, absolutamente, *un hombre modesto*, al menos eso pareció hasta el momento en que, como queda dicho, *se largó a México*. Sin embargo, a la Sebastiansplatz no iban solamente artistas, sino todas las gentes imaginables, así llamadas importantes, que Joana encontraba e invitaba a la Sebastiansplatz, simplemente con el fin de satisfacer su ya enfermiza necesidad de vida social, por una parte, y por otra para hacer más conocidos y más famosos y cada vez más caros los tapices de su marido; por eso era absolutamente lógico que, a cada instante, hubiera invitados en la Sebastiansplatz también críticos de periódicos y políticos, en el fondo, exactamente la mezcla de personas que yo, de joven, cuando tenía la mayor de las necesidades de estar con gente, según pienso hoy, necesitaba más que cualquier otra cosa. En la Sebastiansplatz se me presentaba, por decirlo así, un corte transversal de la humanidad ciudadana, que para un futuro artista, como queda dicho, sobre todo para un futuro escritor, y como tal me consideraba ya entonces con todas mis fuerzas, es necesaria, incluso imprescindible, y puedo decir sin más que la Sebastiansplatz fue para mí, de repente, una base importante también para mi desarrollo espiritual, que en aquella época, ya en los primeros años cincuenta, como queda dicho, había quedado decidido de repente para siempre. Joana era tan atractiva como sólo pueden serlo las mujeres hermosas del entorno de Viena y tenía, para sus fines, el gusto ideal y ejercía en aquella sociedad de artistas y científicos y políticos vieneses una gran fuerza de atracción. Recibía a sus huéspedes en la Sebastiansplatz con largos vestidos diseñados, aunque no cosidos por ella, que unas veces copiaban el estilo indio, otras el egipcio, otras el español y otras el romano. En todas aquellas recepciones se mostraba siempre como un ser alegre, que tenía además el atractivo de una peculiar inteligencia muy especial y, por decirlo así, personificaba el gusto artístico vienés por excelencia, lo que, como es natural, agradaba siempre a todos los que iban a la Sebastiansplatz. Yo había estado ya en dos o tres de sus recepciones, cuyo mediador había sido Auersberger, cuando de repente, por decirlo así, me convertí en su huésped habitual preferido. En aquella época, ninguna casa vienesa me atraía más que la Sebastiansplatz, y, en definitiva, amaba aquel *atelier* y a Fritz, el artista del tapiz, y a Joana. Antes de la Sebastiansplatz, al fin y al cabo, nunca había conocido un *atelier* así, nunca había conocido aún un *escenario artístico* real tan grande y, sencillamente, todo lo que había en la Sebastiansplatz, que durante muchos años fue mi centro vienés, me fascinaba. Poco a poco había adquirido en la Sebastiansplatz lo que se llama un *concepto artístico*, aprendido a conocer a los artistas, a los genios y a los que, a cualquier precio, querían serlo o llegar a serlo. Al observar a Joana en la

Sebastiansplatz, había podido ver cómo *se presenta* la sociedad y cómo se desarrolla y cómo se atrae a una sociedad así y se cuida y una y otra vez se mimaba y se cuida y se maneja y finalmente se aprovecha y explota. En la Sebastiansplatz, dicho sea sencillamente, estudié la sociedad, no sólo la sociedad del arte y de los artistas, y me la expliqué clara y distintamente. En la Sebastiansplatz vi exactamente por primera vez *qué* son los artistas, *cómo* son, *para qué* son y lo que no son, no pueden ser en toda su vida. En la Sebastiansplatz pude estudiarlos, sin ser molestado en absoluto, como nunca después, con la mayor intensidad imaginable y, por consiguiente, con la mayor receptividad imaginable, porque en aquella época era el ser más receptivo y más intenso. Sólo en la Sebastiansplatz comencé a conocer bien a los hombres, puedo decir, los conocía ya antes, los conocía mejor que otros semejantes, pero sólo en la Sebastiansplatz empecé a conocerlos realmente, al estudiar, conscientemente, todas las clases de hombres. En la Sebastiansplatz comencé a hacer de mi método de contemplación y observación de los hombres una de mis propias artes y a hacer de esa arte mía una costumbre para toda la vida. En la Sebastiansplatz descubrí no sólo la admiración, sino también, al mismo tiempo, el desprecio por los hombres y la sociedad humana, pensaba, una inmensa felicidad por su causa, pero también, al mismo tiempo, el honor, por decirlo así, en relación con aquellos hombres y, en general, con todos. El poder y el desamparo de los artistas y de los hombres en general me resultaron claros por primera vez en la Sebastiansplatz, como si en la Sebastiansplatz hubiera podido levantar la niebla impenetrable que hasta entonces había cubierto la llamada sociedad artística, pensaba. Nunca antes y tampoco nunca después he visto tantos artistas amontonados, casi cada día y casi cada noche, como en la Sebastiansplatz, y todos aquellos artistas, que probablemente, en su mayor parte, fueron y siguieron siendo realmente todos lo que yo llamo *no artistas*, según pienso hoy, entraban y salían diariamente en la Sebastiansplatz, mientras que yo, en aquella época, me *quedaba* la mayor parte del tiempo en la Sebastiansplatz, admirando a Fritz que se sentaba ante sus tapices y trabajaba en esos tapices con la mayor perseverancia, y queriendo a Joana, que soñaba con su propia fama en el mayor de todos los *ateliers* de Viena. Cuando hoy leo en el periódico lo que se llama un nombre importante o famoso, es casi lógico que piense que conocí al portador de ese nombre en la Sebastiansplatz. Mientras que las compañeras de Joana, que habían seguido y terminado con ella los cursos del Reinhardtseminar, habían desaparecido hacía tiempo en los sumideros de los escenarios vieneses, entonces todavía numerosos, Elfriede Slukal un buen día, según quería creer ella inspirado, se convirtió en Joana y también, al mismo tiempo, en mujer de Fritz, del artista del tapiz Fritz. Mientras sus compañeras tenían que representar desde hacía ya años, penosa y enervantemente, como suele decirse, en todos los teatros imaginables y en todos los inimaginables, para un público insaciablemente ávido de placeres y diversiones, a los falaces bufones de una literatura en su conjunto, según pienso, desesperadamente desamparada, Joana había renunciado ya probablemente al sueño de su propia carrera

y se había concentrado total y completamente en la carrera de su artista del tapiz. Todo su talento, que no era sólo un talento de artista, sino igualmente, como suele decirse, un *fenomenal talento social*, lo puso al servicio de su totalmente devoto Fritz y, de hecho, con éxito desde el principio. Porque Fritz, sin Joana, no se hubiera convertido nunca en el, como suele decirse, *artista internacional del tapiz* que es hoy y, con seguridad, tampoco hubiera obtenido el gran premio de Sao Paulo por su *Montaña asociativa* y, en resumidas cuentas, tampoco sería hoy, sin Joana, el profesor oficial que, de cuando en cuando, hace que hablen de él periódicos y revistas, como suele decirse. Joana renunció a sí misma por Fritz, pienso, pero nunca superó ese hecho, probablemente lo tomó siempre sólo como motivo para una desesperación que duró realmente toda su vida, que tenía que soportar y nunca mostró exteriormente, y contra la que probablemente, pienso, como suele decirse, se quebró, aunque sólo ocho o nueve años más tarde, después de haberse acabado su matrimonio y haberse querido consolar ella con el viajante de comercio John, la pobre. Hizo de Fritz lo que hubiera querido hacer de sí misma pero no pudo hacer, una personalidad artística prestigiosa, una personalidad famosa, en definitiva, una personalidad famosa en el mundo entero. Empujó a Fritz hacia las alturas porque ella misma no pudo empujarse hacia las alturas, *Fritz* había sido, pues, realmente idóneo para una fama mundial, no ella. En el instante en que comprendió que ella no era idónea para lo que se llama una carrera, y mucho menos para lo que se llama una carrera mundial y una fama mundial, forzó a Fritz a esa carrera y a esa llamada carrera mundial, a una especie de camisa de fuerza de carrera mundial, según pienso, lo que, sin embargo, sólo podía darle satisfacción a ella por cierto tiempo y no por toda la eternidad, como suele decirse. Fritz, sin Joana, hubiera seguido siendo siempre un pintor y tejedor de tapices, amable y fumador de pipa, para la clase media, pienso, un hombre campechano que, con su trabajo y su pipa y un vaso de vino antes de irse a la cama, solo o acompañado, se contentaba. Joana hizo que se despertara con sobresalto realmente, más o menos, de la llamada mediocridad, llevándolo primero a la agitación artística y luego a la plenitud artística. Pero, a la larga, los tapices de Fritz colgados de las paredes de todos los museos importantes de Europa y de todas las oficinas directivas de los grandes consorcios industriales y sociedades de seguros y bancos no pudieron contentar a Fritz; cuanto más conocidos y famosos se hicieron el nombre y el arte de él, tanto más abatida tenía que estar ella, la autora de ese encumbramiento. En el momento culminante de Fritz, Joana había estado, como es natural, de lo más abatido, pero no podía romper ya con su obra, la construcción y, por decirlo así, perfección de su Fritz, precisamente en ese momento culminante, que supuso para ella el más profundo abatimiento; por eso empujó a su obra de arte Fritz otro trecho más, y otro trecho más, cada vez más alto hacia lo alto, mientras que ella en su fuero más interno, como suele decirse, odiaba ya todo aquello desde hacía mucho tiempo. En ese proceso, en el que se veía obligada a empujar a su obra de arte Fritz a una altura cada vez más alta y, con ello, se forzaba a sí misma a una

profundidad cada vez más profunda, sucumbió, pienso. Finalmente, Joana se vio aplastada por el peso de su poderosa obra de arte Fritz, que ella misma había creado y más o menos acabado y tenía sobre su conciencia, y con ello también, bien mirado, por su entrañablemente querido Fritz, pienso. Lo que ella no había podido realizar consigo mismo, el nacimiento de un gran artista, o si no, de lo que se llama un gran artista, lo había realizado con Fritz, hasta que realmente fue verdad y, cuando vio lo que había hecho, sintió un miedo de muerte y eso la mató, pensé. Cuando no podemos ser y convertimos ya en lo que queríamos ser y convertirnos, había pensado ella, hacemos con otro, forzosamente con quien nos está más próximo, lo que no pudimos hacer con nosotros mismos, había pensado Joana probablemente, y había hecho con Fritz aquella obra desmesurada que, finalmente, la destruyó y aniquiló a ella, pienso. Nadie que conociera a Fritz hubiera considerado posible que ese Fritz pudiera convertirse en un artista tan famoso, incluso tan mundialmente famoso, que su trabajo pudiera convertirse en un trabajo tan mundialmente famoso, porque, con toda evidencia, todo lo que había en él, exterior e interiormente, estaba exactamente *en contra* de esa fama y de esa fama mundial. Joana, sin embargo, había hecho de él esa persona famosa y mundialmente famosa, pienso, en contra de cualquier otro parecer. Joana hizo del bueno de Fritz ese hombre de mundo mundialmente famoso al que hoy honramos como nuestro artista del tapiz, pienso, porque ella, sin reservas, pudo invertir en él, de forma absolutamente obsesiva, todo lo que tuvo que negarse a sí misma, un deseo de gloria realmente irrefrenable e insaciable. Fritz es obra de Joana, puedo decir sin más, y puedo ir más lejos aún y decir que también el arte de Fritz, es decir, las obras de arte de Fritz, todos esos tapices de Fritz que cuelgan en los museos famosos de todo el mundo, son en verdad obras de arte de Joana, lo mismo que todo lo que es hoy Fritz es de Joana, es Joana. Pero un pensamiento así no se toma en serio, pienso, aunque, sin embargo, como me consta, sólo esos pensamientos que no se toman en serio son y serán siempre, sólo esos pensamientos que no se toman en serio, siempre, los pensamientos más serios. Pensamos sólo con esos pensamientos que no se toman en serio para poder sobrevivir, pienso. ¿Qué busco en esta sociedad con la que, desde hace veinte años, no he tenido contacto y con la que, desde hace veinte años, no he querido tener contacto, y que ha seguido su camino, como yo el mío?, me decía en mi sillón de orejas. ¿Qué busco, pues, en la Gentsgasse?, me preguntaba, y me dije que había *cedido a un sentimentalismo momentáneo* en el Graben y que nunca hubiera debido ceder a ese sentimentalismo abominable. Que había sido débil por un momento en el Graben y me había rebajado al aceptar la invitación del matrimonio Auersberger, al que al fin y al cabo despreciaba y aborrecía desde hacía tantos años, me decía en mi sillón de orejas. Nos volvemos y nos mostramos por un momento sentimentales, de la forma más asquerosa, me decía en mi sillón de orejas, y cometemos el crimen de la tontería, yendo a donde nunca habiéramos debido ir, yendo incluso a casa de los que despreciamos y aborrecemos, pensaba en mi sillón de orejas, y yo vengo realmente a

la Gentzgasse, lo que indudablemente no es sólo una tontería por mi parte, sino una auténtica abyección. Somos débiles y caemos en la trampa, caemos en la trampa de la sociedad, pensaba en mi sillón de orejas, porque este piso de la Gentzgasse no es otra cosa ahora para mí que una trampa de la sociedad, en la que he caído. Porque indudablemente no es otra cosa que odio lo que el matrimonio Auersberger siente por mí, lo mismo que todas esas gentes que se han reunido en la sala de música, que por su causa huele ya francamente mal, esperando a ese actor del Burg que *tanto éxito tiene en El pato salvaje*, como no se cansa de decir la Auersberger una y otra vez, pensaba en mi sillón de orejas. Esperan a ese actor un tiempo que por mí jamás hubieran esperado, pensaba. El actor del Burg tiene que ser para ellos el punto culminante, pensaba, ¡ese zoquete teatral y pomposo! Y sólo por ese ser repulsivo se dejan dar largas desde hace ya dos horas para un banquete que los Auersberger han calificado una y otra vez de *cena artística*, porque, como pensaba ahora en mi sillón de orejas, probablemente califican una y otra vez todas sus cenas de tales *cenas artísticas*, cenas que, por lo demás, recuerdo muy bien como *cenas repulsivas*. Ya fuera en Maria Zaal o bien en la Gentzgasse, en casa del matrimonio Auersberger sólo ha habido siempre cenas más o menos repulsivas; siempre habían querido dar las cenas más espléndidas y siempre estuvieron convencidos de que eran las cenas más espléndidas o, mejor dicho, en austriaco, los banquetes más espléndidos, pero, sin embargo, sólo fueron siempre banquetes repulsivos, ridículos, totalmente comiquísimos, incluso realmente nauseabundos, pensaba en mi sillón de orejas. Debían haber sido siempre de lo más fino y fueron siempre de lo más insulso, de lo más espléndido, como queda dicho, y, sin embargo, fueron siempre de lo más fracasado, desesperadamente de lo más fracasado, como recordaba ahora en mi sillón de orejas. Siempre debía servirse lo mejor de lo mejor, pero, sin embargo, fue siempre algo insuficiente, pensaba, en relación con los invitados a sus banquetes tenían siempre el deseo de hacer algo absolutamente espléndido y, sin embargo, una y otra vez sólo hacían algo mediocre, hasta penoso. En el fondo, en lo que a sus banquetes se refería, nada estaba a la altura, ni los platos eran especialmente buenos, aunque a menudo *bastante* buenos, ni las bebidas, que nunca eran especialmente buenas, pero tampoco nunca *bastante* buenas, porque siempre eran malas, cualitativamente malas o bien demasiado calientes o demasiado frías, demasiado dulces o demasiado ácidas, como recordaba en mi sillón de orejas, y los propios Auersberger, como anfitriones, *se soltaban el pelo*, como suele decirse, en cuanto empezaban sus banquetes o cenas, se entregaban siempre a sus horribles provocaciones ya después de los primeros bocados, después de los primeros tragos, y arrastraban a sus huéspedes a su relación caótica, lo quisieran o no esos huéspedes, y no tenían nunca miramientos con esos huéspedes, y en definitiva echaban sin inhibiciones sobre esos huéspedes su basura conyugal, y cuando no les bastaba con echarse mutuamente basura, servían a sus huéspedes con aquella comida realmente siempre insuficiente sus perversas interioridades, y hacían huir finalmente a esos

huéspedes suyos más o menos ofendidos, con sus vulgares disputas conyugales, groseros insultos y torrentes de recriminaciones. Apenas recuerdo un banquete en su casa, tanto en Maria Zaal como en la Gentzgasse, que, como queda dicho, no acabara con una explosión conyugal, todas sus cenas, más bien banquetes, explotaban al final y, en el más exacto sentido de las palabras, dejaban siempre en la Gentzgasse, en Maria Zaal la mayoría de las veces, un auténtico campo de ruinas conyugal y un espantoso hedor a matrimonio, pensaba en mi sillón de orejas, mirando hacia la sala de música. Los Auersberger, sin duda con conciencia perversa de estar socialmente insuficientemente dotados, *la Auersberger*, porque era sólo un retoño de una familia de la nobleza montañesa de la Estiria, más o menos ridícula, y *el Auersberger* mismo, porque su madre había sido la hija de un ayudante de carnicero de Feldbach y su padre un pequeño empleado municipal, habían tenido siempre la sensación de tener que ascender socialmente hacia lo alto, lo que en definitiva requería todos sus esfuerzos y podía observarse en todo momento en ellos por cualesquiera ojos medianamente agudos, según pensaba en mi sillón de orejas, en efecto, que la Auersberger, continuamente y durante toda su vida, trataba de librarse de su origen, lo mismo que su marido, Auersberger, del suyo, lo mismo que la Auersberger de la nobleza idílica de la Estiria, su marido del destino de empleado municipal de su padre, del abismo de la ayudante de carnicero de su madre, lo que no podía dejar de producir una impresión comiquísima en los que los rodeaban viendo y pensando. La Auersberger trató siempre, por todos los medios, de salir de lo que yo llamo nobleza idílica, que al fin y al cabo es algo más repulsivo-conmovedor que cualquier otra cosa, de subir un peldaño más y, en consecuencia, alcanzar por lo menos el escalón de los barones y condes de la nobleza rural, en lo que, por lo menos durante los decenios que conozco de ellos, se esforzó inútilmente, porque siempre, cuando había llegado al menos con las manos a ese escalón más alto de la nobleza rural, fue rechazada por los ocupantes, tan insistentemente añorados por ella, de ese escalón que finalmente había alcanzado, de aquel escalón deseado, de una forma dura y brutal, lo que siempre le hizo daño, como me consta. Todos sus intentos de trepar a ese escalón más alto de la nobleza rural y aferrarse a él durante cierto tiempo, si es que no para siempre, fracasaron, pensaba en mi sillón de orejas. Sus disfraces no le sirvieron de nada, pensaba en mi sillón de orejas, lo mismo que tampoco sirvieron de nada a su marido, Auersberger, éste, en sus esfuerzos por subir, por ser aristócrata, pues nada menos había querido ser durante toda su vida, por lo que sé, mejor un estúpido aristócrata que un buen compositor, ésa es la realidad, había fracasado todavía más profundamente y de una forma todavía mucho más indigna. Mientras lo conocí, se vistió siempre como los condes de la Estiria y, como es natural, no había podido renunciar a un ostentoso anillo de sello en la mano izquierda y, realmente, fue siempre sólo un personaje ridículo, no carente de ingenio, como siempre se decía, pero, sin embargo, abismalmente ridículo. Al fin y al cabo, Auersberger no es tonto, al contrario, pensaba en mi sillón de orejas, pero en ese único aspecto, el de querer

ser aristócrata y por lo menos conde, y nada más, había sido siempre el más tonto de todos los llamados *trepadores nobiliarios*, pensaba en mi sillón de orejas. Lo mismo que dijo en Kilb *una comida espantosa*, pensaba yo ahora, mostrándose con ello ridículo y vulgar ante todos, en mi presencia se ha mostrado cientos, incluso miles de veces ridículo y vulgar. Cuando estiraba la cabeza y fruncía la boquita para pronunciar una sentencia de muerte sobre comidas o bebidas o sobre cualquier otra trivialidad, resultaba tan poco ingenioso como conmovedor, sólo tonto y nauseabundo. Y lo más nauseabundo en Auersberger era, sin embargo, así pensaba ahora en mi sillón de orejas, que él, que se llama oficialmente Auersberger y para mí, lógicamente, no se ha llamado siempre más que Auersberger, en un acceso de megalomanía social se hizo llamar de repente, en lugar de Auersberger, *Auersberg*, ya que, en el momento en que, en la Gentsgasse, conoció a su ruralmente noble y luego esposa, en aquella época propietaria de la habitación alquilada por él, como me consta, le cortó a su apellido sencillamente la cola y, por consiguiente, la última sílaba y, en lugar de Auersberger, se hizo llamar en adelante nada más que *Auersberg*, para rodearse al menos del olor de una familia principesca austríaca secular. Si la palabra repulsivo no era la única palabra adecuada para esa perversa castración patronímica, había que calificar a ésta al menos, por su olvido de todas las necesarias reglas del juego, de miserable, pensaba en mi sillón de orejas. En Kilb, Auersberger no se comportó de forma distinta de la que yo le conocía ya por mi convivencia con él en los años cincuenta. No ha cambiado lo más mínimo, pensaba en mi sillón de orejas. Después de dos o tres vasos, se puso a hacer el bufón para todos los que se sentaban a la mesa en *La mano de hierro*, representando su infantil circo auersbergeriano, pensaba yo, él había cobrado en seguida conciencia otra vez de su protagonismo y, como suele decirse, había *robado la escena a todos los demás*. Y la verdad es que yo, cuando él dijo *una comida espantosa* en *La mano de hierro*, me había sentado a la mesa de John y de la tendera de ultramarinos, porque los dos Auersberger, cada uno a su modo, me resultaban insoportables sólo con su presencia. Apenas los vi con sus trajes insulsos, a ella con su *dirndl* estampado en azul de la Estiria, a él con su cazadora de lino de la Estiria, sentí náuseas, porque inmediatamente supe que aquellos dos no habían cambiado en el intervalo, que los últimos veinte años, que tantas cosas monstruosas habían traído sobre el mundo y en el mundo, habían pasado realmente por el matrimonio Auersberger sin dejar rastro. Qué miserablemente repelentes habían sido los Auersberger en aquella mesa de *La mano de hierro* y, sin embargo, también allí se habían agrupado a su alrededor todos sus amigos de antes, dejándose atraer por los Auersberger como por un centro mágico, pensaba en mi sillón de orejas. Por ridículos e indignos que sean los Auersberger, pensaba en mi sillón de orejas, todavía están rodeados de la misma jauría social de hace treinta o veinte años, la jauría social de los años cincuenta. Como si realmente nada hubiera cambiado en esos veinte años, el matrimonio Auersberger se sentaba otra vez en el centro de aquella sociedad artística que hacía

treinta años se había sentado ya a su alrededor. ¿Cuál puede ser la razón de ese hecho?, pensaba en mi sillón de orejas. No pude llegar a ningún resultado. De repente me preocupó el fenómeno en mi sillón de orejas; cómo es posible que el matrimonio Auersberger, que, sin embargo, nunca ha ganado nada, siga existiendo aún, y pensé en lo inagotable que debió de ser originalmente su fortuna, para que todavía después de los treinta y cinco años transcurridos desde su casamiento, no sólo se vean protegidos y mantenidos por esa fortuna, sino que todavía hoy realmente, como puedo ver, se vean en gran medida mimados. Auersberger no tenía más que su genio original, pensaba en mi sillón de orejas, un sentido musical totalmente extraordinario, según pensaba yo, un inmenso don de lenguas, una inteligencia que, aunque actuaba siempre cerca de la locura, sin embargo, y precisamente por ese motivo, era excepcional, pero ni un céntimo, si prescindo de que, antes de su casamiento, fue durante años profesor en un conservatorio vienés, lo que, sin embargo, sólo podía haberle reportado el sueldo de un funcionario de lo más modesto, mientras que la Auersberger, que antes se llamó *von Reyer*, procedía de una familia, como yo siempre había creído, acomodada, pero, como sé ahora, realmente rica. Las fuentes de su fortuna eran, entre otras cosas, una serie de terrenos que su padre había comprado aún por nada entre las dos guerras mundiales en los alrededores de Maria Zaal, entre ellos también el llamado *Acecho*, un antiguo palacio salzburgués de la asistencia social, de quinientos años de antigüedad, en el que los Auersberger tienen su casa durante el verano, cuando en la *Gentzgasse* les resulta demasiado bochornoso y demasiado cerrado y, como todos los vieneses acomodados, se refugian en el campo a finales de julio, el matrimonio Auersberger ya a finales de mayo. Esos terrenos están todos en torno al pueblo de Maria Zaal, que en otro tiempo fue uno de los pueblos más hermosos de la Estiria, famoso sobre todo por una gran iglesia de peregrinación, que los habitantes llaman respetuosamente *catedral*, en realidad una joya arquitectónica románico-gótica. De esos terrenos existen los Auersberger ahora ya desde hace casi treinta y cinco años, pensaba en mi sillón de orejas, de la venta de esos terrenos. Poco a poco, un tío de los Auersberger, que es un famoso abogado de la Estiria, ha hecho parcelar y vender los terrenos de los Auersberger, y los sigue vendiendo todavía hoy. Es una lástima lo que ha sido de Maria Zaal a causa de la venta de los terrenos de los Auersberger, pensaba en mi sillón de orejas.

Allí donde, hace sólo veinte años, había los prados y pastizales más hermosos, se alzan ahora docenas de las llamadas viviendas unifamiliares, a cual más fea, en su mayoría de las llamadas casas prefabricadas, que sus compradores podían encargarse directamente de los almacenes de los alrededores, espantosos cubos de hormigón, sobre los que chapuceros maestros hojalateros han clavado tejados de uralita ondulada. Allí donde había un bosquecillo, donde florecía en primavera un jardín y, con sus colores más hermosos, llegaba a su marchitamiento en el otoño, proliferan ahora las úlceras de hormigón de nuestra época, que no tiene ya ningún miramiento con el paisaje, con la naturaleza en general, y que sólo está dominada por una codicia políticamente motivada, por la vulgar histeria proletaria del hormigón, pensaba en mi sillón de orejas. Cada año, uno o varios de esos terrenos de Maria Zaal del matrimonio Auersberger se venden a gentes de la comarca de Maria Zaal, que, con su sentido primitivo-abyecto de la construcción, echan a perder totalmente, poco a poco, esa Maria Zaal, y que al fin y al cabo han echado a perder ya Maria Zaal, porque una vez, hace dos o tres años, estuve en Maria Zaal, por decirlo así de incógnito, yendo de Italia a Viena, y no daba crédito a mis ojos, pensaba en mi sillón de orejas, viendo hasta qué punto se ha producido ya la destrucción de Maria Zaal, simplemente por la perversa venta de terrenos del matrimonio Auersberger. Cada venta de un terreno de los Auersberger, que no ganan dinero porque no lo necesitan, como seguramente piensan, aniquila un fragmento de naturaleza en Maria Zaal, y ha aniquilado ya, como he visto con mis propios ojos, Maria Zaal; porque si Maria Zaal era realmente, hace veinte años sólo, uno de los más hermosos pueblos de la Estiria, hoy, por la falta de conciencia de los Auersberger, es uno de los más feos, ésa es la verdad, pensaba en mi sillón de orejas; los Auersberger tienen esa joya de la Estiria sobre su conciencia, pensaba en mi sillón de orejas, y de repente pensé que no eran esas gentes sin importancia de la comarca de Maria Zaal, empujadas por esta época repulsiva a la histeria constructora, las que habían aniquilado el paisaje de Maria Zaal, sino el matrimonio Auersberger, no eran aquéllas a las que se reprocha que sus horribles casas han estropeado y echado a perder Maria Zaal, en otro tiempo tan maravilloso, aquellas que, por toda Austria, han *cagado* sencillamente sus casas en una comarca, porque nadie les ha dicho cómo debían *construirlas*, sino el matrimonio Auersberger en segundo plano, que induce todos los años a su tío abogado a ir vendiendo hasta sus últimos terrenos, para que ellos, sin tener que mover ni un dedo, puedan continuar su más o menos inútil vida social, pensaba en mi sillón de orejas. *Pérfidos onanistas de sociedad*, pensaba sentado en mi sillón de orejas, qué palabras más verdaderas las que el tapicero Fritz les lanzó una vez a la cara, como recordaba en mi sillón de orejas. Auersberger quiso ser compositor, pero, sin embargo, no se ha convertido en otra cosa que en un *copista de sociedad*, como seguidor de Webern, degenerado y embrutecido por la fortuna de su mujer. Pocas veces he estado tan furioso con los Auersberger como esa velada. Personas como Joana se matan, pensaba en mi sillón de orejas, y parásitos y copistas de sociedad como los Auersberger viven y viven y

viven y se aburren en el fondo durante toda su vida y se hacen más viejos y más viejos y más viejos y no son otra cosa que inútiles. Personas como Joana terminan colgadas de una soga que ellas mismas se han anudado al cuello y son metidas en una bolsa de plástico y enterradas de la forma más barata, y gentes como el matrimonio Auersberger no saben cuántas cenas dar a cuántos actores del Burg, por asqueroso aburrimiento y estúpido cansancio del mundo, pensaba en mi sillón de orejas. Personas como Joana tienen durante años sólo lo más necesario y finalmente se matan, mientras que personas como los Auersberger tienen de todo en abundancia y se hacen viejas y viejísimas y no sirven para nada, pensaba. A una persona como Joana la dejan en definitiva todos y no se ocupan ya de ella, mientras que hoy, exactamente igual que hace veinte años y que hace treinta años, se amontonan alrededor de personas como los Auersberger. Las cenas de los Auersberger no son más que una costumbre perversa, me decía en mi sillón de orejas. Estas gentes tienen una casa de campo y la abren a esta chusma artística no por amor al prójimo, naturalmente que no, sino por asqueroso aburrimiento y estúpido egoísmo y abusan de esa chusma artística y urbana ansiosa de aire del campo, que se presenta aún so capa de una amistad juvenil, y la ofenden, la vacían y la desairan, lo mismo que a mí, durante años, me ofendieron, vaciaron y desairaron, y esa chusma artística y urbana, como tengo que calificar en mi interior a todas las gentes que están de pie o sentadas por toda la sala de música, viene por añadidura a la Gentzgasse, para *dar las gracias* por ello. Todas esas gentes que ahora están de pie o sentadas por la sala de música, yo incluido, fueron durante años, durante decenios, huéspedes del matrimonio Auersberger en María Zaal y fueron allí explotadas por el matrimonio Auersberger, contribuyeron a que superara su aburrimiento rural auersbergeriano y sus extravagancias rurales, durante días, durante semanas, durante meses, durante años, y no se dieron cuenta, de que sólo eran violados y explotados y abusados por los Auersberger; los invitaban para abusar de ellos, no, como les dio siempre a entender el matrimonio Auersberger, por amistad, amor, algo siempre hipócrita-absurdo, pensaba en mi sillón de orejas. El matrimonio Auersberger me invitó a su casa de María Zaal para recomponer su matrimonio malogrado, y no para que pudiera tomarme unas *vacaciones*, como me fingieron, para que les desenredara su embrollo matrimonial, como pensaban, aunque, como es natural, no decían nada de ello, y no para mimarme unas semanas o meses, incluso *un año entero*, incluso *dos años*, como decían. La primera vez no me invitaron a Maria Zaal para, de forma desinteresada, empapuzarme, a mí, que probablemente les di la impresión de ser un ser desamparado, degenerado y medio muerto de hambre, sino que realmente me atrajeron realmente sin escrúpulos a su trampa de Maria Zaal para que les hiciera soportable su infierno conyugal, no por decirlo así como un jovenzuelo subalimentado que necesitaba sus cuidados y su amor, sino como un necio remedio salzburgués con el fin de salvarlos *a ellos* de ese infierno conyugal suyo. Y yo fui suficientemente ingenuo para no reconocer en seguida como trampa la trampa que me

habían tendido, y caí en esa trampa e hice para ellos en seguida y luego cada vez más intensamente el bufón salzburgués en su horrible Estiria, como pensaba ahora en mi sillón de orejas. Salido del Mozarteum, todavía con el diploma de terminación de estudios furiosamente arrugado en una pegajosa bola de papel en el bolsillo del pantalón, como recuerdo, me invitaron a aquella fiesta de cumpleaños en la Sebastiansplatz, a Maria Zaal, pensaba ahora en mi sillón de orejas, y yo acepté su invitación, porque no sabía que los esposos Auersberger me habían invitado a su infierno conyugal de Maria Zaal. Se precipitaron sobre aquel ingenuo jovencuelo salzburgués, con toda su infamia, y me invitaron a su Acecho de Maria Zaal. Y yo acepté su invitación, lo que, como por desgracia sólo averigüé después, fue una locura. Gentes como el matrimonio Auersberger dicen que tienen dinero y un pedazo de tierra grande, incluso gigantesco, y una casa igualmente hermosa y grande, incluso gigantesca, y nosotros, que no tenemos nada de eso, caemos en su trampa, pensaba. Nos dejamos influir por su abundancia, y caemos en su trampa. Sólo vemos su fachada y sólo oímos la superficie de lo que dicen, y caemos en su trampa. Nos dejamos impresionar por sus fanfarronadas y caemos en su trampa, pensaba en mi sillón de orejas. Dicen algo de una casa grande y alta de bóvedas grandes y hermosas y algo de largos paseos por terrenos y terrenos que les pertenecen, y de exquisitas comidas en su jardín y de sus excursiones diarias en automóvil de un castillo a otro, y nos impresionamos y caemos en su trampa. Nos fingen un mundo de lujo rural absoluto, y nos impresionamos y caemos en su trampa del lujo rural, pensaba en mi sillón de orejas. Hablan una y otra vez de lo que poseen, *de su riqueza sin límites*, sin hablar realmente de ella, y nos dejamos impresionar y caemos en su trampa. De sus cocinas bien provistas y de sus bodegas repletas y de sus bibliotecas de diez mil volúmenes, y nos dejamos impresionar y caemos en su trampa. Mencionan sus viveros de peces y sus molinos y serrerías, pero no sus camas, y nos dejamos impresionar por ellos y caemos en su trampa y en sus camas, pensaba. Y como nosotros mismos hemos llegado, más o menos, al extremo, porque, como yo entonces, a principios de los años cincuenta, no sabíamos ya nada, no sabemos ya nada, nos dejamos *impresionar por ellos de la forma más profunda* y caemos de buena gana en su trampa. Yo no sabía nada de nada cuando dejé el Mozarteum y fui a Viena y Viena no fue para mí una solución, sino nada más que una desesperanza fría y brutal, y naturalmente caí en la trampa auersbergeriana, en su trampa, que por poco fue mi trampa fatal, pensaba en mi sillón de orejas. Su instinto los guió hacia mí, pensaba en mi sillón de orejas, su instinto dio en el blanco, pensaba, porque en aquella época, a principios de los años cincuenta, era la mejor de todas las posibilidades para el matrimonio Auersberger, al que, de pronto no sé ya cómo ni dónde, conocí entonces. Desde luego sé, pensaba en mi sillón de orejas, que conocí a Joana en la Sebastiansplatz a través de Jeannie Billroth, pensaba ahora, pero ya no sé dónde los conocí a *ellos*, los Auersberger mismos, y de pronto me pregunté, ¿después de todo, dónde conocí a los Auersberger? Y no pude recordarlo, no pude recordarlo

ya, lo había olvidado. Pensaba en ello una y otra vez, pero no se me ocurría. Esos desfallecimientos momentáneos, desfallecimientos espirituales, los tengo a menudo en los últimos tiempos, pensaba en mi sillón de orejas, con todas mis enfermedades, enfermedades nerviosas, no es de extrañar después de todo lo que he padecido ya este día, es lógico, pensaba. Y me dije que en este año, que no está todavía muy avanzado, he estado ya *cinco veces* en el entierro de un amigo o de una amiga. De repente se mueren todos, la mayoría por su propia mano, me decía. Salen súbitamente excitados de un café a la calle y los atropellan, o se ahorcan, o les da un ataque. Cuando tenemos más de cincuenta años vamos a cada instante a un entierro, pensaba. Pronto tendré más amigos y amigas en el cementerio que en la ciudad, pensaba. Los que han nacido en el campo van a matarse al campo, pensaba. Prefieren para suicidarse la casa paterna, pensaba. Y en el fondo todos están enfermos, sin excepción. Cuando no se matan, mueren de sus enfermedades, que han contraído por descuido, dije unas cuantas veces para mí la palabra *descuido*, como si me causara placer en mi sillón de orejas, dije una y otra vez la palabra *descuido*, hasta que la gente de la sala de música se dio cuenta de que yo decía continuamente la palabra *descuido*, y dejé de decirla cuando noté que, de repente, me miraban en la antesala desde la sala de música. De todos ellos fui amigo hace treinta, incluso hace sólo veinticinco años, pensaba, y no lo comprendía. Durante cierto tiempo vamos con seres humanos en una dirección, y luego despertamos y les volvemos la espalda. Fui yo quien les volvió la espalda, no ellos a mí, pensaba. Nos encadenamos a ellos y de repente los aborrecemos y los soltamos. Corremos tras ellos durante años, mendigando su afecto, pensaba, y cuando, de repente tenemos su afecto no queremos ya ese afecto. Huimos de ellos, y nos atrapan y se apoderan de nosotros, y nos sometemos a ellos, a todas sus exigencias, pensaba, y nos abandonamos a ellos hasta que morimos o nos escapamos. Huimos de ellos y nos atrapan y aplastan. Corremos tras ellos, les suplicamos que nos acojan y ellos nos acogen y nos matan. O nos apartamos de su camino desde un principio y conseguimos durante toda la vida apartarnos de su camino, pensaba. O caemos en su trampa y nos asfixiamos. O nos escapamos de ellos y los denigramos, para librarnos de ellos, huimos corriendo de ellos para salvar la vida y los acusamos por todas partes de tenernos sobre su conciencia. O se escapan de nosotros y nos calumnian y nos acusan, difunden todas las mentiras imaginables sobre nosotros para salvarse, pensaba. Creemos estar ya muertos, y los encontramos y nos salvan, pero no les estamos agradecidos por habernos salvado, al contrario, los maldecimos, los odiamos por ello, los perseguimos con nuestro odio durante toda la vida, por habernos salvado. O queremos congraciarnos con ellos, y nos rechazan, y nos vengamos y los calumniamos, los denigramos por todas partes, los perseguimos con nuestro odio en fin de cuentas hasta la tumba. O nos ayudan a levantarnos en el momento decisivo y los odiamos por habernos ayudado a levantarnos, lo mismo que ellos nos odian por haberlos ayudado a levantarse, pensaba en mi sillón de orejas. Les hacemos un día un favor y creemos tener derecho entonces a su gratitud durante toda

la vida, pensaba en mi sillón de orejas. Somos amigos de ellos durante años y, de repente, no lo son, para toda la vida, y no sabemos por qué de repente no lo son ya. Los amamos tan intensamente que ese amor nos pone enfermos, y ellos nos rechazan, odian nuestro amor, pensaba. Lo recibimos todo de ellos, y los odiamos por ello. No somos nada y ellos hacen algo de nosotros, y los odiamos por ello. Salimos de la nada, como suele decirse y, llegado el caso, hacen de nosotros un genio, y nunca les perdonamos haber hecho un genio de nosotros, como si hubieran hecho de nosotros un criminal empedernido, pensaba en mi sillón de orejas. Lo recibimos todo de ellos, pensaba en mi sillón de orejas, y los castigamos por ello durante toda la vida con odio y desprecio. Se lo debemos todo, y nunca les perdonamos que se lo debemos todo, pensaba. Creemos tener derechos y no tenemos ninguna clase de derechos, pensaba. Nadie tiene ningún derecho, pensaba. El mundo, todo, es la injusticia. Los seres humanos son lo injusto y lo injusto lo es todo, ésa es la verdad, pensaba. Sólo disponemos de lo injusto, pensaba. Esa gente se ha dado siempre la apariencia de todo, pero no lo ha sido realmente, y unas veces se dan la apariencia de ser cultos y no lo son, y otras veces la apariencia de ser, como suele decirse, artísticamente sensibles y no lo son, y otras veces la apariencia de ser humanos y no lo son, pensaba. Y siempre se han dado también la apariencia de ser amables, porque realmente no son amables. Y sobre todo se dan la apariencia de ser naturales y nunca han sido naturales, todo en ellos fue siempre sólo la artificiosidad misma y cuando pretendían y, por consiguiente, se daban la apariencia de ser filósofos, no lo eran, sin embargo, sino estafalarios, y otra vez recordé con qué repulsividad me habían dicho en el Graben que ahora tenían *todo lo de Wittgenstein*, exactamente igual que veinticinco años antes me habían dicho que ahora tenían *todo lo de Ferdinand Ebner*; en aquella época me habían fingido con la misma insulsez algo filosófico, por lo menos un interés filosófico, porque creían que tenían que hacerlo en mi presencia, ante mí que, como creían entonces y como probablemente creen todavía hoy, era un ser filosófico, un filosofante, lo que, sin embargo, no soy, porque en el fondo ni yo mismo sé hasta hoy qué es eso, *un filósofo*, y, por lo tanto, tampoco sé qué es eso, *filosofante*. Unas veces se daban la apariencia de entender algo de la literatura francesa, otras de entender algo de la española, otras de entender algo de la alemana y al fin y el cabo es cierto que en su casa, y, por consiguiente, a través de ellos, conocí a muchos autores españoles y franceses y a la mayoría de los alemanes, sobre todo en Maria Zaal, donde tienen una gran biblioteca, una mucho mayor aún que en la Gentzgasse, que es ya bastante grande y puede calificarse de representativa, incluso de biblioteca científica, que formó el bisabuelo de la Auersberger, también por motivos de apariencia, y de la que sus descendientes, es decir los Auersberger, no han sacado probablemente en treinta años más de veinte o treinta veces algún volumen, mientras que yo me precipité literalmente en esas bibliotecas de la Gentzgasse y de Maria Zaal, como suele decirse, con la pasión del ignorante, como tengo que decir, pensaba ahora. Y quizá no fueron tanto los Auersberger mismos los que me encadenaron

primero a la Gentsgasse y luego a Maria Zaal como las grandes bibliotecas formadas por sus antepasados, que al fin y al cabo sólo fueron formadas por esos antepasados suyos para darse una apariencia, una apariencia de ciencia, de cultura, de la omnisciencia ciudadana que siempre ha estado de moda. La omnisciencia, pienso, ha estado de moda en todos los tiempos y, aunque haya pasado algo de moda en los dos últimos decenios, vuelve a ser la máxima moda. Siempre se han dado la apariencia porque nunca han sido capaces de nada real, pensaba, todo en ellos fue y sigue siendo sólo apariencia, incluso lo social, incluso su propia relación, incluso su propio matrimonio no ha sido más que apariencia, se daban la apariencia de un matrimonio porque no podían ni pueden llevar un matrimonio verdadero, pensaba en mi sillón de orejas, y no sólo el matrimonio Auersberger vive, desde que vive, de las apariencias, toda aquella gente de la sala de música vivía siempre, únicamente, según las apariencias, nunca realmente, no han vivido ni un instante de realidad, pensaba. Para eso toda esa gente no ha tenido nunca el valor y nunca las fuerzas y nunca el amor a la verdad que es necesario, pensaba. Todos ellos han *vivido sólo de acuerdo con La moda* siempre, pensaba, se han revestido siempre de la moda como apariencia y se han sometido de la forma más total a ese revestimiento, pensaba, y como estuvo de moda leer a Ferdinand Ebner en Viena, leyeron a Ferdinand Ebner, y como hoy está de moda leer a Wittgenstein, leen a Wittgenstein, pero naturalmente nunca leyeron a Ferdinand Ebner y tampoco hoy leen a Wittgenstein, hace treinta años se llevaron a casa los tomos de Ebner, lo mismo que ahora los tomos de Wittgenstein, y hablan de ellos y no los leen, y siguen hablando de ellos y no los leen hasta que aquello sobre lo que hablan continuamente y, llegado el caso, años enteros, de repente pasa de moda y por ello, de repente, no hablan ya de ello. Y como ahora se habla tanto de Wittgenstein, lo mismo que en otro tiempo en Viena se hablaba de Ferdinand Ebner, pienso que, sin embargo, Wittgenstein fue más filósofo que maestro y Ferdinand Ebner más maestro que filósofo y que Wittgenstein sobrevivirá y entrará en la historia como filósofo, pero no Ferdinand Ebner, que sólo ha entrado en la historia como maestro. Los esposos Auersberger se han dado siempre una apariencia de magnificencia, lo mismo que se han dado una apariencia de genio artístico y naturalmente, antes que nada, una apariencia de humanidad, si es que no incluso de superhumanidad, pensaba, mientras que, bajo esa apariencia suya, sólo *podían* ser siempre la miseria misma y nunca lo que en verdad y en realidad *querían* ser: la crema y nata, aristócratas, *grandes* aristócratas, ya puestos a ello. Eso era lo grotesco en ellos, que durante toda su vida se han aferrado a esa imagen del mundo repulsivo-cómica y que con ella se han consumido día y noche, pienso. Los Auersberger se han dado también la apariencia del mecenazgo, pensaba, y cuando invitaban a alguien que no fuera de la aristocracia, se trataba para ellos de un mecenazgo. Finalmente recibieron de mí el título de *mecenas rurales* más o menos como una condecoración de carnaval, y se tomaron en serio mi amarga broma. En lugar de hacer viajes *fundamentales* y mejorarse en todos los sentidos con esos viajes *fundamentales*, ellos,

que tuvieron siempre tanto dinero que hubieran podido permitirse todos los viajes *fundamentales* imaginables, malgastaban su tiempo y, por consiguiente, sus decenios, en copiar a la llamada crema y nata, en querer ser aristócratas. Se agotaban como copistas de los aristócratas con su manía aristocrática, de la que nada podía curarlos, ni querían ser realmente curados, según pensaba. Se daban la apariencia de artistas, pensaba, y, sin embargo, eran sólo pequeños burgueses, porque eran demasiado débiles para actuar realmente como burgueses, por no hablar de grandes burgueses, lo que odiaban con esa debilidad suya, pensaba. De forma que saqueaban a los que alguna vez caían en su trampa, hasta lo último, pensaba. Pero los saqueados tenían la culpa de su propio saqueo, pensaba, porque se dejaban saquear con plena conciencia por el matrimonio Auersberger y sacaban de ese saqueo las mayores ventajas, efectivamente, las víctimas del saqueo auersbergeriano disfrutaban en verdad de su saqueo, lo mismo que yo disfruté de mi saqueo durante años por el matrimonio Auersberger, lo disfruté en fin de cuentas como si fuera una cura saludable, ésa es la verdad, y con esa cura saludable del saqueo auersbergeriano sané realmente, y en fin de cuentas, en el sentido más exacto de la palabra, me curé; porque había estado enfermo cuando encontré al matrimonio Auersberger, enfermo totalmente, cuerpo y cabeza no eran más que enfermedad, pensaba. En aquella época, hace treinta años, la cura del saqueo auersbergeriano me sanó (aunque no me hiciera más feliz), pensaba. Pero yo los despreciaba y los odiaba, aunque en aquella época, hace treinta años, me sanaron, pensaba ahora en mi sillón de orejas. Aunque en aquella época, hace treinta años, me salvaron, pensaba, yo los salvé y ellos me salvaron en aquella época, pensaba, ésa es la verdad. Ahora se dan la apariencia de dar para los artistas su *cena artística*, y en verdad sólo les dan su propia lastimosidad, la dan, desde luego, según pretenden, para el actor, que por todas partes se deja festejar como actor del Burg, lo mismo que todos los actores del Burg se dejan festejar siempre y por todas partes en los últimos rincones de esta ciudad, para ese *actor principal de El pato salvaje*, lleno de éxito y colmado de aplausos, para Ekdal, y, sin embargo, la dan sólo para sí mismos, la dan para sus invitados y la dan realmente siempre sólo para sí mismos, pensaba en mi sillón de orejas. Han comprado un montón de cosas para cocinarlas y servírselas luego a las gentes artísticas y, sin embargo, no han comprado más que para sí mismos, han cocinado para sí mismos y, finalmente, califican esa *cena artística* suya de mecenazgo. Hablan en Viena durante semanas de que han dado una cena para el Ekdal de *El pato salvaje*, y no dicen que ese actor, como actor del Burg, ha venido a su casa porque durante semanas le han mendigado que venga, casi se han despepitado por él, como dicen en Viena, y dicen que han dado al actor del Burg una cena, una *cena artística*, y también, al mismo tiempo, a un montón de otros artistas, por decirlo así, no tan grandiosos como el actor del Burg, grandes artistas, artistas también, como también artistas, pienso. Dicen que le dan al actor del Burg una cena y, en realidad, posiblemente han chantajeado a ese actor del Burg para esa cena, porque, en definitiva, todas sus invitaciones han sido siempre chantajes, pensaba en

mi sillón de orejas. En definitiva, siempre han chantajeado su vida social, pensaba, sea cual fuere la forma en que se presentaban socialmente en escena y se presentan en escena, ha sido y es siempre sólo mediante un chantaje, pensaba. Incluso cuando la gente va más o menos voluntariamente a sus cenas, pensaba, han sido chantajeadas para ello por el matrimonio Auersberger. Preferirían sentar ahora a su mesa de la Gentzgasse aristócratas, es decir, gentes de las que ellos, los Auersberger, creyeran que eran aristócratas, es decir, lo que ellos, los Auersberger, entienden por tales, que a los que, esta noche, han venido realmente a su casa, pensaba en mi sillón de orejas, hubieran preferido a algún príncipe venido a menos, a algún conde arruinado y su acompañamiento, que a *esas gentes artísticas*, que al fin y al cabo en el fondo los espantan, porque en el fondo no les importa nada todo lo artístico, al fin y al cabo sólo se han dado siempre la apariencia de lo artístico, lo mismo que han vuelto a dar también este banquete como *cena artística* y, por consiguiente, como apariencia, pensaba. Si no podemos sentar un príncipe o un conde a nuestra mesa, *por lo menos a un actor del Burg*, es posible que hayan pensado, pensaba en mi sillón de orejas, precisamente en el momento en que hacía su aparición el actor, al que sólo llamaban siempre *actor del Burg*, porque trabaja desde hace treinta o cuarenta años en el Burgtheater, se le califica desde hace treinta o cuarenta años de actor del Burg. Precisamente frente a la escritora Jeannie Billroth me habían sentado los Auersberger, es decir, precisamente frente a la persona que, aquella tarde en Kilb, me había repelido especialmente. Todos habían tomado ya asiento en el comedor, antes de que me llamaran invitándome a pasar al comedor y tomar asiento, invitándome tan tarde que tuve que suponer que me habían olvidado y probablemente me habían olvidado, en efecto, según pienso. Realmente, había dado una cabezada en mi sillón de orejas, por agotamiento, durante un instante o varios instantes, porque me desperté cuando me invitaron a pasar al comedor, a aquel perfecto horror cuyo estilo Imperio. La Auersberger me llamó cuando, saliendo de la sala de música, entró en la antesala, pero yo no debí de oírla durante bastante tiempo, porque cuando le oí pronunciar mi nombre por primera vez, supe en seguida que me había llamado ya varias veces. Realmente creyó que tendría que despertarme sacudiéndome por los hombros, pero yo me adelanté a ella, rechazando su mano, quizá un poco demasiado bruscamente, antes siquiera de que me apoyara la mano en el hombro. En la penumbra de la antesala no pude ver la expresión de su cara, pero mi severa repulsa debió de herirla, pienso. Sin embargo, inmediatamente me puse en pie, tengo que decir, y la seguí al comedor, en el que, como queda dicho, todos se sentaban ya a la mesa, más o menos en el centro el actor del Burg, cuya entrada me había perdido por estar dormido, como tengo que pensar ahora. No lo había oído entrar, pero, como había tenido que pasar por mi lado para entrar en el comedor, por mi lado mismo y no lo había oído, yo debía de haber dado realmente una cabezada, posiblemente me había dormido incluso varios minutos, como tengo que suponer, casi media hora, puede que todavía más. Me senté a la mesa totalmente aturdido. Vi cómo la cocinera servía la sopa, algo

absurdo a la una menos cuarto de la madrugada, pensé. Todos comían apresuradamente, escuchando lo que tenía que decir el actor del Burg mientras se comía su sopa. Hoy no había sido *una buena noche*, dijo el actor del Burg, no *mi mejor noche*, como él lo expresaba, varias veces, los espectadores del Akademietheater habían gritado *más fuerte, más fuerte*, porque él, probablemente, había hablado demasiado bajo, no sabía cómo ni por qué, eso podía ocurrir, que un actor, por decirlo así, totalmente entregado a su arte, es decir, durante su aparición en escena, se olvidara totalmente de un público que, realmente, además de lo que veía de él, quería oír además de él, como complemento, algo comprensible. Comía su sopa tan desaliñadamente como actuaba, pensé, no observándolo a él, sino a la escritora Jeannie Billroth, que por su parte, como es natural, observaba al actor, en calidad de actor del Burg, y parecía asimilar como algo totalmente excepcional, extraordinario y único todo lo que el actor, en calidad de actor del Burg, se comía y decía rápidamente. Ahora yo estaba sentado frente a aquella Virginia Woolf vienesa, aquella creadora de prosa y poesía insulsas que, eso resultaba claro de repente, durante toda su vida sólo había nadado en su cursilería pequeñoburguesa, según pienso. Y una persona así se atreve a decir sin más que escribe mejor aún que Virginia Woolf, a la que, desde que me adiestré en el pensamiento literario, he admirado siempre como la primera de todas las autoras, y que ella, la Billroth, ha ido *más lejos* en sus novelas que *Las olas*, más lejos que *Orlando*, más lejos que *Hacia el faro*. En Kilb, Jeannie ha vuelto a mostrarse en su aspecto burgués, pensaba ahora, sentado frente a ella y maldiciendo aquella *cena artística* que, de repente, se había convertido realmente y en el sentido más exacto de la palabra, a causa del actor del Burg, en *banquete artístico*, y encontrándolo tan grotesco y repelente como era, pienso. Servir sopa de patata a la una menos cuarto de la noche y anunciar una *lucioperca* cocida es ya una perversión, de la que sólo son capaces los Auersberger, me decía, sentado frente a Jeannie, que comía su sopa, como siempre, a su manera, con el dedo meñique de la mano derecha separado en todas las comidas por lo menos un centímetro de más. Una *lucioperca* a la una menos cuarto de la noche a causa de un actor del Burg, en cuya barba ahora, como se había comido su sopa de patata a la mayor velocidad, es decir, *como un muerto de hambre*, se había quedado enredada aquella sopa de patata. Ekdal, dijo tomando cucharadas de sopa, Ekdal ha sido desde hace decenas de años *mi papel predilecto*, y dijo, tomándose otra cucharada de sopa, y concretamente comiéndose una cucharada de sopa cada dos palabras, es decir, que decía *Ekdal* y tomaba una cucharada de sopa, y decía *ha sido* y tomaba una cucharada de sopa y *siempre mi* y tomaba una cucharada de sopa y decía *papel predilecto* y tomaba una cucharada de sopa y, entre dos cucharadas de sopa, decía *desde hace decenas* y luego otra vez, después de dos cucharadas de sopa, *de años*, y las palabras *papel predilecto* exactamente lo mismo, como si hablase de un postre, pienso. Varias veces dijo *Ekdal es mi papel favorito*, e inmediatamente me pregunté si hubiera dicho una y otra vez que Ekdal era su papel favorito si no hubiera tenido éxito con su

Ekdal. Cuando un actor tiene éxito con un papel, dice que es su papel favorito, cuando no tiene éxito, no dice que es su papel favorito, pensaba. Una y otra vez, el actor del Burg tomaba cucharadas de sopa, diciendo que Ekdal era su papel favorito. Como si sólo él tuviera algo que decir, todos los demás no dijeron nada en mucho tiempo, se comían su sopa y miraban fijamente al actor del Burg. Si el actor del Burg se comía su sopa de prisa, ellos se comían también su sopa de prisa, si se la comía despacio, se la comían también más despacio, y cuando él dejó de comerse su sopa, ellos terminaron de comerse su sopa. Hacía tiempo que habían terminado de comerse su sopa cuando yo tenía todavía medio plato lleno de sopa. Por lo demás, no me gustaba, y me la dejé en el plato. En *El pato salvaje* había podido actuar por fin como siempre había querido actuar, dijo el actor del Burg patéticamente. Si hubiera tenido compañeros mejores y, por consiguiente, ideales, dijo, porque no tenía los mejores compañeros, no los ideales, todos, salvo él, eran un *reparto calamitoso* en *El pato salvaje*, ese *Pato salvaje* hubiera sido un *éxito inmenso*, no sólo en lo que a él se refería, sino *en su totalidad*. Por eso, todo se había concentrado en él, y, en conjunto, los periódicos no habían escrito más que de él, no había sido *El pato salvaje* un acontecimiento, él, su Ekdal, había sido el acontecimiento, no la representación, según él. Y qué hubiera sido de ese *Pato salvaje*, *de todo ese Ibsen*, habían escrito todos ellos, más o menos veladamente, de no haber sido por él. Personalmente, tenía en gran estima a Ibsen, como también tenía en gran estima a Strindberg y, en general, a muchos de los llamados escritores nórdicos, pero realmente, qué sería de esos autores sin actores como él, lo decía con toda modestia, pero con toda franqueza. Pero, con todo, en esos autores había más cosas de las que los periódicos escribían, ésa era su opinión, y *grandioso actor por aquí, grandioso actor por allá*, Ibsen era realmente un autor, como también Strindberg, como los dos, *genios muy grandes de la historia de la literatura, pero qué sería de ellos realmente sin grandes actores*. El actor del Burg se ha bebido ya por lo menos dos o tres copas de champaña al entrar en el piso de la Gentzgasse, pensaba yo, cuando dijo que la literatura, al fin y al cabo, sólo vive cuando un buen actor la despierta a la vida. Luego puso las dos manos sobre la mesa, estiró hacia lo alto su cabeza de actor y le dijo a Auersberger: *He disfrutado mucho, querido amigo, de su composición*. Y entonces Auersberger bajó la cabeza, es decir, Auersberger, el seguidor de Webern, bajó la cabeza en el instante en que el actor del Burg la estiraba hacia lo alto, mientras decía: *He disfrutado mucho, querido amigo, de su composición*. Entonces todos guardaron silencio y pensaron que se iba a servir la lucioperca, pero se equivocaban, la cocinera entró sin traer ningún plato y se limitó a preguntar si podía servir la lucioperca. La Auersberger le significó a la cocinera que podía servir la lucioperca. Los actores estamos acostumbrados a cenar tarde, dijo el actor del Burg, la mayoría de las veces no cenamos hasta pasada la medianoche. Eso es característico de nosotros, los actores, dijo el actor del Burg, que no cenamos hasta pasada la medianoche. Sin embargo, el actor se acostumbra a ese cenar pasada la medianoche, dijo el actor del Burg, e inmediatamente después,

otra vez, que Ekdal era su papel favorito, más que ningún otro. Hace falta gran literatura para quedar bien en escena, dijo el actor del Burg. Había estudiado durante medio año el Ekdal, incluso se retiró una vez tres semanas para esos *estudios del Ekdal a una cabaña solitaria en los Alpes del Tirol*, y sólo allí, *en esa auténtica soledad*, dijo el actor del Burg, *se le reveló realmente el Ekdal*. Los actores acometemos un papel demasiado pronto o demasiado tarde, pero un papel como el de Ekdal *debe acometerse únicamente en el momento exacto*, dijo, *la gran literatura, los papeles muy grandes, siempre únicamente en el momento exacto*. Ekdal fue siempre mi papel predilecto, dijo, pero nunca había comprendido bien a Ekdal. Sólo cuando en la cabaña me concentré nada más que en Ekdal comprendí qué es ese Ekdal, en general qué es *El pato salvaje*. *En general, qué es Ibsen*, exclamó. Había sido la cabaña la que le había hecho *ver claro a Ekdal, allí, en la cabaña, vi claro*, dijo el actor del Burg y se echó hacia atrás y dijo que siempre le había gustado comer lucioperca, *sobre todo la lucioperca del Balatón, la auténtica lucioperca del Balatón*, y la Auersberger dijo, interrumpiéndole realmente en su estudio del Ekdal, que ella, naturalmente, sólo servía lucioperca del Balatón, qué otra lucioperca si no. Ekdal debe ser abordado con la mayor cautela, dijo el actor del Burg. Andamos durante meses de un lado a otro por la ciudad y nos rompemos la cabeza y no comprendemos a Ekdal y no tenemos ninguna relación con Ekdal, aunque siempre hemos pensado que nos interesa más que cualquier otro personaje de la literatura mundial, y desesperamos ya al final y lo abandonamos todo, dijo, y entonces vamos a la montaña y nos alojamos en una cabaña y vemos claro. *Con Próspero me pasó exactamente lo mismo*, dijo el actor del Burg. *Si tuviera que hacer aún el Lear*, dijo, *iría otra vez a la cabaña, pero sin pasar antes meses aquí, en esta espantosa ciudad, esperando la iluminación*. Fue lo tirolés lo que le reveló a Ekdal, dijo el actor del Burg. Una cabaña situada a más de mil ochocientos metros de altura, dijo. Lejos de toda civilización. *Sin luz eléctrica. Sin gas. ¡Sin consumismo!*, exclamó, cuando le pusieron delante el plato calentado, invitándole a que se sirviera lucio-perca. *Tenemos que subir a los Alpes para tener una verdadera visión del mundo*, dijo, sirviéndose otro pedazo de lucioperca. Por cierto, nunca antes había personificado un papel de Ibsen, un papel de Strindberg sí, el Edgar de la llamada *Danza macabra*, pero *nunca un papel de Ibsen*, ni siquiera el Peer Gynt en su juventud, lo que, sin embargo, en realidad, hubiera sido de lo más lógico. Tropezamos con tantos directores, dijo, y nunca obtenemos los papeles que realmente queremos interpretar. Ni tampoco los autores que nos *llegan al alma*. Queremos interpretar a un autor español y tenemos que aceptar uno francés, dijo, queremos interpretar a Goethe y nos condenan a Schiller, queremos aparecer en una comedia y nos obligan a una tragedia. Ni siquiera la fama permite interpretar siempre lo que se quiere interpretar, dijo el actor del Burg. Y cuántas veces ocurre, dijo, que finalmente le prometen a uno un papel, que puede calificar de uno de sus papeles favoritos, y ese papel favorito, al final, se lo dan a otro actor. En los teatros, dijo, nada se desarrolla de acuerdo con lo planificado, ningún

plan se realiza al final como fue originalmente planificado. Lo que en definitiva se representa y lo que finalmente puede verse es siempre sólo un compromiso, un mal compromiso. A su edad, sin embargo, un actor como él se había acostumbrado a ese hecho hacía tiempo, vivía con ese hecho, dijo. *Incluso en el Burgtheater, el primer escenario de Europa, tal como lo expresó él, sólo se realizan en definitiva compromisos. Pero qué compromisos, dijo, queriendo decir con ello que esos compromisos del Burgtheater seguían siendo a pesar de todo gran teatro; todo lo que fracasaba en el Burgtheater seguía siendo, en definitiva, una y otra vez, Burgtheater, con lo que quería decir que, en definitiva y en fin de cuentas, se trataba, incluso en sus naufragios, de lo que él calificaba de gran teatro del Burgtheater.* Era ridículo lo que decía. Mientras que yo, de cansancio, apenas podía tener los ojos abiertos, el actor del Burg, evidentemente, no estaba de repente cansado en absoluto, todos estaban cansados por aquel día fatigoso, sobre todo por el entierro de Joana y la enervante espera del actor, al que habían esperado más de dos horas. Que para un papel como el Ekdal había que invertir casi medio año, dijo el actor del Burg, y había que renunciar todo ese medio año a todo lo demás, es decir, *un Ekdal así lo absorbe a uno por completo*, lo priva de toda clase de comodidades *mientras se ensaya*, como lo expresó él, y al fin y al cabo no es ningún placer estar durante semanas en una cabaña tirolesa y encerrarse en esa cabaña a causa de ese Ekdal, más o menos a pan y agua y sopa de guisantes y con una mala cama y más o menos todo el tiempo sin lavarse, y luego la gente, los espectadores, como dijo él, no tenían de ello la menor idea ni lo apreciaban en absoluto. *E incluso cuando aplauden y es un gran éxito, como ese Ekdal, dijo el actor del Burg, el precio de esa entrega, sí, podría decir, sacrificio, según él, es demasiado alto.* Pero el destino del actor no era otra cosa que un *destino de sacrificio*, según él, que quiso hacer irónica esa observación, lo que, sin embargo, no consiguió, pues para todos resultaba perfectamente claro que lo había dicho en serio. Un Ekdal así, dijo, lo exigía todo de un actor. *Primero penetrar en la obra, dijo, pero de qué forma. Luego comprender verdaderamente al autor y luego comprender verdaderamente el papel y luego los largos ensayos*, que a él le ocuparon todo el otoño y todo el invierno. Empezamos a ensayar a finales de agosto, dijo, y no sabemos siquiera, cuando hemos terminado con los ensayos, que es otra vez primavera. Sí, con Shakespeare es algo totalmente distinto, dijo, sin decir luego *por qué* era algo totalmente distinto de con Ibsen. O con Strindberg. Durante la temporada de ensayos, cuando no tenía que aparecer precisamente en otra obra y, por consiguiente, tenía función, se iba a las diez de la noche a la cama y se levantaba a las seis de la mañana. Por cierto, *memorizaba su texto ante la ventana abierta*, yendo y viniendo por su dormitorio. Siempre ha sido una ventaja el estar soltero, dijo de pronto. Voy y vengo más o menos por mi dormitorio desde las siete hasta las once y memorizo mi texto. Llego a los ensayos con el texto totalmente aprendido, dijo. Desde el primer instante de los ensayos conozco el texto por completo, lo que siempre deja estupefactos a los directores, dijo el actor del Burg. La mayoría de los

actores llegan a los ensayos sin saberse sus textos, dijo. Yo tengo siempre mi texto completo en la memoria cuando empieza el ensayo. Pero resulta asqueroso cuando los compañeros no se saben el texto. Eso es asqueroso, repitió, sirviéndose otro trozo de lucioperca, servida con una salsa enriquecida con demasiadas alcaparras. Si no me hubiera construido una casa en Grinzing en el cincuenta y cuatro, dijo, quién sabe si no habría aparecido alguna vez en un escenario alemán, dijo el actor del Burg. Las ofertas eran *numerosas*. Hubiera podido ir a Berlín, a Colonia, a Zurich. Pero qué son todas esas ciudades en comparación con Viena, dijo. Odiamos esta ciudad, y, sin embargo, la amamos, más que a cualquier otra, dijo. Lo mismo que, hay que reconocerlo, odiamos también al Burgtheater y, sin embargo, lo amamos más que a ningún otro. Mientras él decía *al fin y al cabo, el éxito de este Ekdal no era en absoluto previsible*, yo observaba a la escritora Jeannie Billroth, que estaba ya inquieta porque se sentía postergada, y en esa velada no podía ser el centro de atención que siempre quería ser, a causa de las observaciones del actor del Burg no había podido hablar hasta entonces, aunque continuamente había querido decir algo, sin poder decirlo. Una y otra vez había querido hacer a una observación del actor del Burg una observación personal, pero el actor del Burg no le había dado ninguna posibilidad de ello. Sin embargo, ahora, cuando el actor del Burg dijo que el Ekdal era el papel más difícil que había ensayado e interpretado nunca, ella dijo que encontraba que el Edgar de Strindberg era el papel más difícil, *el Edgar es mucho más difícil*, dijo, *que el Ekdal*, al menos siempre había tenido la impresión, al leer el Edgar, de que el Edgar era mucho más difícil que el Ekdal, el Ekdal no lo había considerado nunca un papel difícil, prescindiendo de que todos los papeles, es decir, cualesquiera que fueran, eran difíciles, si se querían interpretar bien y se interpretaban bien, ella encontraba siempre, al leerlo, que el Edgar era mucho más difícil que el Ekdal. ¡No!, exclamó el actor del Burg, *el papel más difícil es el Ekdal, eso es totalmente evidente*. En eso no podía estar de acuerdo con el actor del Burg, dijo Jeannie Billroth, y dio a entender que en otro tiempo había estudiado dramaturgia, *por cierto, con el famoso profesor Kindermann*, es decir, dijo también esa noche lo que siempre decía en esas ocasiones, que era discípula de Kindermann; quizá un actor, dijo Jeannie Billroth, tenía que pensar que el Ekdal era el papel más difícil, cuando, sin embargo, lo era el Edgar. No, sabe usted, dijo el actor del Burg a la escritora Jeannie Billroth, cuando, como yo, se ha sido actor durante decenios y, por añadidura, en el Burgtheater y, hasta donde uno puede recordar, sólo ha interpretado primeros papeles, se sabe de qué se habla. Naturalmente, los dramaturgos tienen del teatro opiniones muy distintas, dijo el actor del Burg, pero no había duda alguna de que el Ekdal era el más difícil, y el Edgar un papel mucho más fácil, más fácil en lo que a interpretar ese papel se refiere, no lo olvide, dijo el actor del Burg a Jeannie Billroth. Ella no se dio por satisfecha con lo que había dicho el actor del Burg y dijo que, sin embargo, desde que existían el Edgar y el Ekdal, siempre se había demostrado que el Ekdal era el papel más fácil de representar y no

el Edgar. Al fin y al cabo, eso lo había explicado muy claramente Kindermann, su maestro, en una obra, y esa obra de Kindermann llevaba el título de *Edgar y Ekdal, una comparación*, si es que no había leído esa obra el actor del Burg, le preguntó Jeannie Billroth, a lo que el actor del Burg dijo que no conocía esa obra de Kindermann. Era una lástima, dijo Jeannie Billroth, porque si el actor del Burg hubiera leído las explicaciones de Kindermann sobre el Edgar (de Strindberg) y el Ekdal (de Ibsen), antes de empezar a ensayar el Ekdal, se habría ahorrado *muchas molestias* en lo que a la asimilación de *El pato salvaje* se refería, y Auersberger, que durante todo el tiempo estaba ya al acecho para decir también algo, dijo de pronto ¡*Y esa estancia de semanas en la cabaña!*, a lo que el actor del Burg, de repente, quiso cambiar de tema, porque dijo que, viniendo a la Gentsgasse, había perdido uno de sus guantes. Si no hubiera sido ya demasiado tarde cuando venía hacia la Gentsgasse, se hubiera dado la vuelta para buscar el guante perdido. Así, sin embargo, no había podido darse la vuelta, a fin de no seguir *teniendo sobre ascuas* a los Auersberger. La gente no sabía dónde se metía, según él, cuando lo invitaba a una cena. Una invitación así se hace fácilmente, pero lo que significa sólo lo descubren los anfitriones cuando se dan cuenta de que su invitado no ha aparecido aún a las doce y media. *Sí, la vida del actor tiene esas cosas*, dijo el actor del Burg, como si se tratase de una de esas frases que dice una y otra vez cuando no sabe qué decir. La Auersberger, que había hecho traer a la mesa otra fuente de lucioperca, dijo que era lamentable que el actor del Burg, en el camino de la Gentsgasse, hubiera perdido uno de sus guantes, perder *un* guante, dijo, era al fin y al cabo igual de malo que perder los dos, porque un solo guante no servía para nada. Sí, dijeron todos los que estaban a la mesa, todos habían perdido alguna vez un guante y habían pensado lo mismo. Sin embargo, posiblemente quien hubiera encontrado el guante lo habría entregado. *Sí, pero ¿entregado dónde!*, preguntó Auersberger a su mujer y al mismo tiempo soltó una carcajada, que inmediatamente provocó las carcajadas de todos los demás, que se rieron de la pregunta de Auersberger a su mujer de quién y dónde había entregado ese guante perdido o podía entregarlo aún, y entonces realmente cada uno de los que se sentaban a la mesa contó *su* historia de guante, porque cada uno de los que se sentaban a la mesa había perdido alguna vez un guante y había considerado la pérdida de ese guante suyo tan dolorosa como la pérdida del par entero. Por lo demás, ninguno de ellos había vuelto a encontrar su guante perdido, ninguno de esos guantes perdidos había sido entregado nunca otra vez, dijeron. Ay, si sólo se tratara de un par de guantes, dijo la Auersberger, y contó aún su propia historia de guantes. Hacía unos veinte años había estado en la *toilette* del Josefstädter Theater y se había olvidado allí sus guantes negros de vestir. *Ambos guantes de vestir*, dijo, mirando a su alrededor. Representaban *El hombre desgarrado*, por cierto, una de las mejores obras de Nestroy, según dijo. En el entreacto se había olvidado sus guantes de vestir en la *toilette* y, después de terminar la representación, había ido rápidamente a la *toilette*, suponiendo que sus guantes de vestir estarían todavía en el tocador. *Naturalmente, en*

el Josefstadt podía creer, dijo, que mis guantes estarían aún ahí. Pero ya no estaban. La mujer de la *toilette* no sabía nada de guantes olvidados, dijo la Auersberger. Y figúrense, dijo, dos semanas después de ese *Hombre desgarrado* me enviaron mis guantes de vestir. Anónimamente, dijo, recostándose por un instante en su sillón Imperio, anónimamente y con una tarjetita en la que estaba escrito *Saludos cordiales*. Hasta hoy no sé quién me envió mis guantes de vestir, dijo; y, poco después, el actor del Burg le dijo a ella directamente: *Una lucioperca excelente, una auténtica lucioperca del Balatón*, y los otros dieron a entender que tenían la misma impresión de que, en el caso de la lucioperca que se estaban comiendo, se trataba de una auténtica lucioperca del Balatón. Saben ustedes, dijo el actor del Burg, que de cuando en cuando se limpiaba la barbuda boca con su servilleta, metida en el cuello de la camisa, la vida del actor tiene esas cosas. Una vez, cuando estaba actuando en Múnich, hace más de veinte años, *como sustituto, como suele decirse*, dijo, en el fondo no vale la pena hablar de ello, en el papel de Heinrich, dijo, me encontré en la Kaufingerstrasse a un compañero, al que conocía de antes, de antes de la guerra, y con el que, por lo demás, compartí en la Lerchenfelderstrasse una habitación alquilada, sin calefacción, como cabe imaginar, había ratas, nada de comer, dijo, ya saben ustedes cómo eran las cosas entonces, los americanos no habían llegado aún, los rusos habían llegado ya, Renner en el poder, ya saben, y entonces le pregunté a ese compañero por qué se había ido de Viena. Sí, dijo mi compañero, porque estoy hasta la coronilla de Viena. Sí, ¿y Munich?, le pregunté a mi compañero, dijo el actor del Burg, que había vuelto a limpiarse la barbuda boca. Entonces el compañero me dijo: ¡Estoy hasta la coronilla de Munich! ¡Entonces hubieras podido quedarte en Viena, si estás hasta la coronilla de Múnich!, le dije al compañero, dijo el actor del Burg. Por lo demás, ese compañero estaba entonces contratado por el Residenztheater, los mismos papeles especializados, dijo el actor del Burg, tal vez una voz demasiado aguda para su especialidad, una voz de Strindberg, pienso, dijo el actor del Burg, una voz totalmente de Strindberg, no un personaje de Ibsen, Goethe, sí; Shakespeare, no; no un personaje de Ibsen, sino algo para Molière, pero no para Nestroy; Nestroy, no, dijo, quizá también siempre un poco demasiado gordo, un estilo de vida falto de disciplina, dijo el actor del Burg, natural de Vöcklabruck, en el fondo provinciano, pero de buen humor, la voz un poco demasiado aguda, pronto casado, un niño y divorciado, durante mucho tiempo estuvo contratado en el Volkstheater, dijo el actor del Burg. Para eso hubieras podido quedarte en Viena, le dije, dijo el actor del Burg. En el rostro tenía un tic tan extraño, un hombre con mucho humor, pero siempre se lo gastaba todo, un tipo disipado, muy disipado, dijo el actor del Burg. Yo dije que si estaba ensayando el Edgar. Sí, el Edgar, dijo él. No me interesa, dijo. No te interesa, no te interesa, dije. Hacía tanto frío, yo no llevaba guantes, estaba todo el tiempo congelado. Estoy ensayando el Edgar, dije otra vez, pero él no me escuchaba ya en absoluto. ¡El Edgar estoy ensayando!, le grité, dijo el actor del Burg. Entonces me di la vuelta y lo dejé plantado. Un hombre simpático, dijo el actor del Burg,

cogiendo una cucharada llena de salsa de la lucioperca. Al día siguiente, en el *Abendzeitung*, leí que se había matado. En la Kaufingerstrasse, donde vivía, cosa que yo no sabía. ¡Ahorcado!, dijo marcando las sílabas el actor del Burg. ¡Los actores están predestinados a matarse, a ahorcarse!, dijo el actor del Burg. Yo no soy del tipo suicida, dijo, no, en absoluto, en absoluto, en absoluto. ¡Pero cuando pienso en cuántos se han matado ya de mi gremio! Con mucho talento, con mucho, dijo el actor del Burg, *con madera de gran comediante*, dijo, y va y se mata. Yo fui el último que habló con él, dijo el actor del Burg. Un amigo de juventud. Se matan los mejores, dijo tomando un trago de su copa de vino blanco. El tiempo que hace desempeña siempre un papel muy importante cuando alguien se mata, dijo. Por cierto, dijo el actor del Burg, ahora melancolizado por su relato sobre el actor que se mató en Múnich, acordándose de que Joana, conocida para todos los demás que se sentaban a la mesa, aunque no para él, se había matado la semana pasada y acababa de ser enterrada aquella tarde en Kilb (lo que había sabido sin duda por los Auersberger, según pienso), *vi una vez a esa Joana, cuando, efectivamente, dio una conferencia en el Burgtheater sobre su llamado Arte del movimiento*. La recuerdo muy bien, dijo, adoptando de repente una especie de actitud de duelo y dando también a su voz un tono de duelo, una persona dotada, dijo, pero totalmente fuera de lugar en el Burgtheater. Aquel curso era algo imposible, dijo el actor del Burg, y dijo que, en este año, había ido ya varias veces al entierro de alguno de sus compañeros, *se han muerto más actores que nunca*, dijo, y *se han muerto muchos artistas de cabaré*, añadió. Ay, sí, dijo dirigiéndose a la escritora Jeannie Billroth, sé lo que es perder a una amiga de toda la vida. Pero a cierta edad perdemos a todos los que significan algo para nosotros, a los que queremos. Tomó un trago de su copa de vino blanco y la Auersberger le sirvió más. Con tal de que se trate de una muerte rápida, dijo, nada es más repugnante que una larga enfermedad. Caerse y estar muerto es una suerte, dijo. Pero no soy del tipo suicida, repitió. Se matan más mujeres que hombres, dijo, a lo que la escritora Jeannie Billroth dijo que no era cierto, estaba estadísticamente probado que todos los años se mataban exactamente el doble de hombres que de mujeres. El suicidio es cosa de hombres, dijo. Había leído un estudio sobre el suicidio en Austria, y de ese estudio se deducía que en Austria, *en proporción al número de habitantes*, como dijo ella, se mataba más gente todos los años que en cualquier otro país europeo. Hungría tenía la segunda tasa de suicidios, y Suecia la tercera. Y en Austria son sobre todo los salzburgueses los que se matan, de forma interesante es precisamente la gente que vive en las llamadas comarcas más hermosas la que más se suicida. *Los de la Estiria son francamente aficionados al suicidio*, dijo Auersberger, que en ese momento estaba ya más o menos totalmente borracho, y realmente era la inquietud misma, como tengo que decir. Le dijo al actor del Burg que a él, Auersberger, le extrañaba que se matasen tan pocos actores del Burg, cuando, sin embargo, tenían todos los motivos para ello. Auersberger, mientras decía eso aún, soltó la carcajada por lo que acababa de decir, lo que para todos los demás, sin

embargo, sólo resultó penoso, porque todos lo fulminaron por decirlo así con la mirada, y yo mismo me reí brevemente, pensando que en Auersberger, por repulsivamente que se comporte, hay sin embargo, de cuando en cuando, cierto ingenio de comediante, que incluso a mí, que no siempre estoy predispuesto a favor del ingenio en sí, me hace reír. ¿Qué quiere decir?, le preguntó entonces el actor del Burg a Auersberger. Muy sencillo, le respondió Auersberger al actor del Burg, si los actores del Burg vieran lo lamentablemente que hacen teatro, tendrían que matarse todos. Con excepción de su persona, dijo Auersberger vaciando su copa. Bueno, sabe, dijo a eso el actor del Burg, si tiene esa opinión del Burg theater, ¿por qué va a él siquiera? A lo que Auersberger dijo que desde hacía diez años no había estado en el Burgtheater. Sin embargo, la Auersberger corrigió a su marido al instante, diciendo que hacía sólo dos semanas habían estado en *El derrochador*. Ay, sí, en *El derrochador*, dijo entonces Auersberger, *en una representación tan mala que me revolvió el estómago y que olvidé inmediatamente*. El actor del Burg no supo en seguida cómo reaccionar ante Auersberger. El Burgtheater ha tenido siempre enemigos, como todo lo que, en definitiva, es lo mejor, dijo. El Burgtheater ha sido siempre atacado sobre todo por los que querían sin falta entrar en el Burgtheater, pero a los que el Burgtheater rechazó. Todos los actores no contratados por el Burgtheater, dijo el actor del Burg, echan pestes contra el Burgtheater hasta que son contratados por el Burgtheater. Siempre había sido así. Lo extraordinario suscita siempre animosidad, dijo. El odio al Burgtheater es una vieja manía de los vieneses, dijo, lo mismo que el odio a la Staatsoper. Hasta los directores de teatro odian el Burgtheater y lo ridiculizan hasta que, mediante una continua actuación vil y sin escrúpulos, consiguen llegar a directores del Burgtheater, dijo. Nonó, dijo entonces el actor del Burg, dónde pueden ver un *Pato salvaje* como el que estamos representando precisamente en el Akademietheater, en ninguna parte, ya pueden ir a donde quieran, un *Pato salvaje* así no se representa en ninguna parte. En ninguna parte, dijo entonces Auersberger, cuando usted mismo acaba de decir antes que ese *Pato salvaje* del Akademietheater es un fracaso, que sólo su Ekdal está logrado, como escriben los críticos, que su Ekdal es un Ekdal grandioso, pero la representación no vale absolutamente nada. Tampoco se puede decir eso, dijo entonces el actor del Burg, no se puede decir que ese *Pato salvaje* no valga nada, aunque sea un fracaso. Pero incluso ese fracasado *Pato salvaje* es aún *mucho mejor que todos los demás Patos salvajes que he visto nunca, y he visto todos los Patos salvajes que se han representado en los últimos decenios*. He visto *El Pato salvaje* en su momento en Berlín, *el primer Pato salvaje de después de la guerra*, dijo el actor del Burg, en la *Freie Volksbühne*, pero también el *Pato salvaje* del *Schillertheater*. Nada más que representaciones fracasadas, dijo el actor del Burg, también en Munich y en Stuttgart. La verdad es que el teatro alemán sólo es elogiado por personas totalmente incompetentes, que no saben siquiera qué es el teatro. *Todo, periodismo de moda* de gentes inmaduras, dijo el actor del Burg. Nonó, ese *Pato salvaje* del Akademietheater

es el mejor *Pato salvaje* que he visto nunca, y no soy parcial, dijo, aunque interprete el Ekdal en ese *Pato salvaje*, porque es, con diferencia, el mejor de los *Patos salvajes*. Una vez vi *El Pato salvaje* en Estocolmo, dijo el actor del Burg, *Vildanden* se llama *El pato salvaje* en sueco. No me gustó nada. Creía que había que ir a Estocolmo *para ver el mejor Pato salvaje que puede verse*, pero ese *Pato salvaje* no fue más que una decepción. No es verdad que los teatros nórdicos sean los que mejor representan las obras nórdicas. Una vez vi un *Pato salvaje* en Augsburgo que me gustó mucho más. Naturalmente, en *El pato salvaje* todo depende del Ekdal. Si el Ekdal es malo, toda la obra es mala, toda la representación es mala. No crean que en Salzburgo o en Viena pueden oír y ver el Mozart ideal. La gente comete siempre el error de creer que allí de donde proceden las obras es donde se interpretan también mejor, pero no, en absoluto, muy al contrario. Una vez vi un Molière en Hamburgo como nunca se ha representado en París. Y un Shakespeare en Colonia que eclipsaba totalmente a todas las representaciones de Shakespeare inglesas. Naturalmente, sólo en Viena se puede ver un buen Nestroy, dijo el actor del Burg, a lo que Auersberger dijo: *Pero no, desde luego, en el Burgtheater*. A lo que el actor del Burg dijo: *En eso es posible que tenga razón. En eso tengo que darle la razón. En el Burgtheater nunca se ha logrado un buen Nestroy. Pero dónde se logra un buen Nes troy, desde luego no en el Volkstheater, donde estaría en su lugar. Naturalmente, no en el Volkstheater*, dijo Auersberger. *En el Karltheater*, dijo Auersberger, *pero el Karltheater fue demolido hace ya casi treinta años*. Sí, dijo el actor del Burg, es una pena que hayan demolido el Karltheater. En cierto modo, al demoler el Karltheater han demolido al mismo tiempo a Nestroy, dijo el actor del Burg, no sin ingenio, refiriéndose a los embrutecidos responsables de la administración pública de Viena, que tienen sobre su conciencia prácticamente todos los teatros demolidos de Viena. Desde la guerra, más de la mitad de los teatros vieneses han sido demolidos, dijo Auersberger. Sí, y por razones que no se sostienen, dijo a eso el actor del Burg. Han demolido los mejores teatros, dijo Auersberger. Por desgracia, por desgracia, dijo el actor del Burg, cuánta razón tiene. En Viena siempre demuelen lo mejor, dijo Auersberger, los vieneses demuelen siempre lo mejor, pero no se dan cuenta, cuando están demoliendo lo mejor, de que están demoliendo lo mejor, sólo se dan cuenta cuando ya lo han demolido, lo mejor. Los vieneses son todos ellos demoledores, dijo Auersberger, demoledores y derrumbadores. Cuánta razón tiene, dijo el actor del Burg, dejando de comer, pero permitiendo que la Auersberger le sirviera otra copa de vino. Si hay en Viena un edificio especialmente bello, es demolido con seguridad en plazo breve, dijo el actor del Burg. Tanto si se trata de un edificio como de una institución que sean especialmente bellos o especialmente logrados, los vieneses no descansan hasta que han demolido ese edificio o esa institución. Y con la gente los vieneses hacen exactamente lo mismo, dijo el actor del Burg, no pueden ver que alguien sea bueno, que alguien sea importante, lo derrumban de la noche a la mañana, como un monumento que, de repente, no recuerdan que ellos mismos levantaron. *Mi Ekdal, en*

cierto modo, está, visto filosóficamente, dijo el actor del Burg. Pero cuando se leen obras sobre Ibsen no se aprende nada, al contrario, sólo lo vuelven a uno tarumba. Y cuando uno se vuelve tarumba no puede abordar un papel tan delicado, dijo el actor del Burg. El joven Werle, el Gregers, dijo el actor del Burg, ése hubiera sido un papel para mí hace treinta años, quizá todavía hace sólo veinte. Me hubiera gustado muchísimo interpretarlo, dijo el actor del Burg, pero siempre, cuando llegaba el momento, suspendían ese *Pato salvaje*. El Gregers hubiera sido aún más apropiado para mí, dijo el actor del Burg mirando a su alrededor. Yo tenía la impresión de que, salvo Jeannie Billroth, que al fin y al cabo había reconocido que había leído y visto hacía poco *El pato salvaje*, nadie sabía de qué estaba hablando en realidad el actor del Burg. En el fondo hubiera debido ser el Gregers y no el Ekdal, dijo el actor del Burg, y ninguno de los que se sentaban a la mesa sabía con seguridad qué quería decir, de qué hablaba. Realmente, el Gregers era mi sueño. Tuve una oferta para interpretar al Gregers en Düsseldorf, pero en aquella época renuncié, porque no quería marcharme de Viena. Quién sabe, si hubiera ido a Düsseldorf para interpretar allí el Gregers, posiblemente habría perdido mi contrato con el Burgtheater. Tendría que estar contento de haber llegado a ser actor del Burg, dijo. Pero durante toda mi vida me ha dolido haber renunciado al Gregers. Sólo me han ofrecido el Gregers una vez. Siempre pensé que un día interpretaría el Gregers. Pero nunca ha vuelto a presentarse la ocasión. Si desaprovechamos una de esas oportunidades, dijo el actor del Burg, no vuelve a presentarse. *Teatro psicológico*, dijo entonces el actor del Burg, echándose hacia atrás, después de haberle ofrecido un puro la Auersberger y haber encendido ese puro por sí mismo; rehusó más o menos bruscamente que le encendieran el puro, a lo que la Auersberger estaba ya dispuesta. Siempre queremos lo más alto, pero no lo alcanzamos porque lo queremos, dijo el actor del Burg, y dijo esa frase como si no fuera en absoluto de él, sino una cita, posiblemente de alguna obra de teatro. Mientras representaba ahora el Ekdal con tanto éxito, se preparaba ya para su próximo papel, dijo. Una obra inglesa, dijo, un director inglés venía de Londres a Viena, y los ensayos empezarán ya la semana siguiente. Una comedia inglesa de salón, pero no un Oscar Wilde, dijo, nonó. Ni tampoco un Shaw. Naturalmente que no. ¡*Contemporánea!*, exclamó, ¡*contemporánea!* ¡De risa, pero profunda! En un medio teatral, por cierto. Él interpretaba a un escritor, entrado por matrimonio en la alta nobleza. No necesariamente lo mejor de lo mejor, dijo, pero entretenida y nada tonta, nada tonta en absoluto, sencillamente el estilo inglés: muy entretenida, nada de romperse la cabeza, dijo. Una traducción desaliñada, dijo, pero estoy arreglando ya el texto a mi medida. ¡*Si tuviéramos un solo autor!*, exclamó de pronto el actor del Burg, *pero no tenemos ninguno*, en toda Alemania no tenemos ninguno, por no hablar de Austria y ni que decir tiene de Suiza. Por eso sólo aparecen en nuestros escenarios extranjeros, ingleses, franceses, polacos, dijo el actor del Burg. Es una lástima, se lamentó. En veinte años, ni una sola obra digna de ser leída, dijo. Los talentos dramáticos en lengua alemana se han extinguido, dijo recostándose y

echándole el humo del puro a Auersberger, que empezó a toser. Probablemente nuestra época no es época para escritores de obras teatrales, dijo. Si aparece un talento, al cabo de poco tiempo se ve que no es ningún talento, dijo. Pero qué porquerías elogia la prensa, dijo. Increíble lo que hoy se califica de talento en general, lo que se considera hoy arte dramático. Era repulsivo lo que decía. Saben, no sospechan ustedes lo que es tener que ensayar con personas poco dotadas y, llegado el caso, tener que derrengarse durante semanas. Los jóvenes del teatro están hoy todos mal acostumbrados, dijo, los periódicos escriben a cada instante que esos jóvenes tienen talento, que son genios, mientras que, sin embargo, no son otra cosa que poco dotados, realmente no tienen ningún talento y lo más destacado en ellos es únicamente su pereza. Lo mismo que, en general, esa juventud de hoy está totalmente *mal acostumbrada, echada a perder de la forma más tonta*, dijo el actor del Burg. Precisamente durante los trabajos en *El pato salvaje* he visto qué era lo que pasaba con esa juventud. Falta de disciplina, al parecer, el principio supremo, dijo el actor del Burg. Pero, sin embargo, el Gregers es excelente, dijo entonces Jeannie Billroth, a lo que el actor del Burg replicó que todos decían que ese Gregers era bueno, no comprendo qué ve la gente en ese Gregers, un Gregers del montón, según me parece, totalmente un Gregers del montón, dijo el actor del Burg, francamente un actor inadecuado para el papel. Como sólo la escritora Jeannie Billroth había visto *El pato salvaje* del Akademietheater y los demás no sabían siquiera realmente qué era *El pato salvaje*, y sólo con el tiempo que se trataba de una obra de teatro, estaban condenados al silencio, de vez en cuando asentían con la cabeza, miraban directamente a la cara al actor del Burg o, al instante, apartaban de él la vista para mirar el mantel, o sencillamente, en medio de su perplejidad, al que tenían enfrente; no tenían ninguna oportunidad de participar en lo que el actor del Burg contaba, y por eso con tanta desenvoltura, porque nadie se lo impedía, al contrario, la Auersberger lo incitaba una y otra vez a hablar, y como él acababa de venir de *El pato salvaje*, hablaba, como es natural, continuamente de *El pato salvaje* del Akademietheater y de lo relacionado con él. Al fin y al cabo era un milagro que *El pato salvaje se hubiera impuesto* en Viena, dijo varias veces *se hubiera impuesto*, porque *imponer El pato salvaje en Viena era un atrevimiento*. Al fin y al cabo, *El pato salvaje era una obra moderna*, dijo, y no le dio vergüenza decir eso de una obra que acababa de cumplir cien años y que todavía, después de cien años, es tan espléndida como en el momento en que se escribió, pero a la que calificar de moderna resulta, sin embargo, una extravagancia. Presentar al público vienés *El pato salvaje* no era sólo un *atrevimiento*, dijo el actor del Burg, sino también *un riesgo muy grande*. Los vieneses, sencillamente, no pasaban *por lo moderno*, según lo expresó él, *no pasaban*, nunca habían pasado por lo llamado moderno y preferían ir a ver, una y otra vez, obras clásicas, y *El pato salvaje* no era una obra clásica, sino moderna, de todas formas, dijo, podría ser que *El pato salvaje se convirtiera* un día en una obra clásica, que Ibsen *se convirtiera* un día en un clásico, como Strindberg, dijo el actor del Burg. A veces tenía la sensación de

que Strindberg era el mayor dramaturgo, y no Ibsen, lo mismo que a veces tenía también la sensación de que las cosas eran exactamente al revés, de que Ibsen era superior a Strindberg, de que Ibsen tenía más posibilidades de convertirse un día en clásico que Strindberg. Unas veces pienso que lo importante es *Señorita Julia*, y otras que lo importante es una obra como *El pato salvaje*. Pero cuando damos demasiado a Strindberg, dijo, nos hacemos deudores de Ibsen, lo mismo que nos hacemos deudores de Strindberg cuando damos demasiado a Ibsen. Personalmente, dijo, le gustaba *el estilo nórdico de escribir, de hacer teatro*. También le había gustado siempre Edvard Munch, *siempre me ha gustado El grito*, dijo, *El grito, que todos ustedes conocen*, dijo, *qué obra de arte más extraordinaria*. Fui expresamente a Oslo para ver *El grito*, dijo, en aquella época, cuando *El grito* estaba todavía en Oslo. Eso no quería decir que tuviese predilección por los países escandinavos, dijo. Allí siempre sentía nostalgia del sur, por lo menos de Alemania, dijo. Estocolmo, qué ciudad más desolada, por no hablar de Oslo, enervante, dijo, destructora de los nervios. Copenhague, bueno. Los actores jóvenes se agolpan en el Burg, dijo, e incluso cuando no tienen talento los aceptan porque tienen relaciones, porque uno de sus tíos es director administrativo de la Volksoper o funcionario de la administración de los teatros federales, dijo. Una tía está en el Ministerio de Educación y su sobrino es contratado por el Burg inmediatamente después de su Reinhardtseminar, aunque no tenga el más mínimo talento. Luego esos veinteañeros andan por las salas de ensayos y se interponen siempre en el camino de uno y no son más que una molestia. *En el mejor de los casos medianamente dotados*, dijo el actor del Burg, que con el tiempo se limitan a atrofiarse en nuestro primer escenario, quitando el puesto a los realmente dotados. Sólo puedo aconsejar a cualquier joven realmente dotado que nunca entre en el Burgtheater, porque entonces, al comienzo mismo de su desarrollo, entrará directamente en su destrucción total, dijo el actor del Burg, sirviéndose del postre, un, así llamado, *moro en camisa*, del que yo había comido un solo bocado, pensando al hacerlo que aquel *moro en camisa* era demasiado pesado para un banquete tan tardío. Los otros, sin embargo, se comieron todos su *moro en camisa*, también el actor del Burg, que, tras haberse comido ya la mitad de su *moro en camisa*, volvió al *Pato salvaje*. En realidad, hubiera tenido que interpretar *Wallenstein*, en un principio incluso el nuevo *Calderón*, pero todo se quedó en nada, gracias a Dios, tengo que decir ahora. Yo mismo nunca había pensado en tal éxito, *en un éxito tan rotundo*, dijo el actor del Burg. El *pato salvaje* en el Akademietheater y un éxito, él mismo estaba *absolutamente sorprendido*. En abril hice mi indispensable viaje a España, dijo, Andalucía, Sevilla, Granada, Ronda, dijo, acabando de comerse su *moro en camisa*. *Mi nostalgia española*, dijo, todavía con el último bocado de su *moro en camisa* en la boca; era casi incomprensible lo que había dicho con la boca llena, y también lo fue cuando, espantado de sí mismo, dijo, perdonen, y se tragó su bocado de *moro en camisa*. En los últimos años me he acostumbrado a hacer un viaje a España y, por decirlo así, he vuelto la espalda a Italia. España es todavía un país

intacto, en lo que a muchas de sus partes se refiere, *austero*, dijo, limpiándose no sólo la barbuda boca, sino también en seguida toda la barba y la frente con la servilleta. Carlos V, El Prado, dijo mirando a su alrededor. *No soy experto en arte*, dijo, *sólo aficionado al arte, ésa es la diferencia*. Sólo pensar en Italia me pone malo, dijo, en cambio, siento una verdadera sensación de placer al pensar en España. En Italia todo clama más o menos al cielo, dijo, en España existe todavía esa austeridad de la Historia, esa calma de la Historia, saben. Un actor hace bien en emprender una vez al año un viaje bastante largo, pero no tiene por qué ser a Africa, ni tampoco al Caribe tiene que ser, para mí es España, especialmente la Mancha, lo que me regenera. Lo crean o no, dijo, siento una gran predilección por las corridas de toros. *Una semejanza con Hemingway*, dijo, *realmente una semejanza con Hemingway*. Pero no soy un romántico como lo fue Hemingway, sino más bien un hombre cerebral, dijo el actor del Burg, no tengo una concepción romántico-americana de las corridas de toros, tengo más bien una forma científica de considerarlas. Al fin y al cabo, lo insondable no es romántico, dijo. Nada de lo insondable es romántico. Sí, dijo de pronto, el suicidio es una enfermedad de moda en nuestra época. Yo no soy del tipo suicida. *Joana, un nombre español*, dijo dos veces, *Joana, un nombre español*, y luego se echó hacia atrás y quiso saber de Auersberger si estaba ya impresa su última cantata, *puesto que la Universaledition publica todas sus composiciones*, dijo el actor del Burg. Auersberger dijo sí, *también han publicado mi última cantata*. ¿Interpretarán en Viena su cantata?, preguntó el actor del Burg, y el seguidor de Webern respondió: *probablemente no*, porque en Viena su *complicada cantata* no podría contar con intérpretes de primera clase. *Ni en la Konzerthaus, ni en la Musikverein*, dijo Auersberger, el seguidor de Webern, con la cabeza levantada. *No hay en toda Austria un flautista que pueda tocarla*, dijo Auersberger. Sin embargo, en Londres fue una buena representación, según tengo entendido, dijo el actor del Burg. Sí, dijo Auersberger, el seguidor de Webern, *sólo en Londres* era posible interpretar su cantata *tal como él*, Auersberger, se la imaginaba, de forma *ideal*, y la Auersberger dijo en seguida también *ideal*, los dos dijeron varias veces la palabra *ideal*, fue como si de repente *todos* hubieran dicho la palabra *ideal*, salvo Jeannie Billroth. Ella estaba allí sentada observándome todo el tiempo, mientras el actor del Burg hablaba, y durante todo ese tiempo no había habido otra cosa en ella que odio hacia mí. Que hace treinta años o incluso sólo veinticinco le hubiese leído poemas de Eluard, acariciándole al mismo tiempo las plantas de los pies en su sofá, era ahora ya inimaginable, que hubiera interpretado para ella escenas de Molière en su alcoba, mientras ella, más o menos desnuda, se sentaba en su cama, una y otra vez aquellas escenas breves de Molière que me pedía, después de haberse aburrido evidentemente con mis lecturas de Joyce y de Valéry, que le hubiese leído las cartas que el llamado Ernstl le había escrito desde el Salzkammergut; aquellas cartas, *de lo más íntimo*, como siempre había dicho ella y como cabe imaginar, sólo quería que se las leyera yo, mientras ella, como suele decirse, *me taladraba con la mirada*. Que yo le hubiera

leído durante horas una de sus novelas, lo que, durante horas, la satisfacía en el más alto grado tanto como a mí me irritaba, y que fuese yo quien ideó el título para esa novela suya, a saber, *El desierto de la juventud*, título con el que se publicó más tarde esa novela, desgraciadamente, pensaba. Que hubiera paseado durante horas con Jeannie por el Prater, y me hubiese subido incluso una vez con ella a la noria gigante, mientras hablaba con ella de Pavese, Ungaretti y Pirandello, hubiera estado con ella varias veces en Kagran, en Kaisermühlen, porque con ella siempre me sentía impulsado a atravesar el llamado Reichsbrücke y, por consiguiente, a ir a la orilla septentrional del Danubio. Que fuera *la primera persona artística* que conocí en Viena, al terminar mis estudios superiores en Salzburgo, pensaba. Que fuera *ella* la primera persona a la que leí en Viena *mis* poemas y que no rechazó en seguida esos poemas, como estaba acostumbrado en mi casa, y que, por consiguiente, como puede decirse, fuera la primera que me animó literariamente, por la razón que fuera, pensaba ahora. Que un día quise a Jeannie Billroth y que ahora, desde hace más de veinte años, la odio, como ella a mí. Las personas se encuentran e inician una amistad, y durante años no sólo mantienen esa amistad, sino que la intensifican hasta romper, y se odian en adelante durante decenios, llegado el caso durante toda la vida, pensaba. La verdad es que durante años fui a casa de Jeannie Billroth, pensaba, mientras el actor del Burg, de repente, contaba ahora anécdotas, las llamadas anécdotas de teatro, como gustan en Viena y que mantienen viva toda reunión vienesa que, de otro modo, perecería muy pronto por sus síntomas de parálisis. La mayoría de las reuniones vienesas, por ello, sólo se mantienen durante unas horas nocturnas porque en ellas se sirven continuamente esas anécdotas de teatro, y también esta reunión de la Gentzgasse, que se presenta como *cena artística*, pensaba. En definitiva, fue por Jeannie Billroth por quien conocí a los Auersberger, por los que, en definitiva, conocí también a Joana, pensaba. Y a Jeannie Billroth, la llamada sobrina del filósofo, la conocí por un filósofo que era amigo de mi abuelo y al que entonces, hace treinta años, en la mayor necesidad y casi muerto de hambre ya, como tengo que decir, visité en la Maxingasse de Hietzing. En aquella época la Maxingasse de Hietzing fue también mi salvación, me dije, la llamada *casa de Johann Strauss*, en la que ese filósofo amigo de mi abuelo vivía, al ser hermano de un músico que tocaba el fagot y la trompa en la Filarmónica. Cuando, después de haber llegado a Viena sin un céntimo, estaba a punto de morirme de hambre y realmente de matarme, fui, sin embargo, con mis últimas fuerzas hasta la Maxingasse, a la dirección que conocía por mi abuelo y de la que esperaba la salvación, la última salvación imaginable de mi existencia, pensaba ahora otra vez, y la Maxingasse me había salvado, primero con un trago de leche, luego con una cena y finalmente poniéndome en contacto con una escritora de la Linke Wienzeile, que me encargó que pusiera orden en su sótano, junto al Kettenbrücke, y me dio por ello tanto dinero que pude mantenerme a flote durante tres días. Por medio de esa escritora conocí a Jeannie Billroth, pensaba ahora, por aquella poetisa tempranamente fallecida, de la que en aquella época leí algunos

poemas que no dejaron de producirme efecto. Que había estado muy a menudo con Jeannie en Kilb, pensaba, para visitar a Joana con ella; y con Joana y Jeannie y Fritz habíamos ido en Kilb, entre otras cosas, una y otra vez a *La mano de hierro* para comer, para beber, para jugar a las cartas, *para divertirnos*, pensaba. Jeannie fue finalmente quien me dio a conocer casi todos los grandes escritores del siglo xx, me los dio a leer, por consiguiente, la Jeannie de entonces, pensaba, no la que se sentaba ahora frente a mí, odiándome en silencio, por el hecho de que un día me escapé de ella para no dejarme devorar por ella, como pensaba ahora otra vez. Si no me hubiera escapado de Jeannie, por decirlo así, en el punto más alto de mi relación con ella, hubiera sido inevitablemente devorado por ella y, por consiguiente, aniquilado, pienso. Así, de la noche a la mañana dejé de ir a su casa, y ella me esperó inútilmente. Pasé en su casa cientos de tardes, en las que su Ernstl trabajaba en su llamado *Instituto Químico*, detrás de unas cortinas corridas, leyéndole las grandes obras de los grandes escritores del siglo XX o escuchándola a ella, cuando me leía esas grandes obras de los grandes escritores del siglo xx, pensaba ahora. Y luego, cuando su Ernstl llegaba a casa, comiendo con los dos lo que se llama una *cena fría* o, sencillamente, un *gulasch* varias veces recalentado y, por ello, insuperablemente sabroso. Y cuando su Ernstl estaba cansado y se había acostado ya, ella me pedía que le leyera otra vez Joyce o Saint-John Perse o Virginia Woolf, hasta que yo estaba totalmente agotado, pensaba ahora. Y hasta las dos de la mañana aproximadamente no me iba siempre a casa desde casa de Jeannie, con la cabeza llena de literatura mundial, por la Radetzkystrasse, a lo largo del canal del Danubio, hasta Währing. Dependemos durante años de una persona, pensaba, mirando ahora a Jeannie a la cara, y dependemos finalmente por completo de esa persona que nos fascina y no sólo estamos a su merced en cuerpo y alma, como suele decirse, sino realmente entregados por completo a ella y, si la dejamos, según creemos y yo creía entonces, estaremos acabados y, sin embargo, un día no vamos ya a verla, no damos ninguna razón de por qué, no visitamos ya a esa persona, y la *evitamos* desde entonces, empezamos a despreciarla, a odiarla incluso, no la vemos más. Y luego la vemos y se nos produce una horrible excitación, pensaba ahora, y no podemos dominar esa excitación. Todas esas personas encontradas en el entierro de Kilb me han resultado más o menos indiferentes, pensaba ahora, incluso el matrimonio Auersberger, pero el hecho de haberme encontrado con Jeannie me excitó desde el primer momento. Había pensado en todo cuando iba a Kilb, salvo en Jeannie y, como es natural, *en el hecho horrible de un encuentro* con ella. Allí estaba ella e incluso me dio la mano en el cementerio de Kilb, y hasta me dedicó una sonrisa, pensaba ahora, pero una sonrisa más o menos *aniquiladora*. Pero es posible que yo la hubiera recibido en el cementerio de Kilb con otra sonrisa igualmente aniquiladora. Yo la odiaba cuando estaba junto a la tumba abierta, representando allí su papel de amiga del alma, pensaba ahora, y cuando se acercó a la tumba más que ningún otro y, con un delicado gesto de la mano echó su tierra de la pala del sacristán a la tumba abierta. Antes de que ella me mate, pensé

entonces, pronto hará treinta años, me escaparé de ella, no iré más a su piso y, como puede decirse, *puse pies en polvorosa*. Sin embargo, no fui mezquino, como pudiera parecer, actué en defensa propia, por instinto de conservación, pensaba ahora, y me di en seguida una disculpa que no podía esperar, ni exigía tampoco, de nadie más que de mí. Nos encontramos con una persona en el momento oportuno, y tomamos de esa persona todo lo que es importante para nosotros, pensaba, y dejamos a esa persona otra vez en el momento oportuno, pensaba. Tropecé con Jeannie Billroth exactamente en el momento oportuno y en el mismo momento oportuno la dejé, pensaba. Lo mismo que he dejado siempre a todos exactamente en el momento oportuno, pensaba ahora. Seguimos el estado espiritual de una persona como Jeannie, su estado sentimental y espiritual, y durante cierto tiempo recibimos en nosotros sólo ese estado espiritual y sentimental, y cuando creemos que hemos recibido ya bastante de él y, por consiguiente, tenemos bastante, rompemos nuestra relación con esa persona, lo mismo que yo rompí entonces, sencillamente, mi relación con Jeannie. Lo chupamos todo de una de esas personas durante años y decimos de repente que ella, esa persona, a la que casi hemos chupado totalmente, nos chupa *a nosotros*. Y tenemos que arreglárnoslas con esa bajeza entonces, durante toda la vida, pensaba ahora. Y cuando me separé de Jeannie, *me pasé*, por decirlo así, *con banderas desplegadas a los Auersberger* y realmente a Joana, rompí con Jeannie, a la que entonces se lo debía casi todo, la dejé sencillamente plantada por los Auersberger y por Joana, primero dos o tres años por los Auersberger, que me fascinaron en seguida, y luego por Joana, porque el hecho es que, en el momento en que dejé también plantados a los Auersberger, me escapé por así decirlo de ellos, me precipité entero y verdadero, como tengo que decir, sobre Joana, es decir, después de renunciar primero interior y luego exteriormente también a la Gentsgasse y Maria Zaal, en la Sebastiansplatz, después de haber conocido en casa de Jeannie y por Jeannie la literatura del siglo xx, como tengo que decir, y haber podido ampliar luego esos conocimientos gracias a los Auersberger, de la forma más increíble, es decir, gracias a Jeannie y los Auersberger la llamada arte poética y, sobre todo, el arte poético del siglo xx, no tuvo de repente secretos para mí, me precipité sobre las llamadas *artes plásticas*, orienté todo mi interés hacia las llamadas artes plásticas y hacia el *arte del actor*, y como es natural, porque al fin y al cabo sólo estaba en él en su verdadero elemento, hacia el *arte del movimiento*, hacia la *danza*, hacia la *coreografía*, pensaba ahora. En retrospectiva, tomé, pues, un *desarrollo ideal* para mí, pensaba ahora, sentado frente a Jeannie, y pensé que me había seleccionado ese desarrollo, es decir, no que había seguido ese desarrollo, absolutamente ideal, sino que yo mismo me había seleccionado ese desarrollo artístico ideal, ese desarrollo artístico ideal para mí, como ahora pensaba. Y me complacía ese pensamiento, sobre todo a causa de ese concepto, de repente para mí totalmente corriente, del *desarrollo artístico*, pienso. Al fin y al cabo, mi desarrollo no hubiera podido ser más ideal, más consecuente, pensaba ahora, es decir, primero tropezar con la escritora Jeannie Billroth, luego con los Auersberger y

finalmente con Joana, y con Jeannie, al mismo tiempo, con su *químico Ernstl* y con Joana y su tapicero Fritz; no hubiera podido tomar un camino más afortunado como camino ideal, pensaba ahora. Y, sin embargo, odiaba ahora a Jeannie que, sentada delante de mí, me odiaba también. Me odiaba con un odio que naturalmente habría que analizar con exactitud, según pensaba, pero no tenía ningunas ganas de analizarlo, según pensaba, pero que Jeannie posiblemente había analizado hacía tiempo por sí misma. Y una persona así escribe en definitiva una prosa sentimental sin valor y una poesía igualmente sentimental sin valor y ha caído en definitiva totalmente en el vertedero común de la pequeña burguesía, pensaba. Adoramos a una persona y la adoramos durante años, hasta que de pronto la odiamos, y al principio del todo no sabemos en absoluto *por qué*, pensaba. Y consideramos nada más como algo bajo e insoportable que esa persona, a la que durante tanto tiempo hemos venerado si es que no verdaderamente amado y que, por decirlo así, nos ha abierto los ojos y los oídos a todo y también al mundo entero, y sobre todo al mundo artístico, haya hecho en definitiva un arte propio tan miserable, haya practicado por sí misma un horrible diletantismo, mientras que, ininterrumpidamente, hablaba sólo de *las más altas* y de *altísimas aspiraciones* y nos orientaba y enseñaba durante tantos años esas aspiraciones más altas y altísimas. Sencillamente no lo comprendemos, que una persona así, en definitiva, sólo haya hecho por sí misma lo más fútil y, por consiguiente, lo más repelente, pensaba ahora, y no la perdonamos, porque con ello nos ha embaucado y engañado realmente y sólo nos ha fingido esas llamadas altísimas aspiraciones. Con su propio diletantismo, Jeannie te embaucó y engañó, me decía, mientras contemplaba cómo ella ahora, llena de aversión y de odio, soportaba lo que seguía contando el actor del Burg, recostada en su silla lo mismo que los demás, esperando probablemente, según pensé, que la Auersberger levantara aquella reunión ya envarada y rígida en torno a la mesa, y los invitara a volver a la sala de música. Nada me resulta más repulsivo que oír a los vieneses contar sus anécdotas, y ahora tengo que soportar aún esta perversidad, pensaba. De repente el comedor auersbergeriano me pareció una capilla ardiente, probablemente también, sobre todo, porque la Auersberger había apagado entre tanto totalmente la luz eléctrica y ahora sólo los candelabros Imperio, con sus velas de cera auténtica, iluminaban el comedor. Ahora, de todo el decorado del comedor no se veían más que los contornos, y no hasta qué punto era en realidad perversamente hermoso, demasiado hermoso, como siempre había pensado, es decir, nada más que su penumbra tristemente teatral, que armonizaba con toda aquella concurrencia, que ahora realmente esperaba sólo, tensamente, la señal de la Auersberger, para huir hacia las butacas más cómodas de la sala de música, y estaba ya más o menos prostrada, según pensé, por un ambiente de duelo causado sobre todo por la muerte de Joana, pero también por la hora tardía. Realmente, ni siquiera el actor del Burg tenía ahora ganas de decir nada. Se aflojó la corbata, soltándose el botón superior de la camisa y murmurando algo sobre aire fresco, y entonces la Auersberger se puso inmediatamente en pie de un salto para

abrir una ventana. Abrió la ventana del lado del patio, porque esperaba que por ella entrara un aire más fresco que por el lado de la calle y fue a la sala de música y volvió de ella al comedor, sentándose otra vez a la mesa del comedor. Había creído a Joana capaz de todo, salvo de matarse, dijo la Auersberger, después de haberse sentado otra vez a la mesa del comedor. El actor del Burg volvió a hablar entonces de su compañero que se había ido a Múnich, el cual *había sido desde el principio un hombre desgraciado*, según dijo él, todos esos suicidas, dijo el actor del Burg, eran siempre, ya desde el principio, hombres desgraciados, unas veces más desgraciados y otras menos, pero siempre desgraciados, y finalmente se matan, en verdad no era una sorpresa en ningún caso, dijo. La idea de que Joana enseñara a andar a los actores del Burgtheater por instigación de la administración de los teatros federales la había considerado entonces demencial. Los funcionarios de la administración de los teatros federales tienen siempre esas ideas demenciales, dijo, quieren ayudar a personas como Joana, dijo, pero sólo tienen para ello una idea demencial. Los actores del Burg sabían andar, sabían también estar de pie y sentarse y echarse, dijo, recordaba muy bien la observación de un *criticastro* vienés, así lo expresó, que ese *criticastro* publicó en *Die Presse*, en la que se decía que los actores del Burg *no sabían andar ni hablar, o por lo menos no andar y hablar al mismo tiempo*. Cuando un crítico escribe semejante absurdo, dijo el actor del Burg, la administración de los teatros federales lo recoge inmediatamente y contrata a alguien que enseñe a andar y a hablar a los actores del Burg, dijo, al fin y al cabo, en un tiempo contrataron también un *experto en habla* para que los actores del Burg aprendieran a hablar, disparatado, según el actor del Burg. Pero si eso ayudó a nuestra querida difunta, dijo el actor del Burg, tuvo sentido después de todo. Mientras el actor del Burg decía eso, recordé qué abyectamente se había comportado Jeannie después del entierro en Kilb; cómo, en efecto, después de haber terminado el entierro se había dirigido a la tendera de ultramarinos y le había puesto en la mano un billete de cien chelines por la llamada telefónica que la tendera de ultramarinos le había hecho a ella, Jeannie, para comunicarle a ella, Jeannie, la muerte de Joana. A menos de diez pasos de la tumba abierta, Jeannie le puso en la mano a la tendera de ultramarinos el billete de cien chelines, pensaba, le puso en la mano, con el peor gusto, el billete de cien chelines *de tal modo* que la tendera de ultramarinos tuvo que sentirse ofendida, y efectivamente se ofendió por la repulsiva forma de actuar de Jeannie, porque a una persona como la tendera de ultramarinos no se le ocurriría nunca reclamar dinero por una llamada telefónica en la que, por decirlo así, comunicaba la muerte de una amiga suya a otra amiga de la muerta y nada más. Pero faltas de gusto como ésa se las permitía siempre Jeannie, pensaba yo, sigue siendo la misma. Por si fuera poco, Jeannie, después de haber ido yo con la tendera de ultramarinos a *La mano de hierro* tras el entierro, para hablar otra vez de Joana con la tendera de ultramarinos, apareció allí y tuvo la desfachatez de mendigar entre los asistentes al entierro que estaban en *La mano de hierro* para el pobre John, que ahora *se había quedado solo y tenía que pagar todo lo*

relacionado con el entierro de Joana y no tenía un céntimo en el bolsillo, pero tenía que responder de todo lo relativo al entierro de Joana; ella misma, la primera y *por de pronto*, según dijo, dio quinientos chelines. Jeannie se ha hecho pasar siempre por buena samaritana, pensaba yo ahora, y con ello se me hacía repulsiva, porque no era un auténtico espíritu de buen samaritano lo que la guiaba, sino siempre, únicamente, un tipo repulsivo de puesta en escena que jugaba con lo social y que ella practicaba. Tenía la cualidad de querer dejar a todos en mal lugar, durante toda su vida un carácter variable y malo y además no reparaba en medios, y así ocurrió también en Kilb después del entierro de Joana. No se había *recatado*, como puede decirse, de coger una caja de puros vacía y poner en ella otra vez su propio billete de quinientos chelines e ir con ella de un asistente al funeral a otro para recolectar y, por consiguiente, recaudar, con una expresión en el rostro que hubiera merecido bofetadas, pero no dinero, para John, quizá realmente pobre. Fue de uno a otro de los asistentes al funeral, sosteniendo la caja de puros y prestando mucha atención a la suma que su víctima estaba dispuesta a depositar y depositaba en definitiva. Todos consideraron de mal gusto esa actuación de Jeannie y, curiosamente, fue precisamente entre todos Auersberger quien lo expresó, pensaba ahora, porque de repente le dijo a Jeannie a la cara, *qué falta de gusto, qué falta de gusto, qué falta de gusto la tuya*. Realmente, Auersberger lo repitió dos veces, es decir, dijo tres veces ese *qué falta de gusto*, echándole un billete de mil chelines en la caja de puros. Al final había una suma de varios miles de chelines y ciento veinte libras más en la caja de puros, y Jeannie se acercó a la mesa en que estábamos John y la tendera de ultramarinos y yo, y volcó la caja de puros sobre la mesa delante de John, haciendo como si se tratase de su dinero, es decir, de su trabajo; fue al fin y al cabo, realmente, *su trabajo de mal gusto*, pensaba ahora, pero su dinero en absoluto, su mal gusto, pero no su dinero, me dije entonces, pero me contuve para no decirle a la cara la palabra que tenía ya en la punta de la lengua, la oportuna palabra de *repulsivo*. La Virginia Woolf de Viena, pensé entonces, que se ha aprovechado de John para ponerse otra vez en la escena social y que con ello ha precipitado a ese John en una de las mayores confusiones de su vida; John hubiera preferido entonces, como recuerdo muy bien, meterse bajo la mesa en *La mano de hierro*, pero no podía hacerlo. Personas como Jeannie Billroth, que, sin embargo, han tenido al menos alguna vez una gran comprensión del arte, carecen totalmente de instinto, en lo que a la vida real se refiere, y, por consiguiente, al trato real con personas. Y hay mucho de verdad en el hecho de que Jeannie, en el curso de dos decenios, se convirtió de una artista quizá originalmente hasta dotada, incluso absolutamente llena de talento, en una hipócrita social sin escrúpulos y pequeñoburguesa de la peor especie, pensaba ahora. Sin embargo, esa hipocresía social estuvo ya siempre en ella, pensaba, sólo que entonces hace treinta o incluso sólo veinte años, toda la repulsividad de ese concepto en ella no me había llamado la atención de una forma tan deprimente como hoy, pensaba, en aquella época no me habían llamado la atención siquiera sus debilidades y, por consiguiente, sus aspectos

desagradables en general. Durante mucho tiempo sólo vemos un aspecto de una persona, porque no queremos ver otro en absoluto, por instinto de conservación, pensaba, hasta que de repente vemos todos los aspectos de esa persona y nos repelen, pensaba. Estuve más de dos horas en *La mano de hierro*, y luego me despedí, después de que, poco antes, Jeannie se hubiera vuelto a Viena en el coche de los Auersberger. Otra vez veía ahora aquella triunfante corona de abeto que llevaba prendida una cinta de reflejos plateados con la inscripción *De Jeannie*, que el sacristán había colocado de tal forma sobre el montón de flores, junto a la tumba abierta, que todos se encontraban sólo con ese nombre de *Jeannie*; no es que crea que Jeannie hubiera hecho que el sacristán colocase su corona de la forma más llamativa, eso realmente no lo creo, pero, sin embargo, el hecho de que precisamente la corona de *Jeannie* con su *De Jeannie* hubiera sido colocada por el sacristán de la forma más llamativa lo consideré característico de toda la actuación de Jeannie en Kilb. Fue ella también la única que rezó en alta voz con los del lugar, lo que consideré también casi insoportable, teniendo en cuenta que Jeannie no es en absoluto católica y que, al menos conmigo, siempre ha adoptado una actitud denigrante hacia la religión cristiana. Fingió ser piadosa, y eso fue lo repelente ante todo en la ceremonia, ningún otro fingió ser piadoso de la misma forma repulsiva que ella, pensaba. En general, se comportó en Kilb como si *hubiera sido la mejor amiga de Joana*, mientras que, como me consta, dejó en la estacada a Joana en realidad ya diez años antes de su muerte, y se apartó de Joana precisamente en el momento en que su Fritz, el artista de lujo de la Sebastiansplatz, la dejó. En el momento en que en la Sebastiansplatz, por decirlo así, las cosas se oscurecieron, no hubo ya fiestas, ni se podía sacar ya nada de la Sebastiansplatz. Fingió ser la más íntima de las amigas, cuando en el fondo hacía ya unos diez años que había desertado de Joana. Ahora había hecho prender de su corona aquella perversa cinta *De Jeannie* y creía poder borrar con ello ese decenio de infidelidad, pensaba, y pensaba me odia porque, en contra de su voluntad, me he convertido en definitiva en escritor, da igual en qué escritor, pero escritor y, por tanto, en competidor y no en actor o director o dramaturgo, como ella hubiera querido y fue la razón por la que, probablemente, me presentó un día originalmente a Joana, pensaba; quiso impedir por todos los medios que me convirtiera en escritor, pensaba, ahora yo me había convertido en escritor y me odiaba por ello. A sus ojos, yo había cometido un crimen capital al convertirme a pesar de todo en escritor, a pesar de todo, a pesar de todo, a pesar de todo, una y otra vez tengo que decir, a pesar de todo, cuando ella, una y otra vez, había querido impedirlo, pensaba. Y pensaba con qué odio me ha perseguido en los últimos veinte años en su *Literatur in der Zeit*, ha hundido en su *Literatur in der Zeit* todo lo que he publicado, o por lo menos ha tratado siempre de hundirlo. Y cuando no ha tratado de hundir por sí misma mis obras en su *Literatur in der Zeit* con artículos infames, con reseñas calumniosas, no ha vacilado en utilizar a otros contra mí, escritores que se buscaban el pan y dependían de ella, pensaba ahora. Pero mi irritación era ridícula y, al irritarme por semejante

absurdo, me hacía realmente ridículo a mis propios ojos, y me dije varias veces, pero de forma que sólo yo podía oírlo, *te pones en ridículo, te pones en ridículo ante ti mismo, te has puesto en ridículo ante ti mismo. Qué ser más repulsivo eres*, me decía y al mismo tiempo me lo decía para mí, de forma que nadie podía oírlo, y una vez y otra con una irritación cada vez mayor. Fuiste tú quien traicionó a Jeannie, *no ella a ti*, me dije varias veces y repetí eso que me había dicho una y otra vez, hasta que estuve completamente agotado. Eran ya las dos y media de la madrugada y la gente seguía sentada en el comedor. Y el actor del Burg hablaba y todos los demás escuchaban y, en verdad, durante toda esa *cena artística*, en el fondo sólo habló el actor del Burg, porque los demás estaban demasiado cansados para hablar siquiera y sólo Jeannie Billroth había dicho algo de cuando en cuando, algo en mi opinión siempre inexacto, torpe, pero también varias veces una bajeza, una abyección, como también Auersberger y la Auersberger, pero de los otros, al fin y al cabo habían venido otros siete u ocho o diez o doce más a aquella *cena artística*, nadie dijo nada en todo el tiempo, durante mucho tiempo no supe en absoluto cuántos habían venido siquiera ni si los conocía a todos, naturalmente los conocía a todos, pero no me ocupé de ellos, durante todo el tiempo fueron comparsas, pensaba. La mayoría de las personas no nos interesan realmente, pensaba todo el tiempo, casi ninguno de los que nos encontramos nos interesa, no tienen nada que ofrecernos más que su miseria masiva y su tontería masiva y por ello nos aburren siempre y en todas partes y, como es natural, no sentimos por ellas el menor interés. Totalmente por sí mismas, se han hecho para nosotros sin sentido y sin interés, pensaba, a millares, a decenas de millares, a millones, si miramos hacia atrás en la Historia. Qué insulsa y simplemente crispante puede ser una celebridad como el actor del Burg, pensaba ahora, cuando vi de repente bostezar al actor del Burg y luego vi bostezar también a la Auersberger y luego también a Auersberger y probablemente todos bostezaron de repente, salvo Jeannie y salvo yo, que, frente a frente, no nos quitábamos los ojos de encima. La Virginia Woolf de Viena, que en fin de cuentas sólo ha sido la mujer de su Ernstl y, por consiguiente, la mujer del químico, ya vieja a sus sesenta años como otras lo son a los setenta o incluso a los ochenta. Recordé *El desierto de la juventud* y las insensateces que ella había escrito en *El desierto de la juventud* creyendo que se trataba de literatura mundial, cuando se trataba sólo de su cursilería pequeñoburguesa. Te odia, me decía, y tú la desprecias, ésa es la verdad. Pero no te odia sólo porque entonces, hace más de veinte años, incluso veinticinco años, la dejaste y porque eres escritor, sino porque eres diez años más joven que ella, eso no lo perdonan esas mujeres, que sean diez años mayores, pensaba. Que la dejara plantada con su Ernstl en su piso del distrito III y me fuera con Joana, de la escritora diez años mayor a la artista del movimiento sólo seis años mayor, que tenía, en lugar de su Ernstl, un Fritz. Pero por lo menos Jeannie tiene todavía a su Ernstl, mientras que Joana, ya diez años antes de su muerte, no tenía ya a su Fritz, pensaba. Ahora me odia con un odio mucho mayor aún que hace veinticinco o hace veinte años, pensaba.

Te odia de una forma sin igual, me decía. No, no, si los Auersberger me hubieran dicho que habían invitado también a Jeannie a su *cena artística*, no hubiera venido a la Gentzgasse, pensaba. Siempre cometo el error de no preguntar a los que invitan a qué comensales han invitado además de a mí, pensaba. Si me hubieran dicho: hemos invitado también a Jeannie Billroth, no hubiera venido de ningún modo a la Gentzgasse; así he venido dos veces a la Gentzgasse, pensé, así tres, así cuatro, mil veces, según pensaba. Hubiera tenido que saberlo, que a una *cena artística* así en la Gentzgasse, y por añadidura el día del entierro de Joana, lógicamente vendría también Jeannie, pensaba, y de forma igualmente lógica sin su Ernstl, al que al fin y al cabo nunca lleva a casa de artistas, pensaba. Y que tampoco tenía ningún interés por los artistas ni por todo lo relacionado con ellos; y tampoco ha tenido nunca el menor interés por lo que le interesaba a Jeannie, como tengo que decir, por nada de lo que le interesaba a Jeannie ha tenido su Ernstl nunca interés, sólo se interesaba por su química y por Jeannie misma, por nada más, realmente de forma exclusiva por su química y por la cama compartida con Jeannie. Y yo pensaba que, precisamente en un día como el de hoy, no hubiera debido exponerme a Jeannie, porque ella tiene ahora en mí un efecto no sólo destructor, sino aniquilador incluso, y lo ha comprendido también en seguida y no me ha dejado ya en paz; ya no tenía posibilidad de escaparme de ella, hubiera podido largarme, pero para eso era ya esa noche demasiado débil y por otra parte pensaba que también sobreviviría a esa noche en la Gentzgasse, como había sobrevivido ya a muchos cientos de esas noches, es decir, de esas noches de sociedad, a esas, por decirlo así, insoportables noches de la Gentzgasse. En definitiva, he sobrevivido hasta ahora a todas las reuniones de sociedad, pensaba. El actor del Burg se había sentado en un sillón en la sala de música, como es natural se había sentado en su sillón el primero, y sólo después de él habían tomado asiento los otros en los diversos ángulos de la sala de música. Ah, pensé, cuando realmente otra vez pasé el último del comedor a la sala de música, me arrastré más o menos del comedor a la sala de música, ahora posiblemente la Auersberger cantará todavía una o dos arias, pero, sin embargo, confiaba en que, como entre tanto eran ya las tres, renunciara a su canto, o sea, que no cantara ya ahora lo que Auersberger había abierto antes, *el Cuaderno de Música de Purcell*. Realmente, la Auersberger me ahorró su canto, que al fin y al cabo, como tengo que decir, siempre ha tenido el mayor atractivo, hay que reconocer que la Auersberger ha tenido siempre en verdad una voz especialmente bella, probablemente incluso una voz que, sin más, hubiera podido calificar en cualquier momento de una de las primeras, pensaba, cuando, el último, me senté en un sillón de la sala de música; también la sala de música estaba amueblada al estilo Imperio, todavía igual que hacía treinta años, como puede decirse, llena de objetos preciosos que hoy serían impagables, nada más que muebles heredados que su padre o había hecho llevar de la Estiria a Viena, de su posesión de María Zaal, o había adquirido en Viena en las condiciones más favorables, porque conocía mucho a un anticuario del distrito III,

como me consta, que, por muchas razones, se calificaba sólo de *chamarilero*, aunque en el fondo sólo trataba siempre con objetos preciosos y que estuvo durante años en relación con el padre de la Auersberger en un negocio de intercambio; Auersberger trataba las enfermedades del llamado chamarilero, que por su parte, como contraprestación, le proporcionaba al viejo Auersberger todos los muebles de estilo Francisco José y, en general, todos los muebles de estilo Imperio imaginables, pero también las más hermosas piezas Biedermeier, sin que el viejo Auersberger tuviera que pagar por ellos ni un centavo. En aquella época, hace treinta años, pensaba, yo amaba esta sala de música, siempre la calificué de la más hermosa habitación de estilo Francisco José que había visto nunca. Pero, como queda dicho, estaba, sin embargo, como pensé luego de repente, *demasiado* bella, *demasiado* perfectamente amueblada, y era por ello insoportable. Mirando ahora en ella a mi alrededor, me sentía nada más que repelido por ella, probablemente también porque, entre tanto, es decir, en el curso de los decenios pasados, no daba tanta importancia ya a esas habitaciones amuebladas, como suele decirse, *a la antigua* y, en general, mi anterior y grandísimo entusiasmo por los muebles antiguos se había debilitado hacía tiempo, incluso se había convertido ya casi en aversión y odio hacia ellos. La gente se instala a la antigua, se rodea de muebles de una época pasada hace ya siglos, que no les concierne en absoluto, y sólo por ello es ya falaz, pensé. En realidad, son tan débiles ante su propia época, que tienen que rodearse de los muebles de una época hace tiempo pasada, hace tiempo extinguida y hace tiempo muerta, para poder mantenerse a flote, como puede decirse, pensaba, es decir, en el fondo es siempre expresión de un estado de debilidad totalmente nocivo el que la gente se rodee de muebles de épocas pasadas y no de los de su época, cuya dureza y brutalidad no soportan, pensaba. Se rodean de la blandura de lo extinguido, de lo que resulta imposible que surja cualquier contradicción, pienso. Los Auersberger, a los que siempre se ha atribuido lo que se llama buen gusto, no han tenido nunca en el fondo buen gusto, sólo un buen gusto prestado, lo mismo que, en general, nunca han tenido nada propio, sino siempre sólo algo prestado, ni tampoco tienen una vida propia, en el fondo no tienen una existencia propia, sólo una existencia prestada. Eso es lo repulsivo en los Auersberger, pensé. No son ellos mismos en el fondo el centro de sus reuniones, sino sólo sus muebles y otros objetos preciosos de siglos pasados, no se han expresado siempre a sí mismos en sus mansiones, sino sólo a sus muebles y otros objetos artísticos y a su dinero, pensaba, lo mismo que también, al fin y al cabo, en esa velada y en esa noche no se expresan a sí mismos, sino a su mobiliario y su dinero, pensé. Con ese pensamiento cobré conciencia de toda su miseria. Ellos, los Auersberger, creen siempre que la gente los admira, mientras que la gente que viene a su casa sólo admira en el fondo sus muebles y sus demás objetos artísticos y el orden refinado con que los Auersberger han dispuesto sus muebles y otros objetos artísticos en sus mansiones. Creen que la gente los admira a *ellos*, mientras que sólo admira sus armarios pulidos y aparadores y mesas y sillas y silloncitos y sus incontables óleos de

las paredes y su dinero, pensaba. Lo mismo que, al fin y al cabo, no es un pensamiento descaminado pensar que son su riqueza y su ritmo de vida más o menos desvergonzado que esa riqueza hace posible lo que la gente admira, lo que lleva a toda la gente a admirarlos. No sólo el hábito hace al monje, sino también los muebles y los objetos preciosos de muchos siglos, pensaba. Pero en la penumbra que aquí reina no es desde luego posible ver ni uno de esos objetos preciosos de la sala de música, pensaba, y tampoco hubiera querido verlos, porque con seguridad me hubieran repelido ahora. Lo mismo que esa velada y esa noche me sentí repelido por todo aquel perverso, según me parece ahora otra vez, piso de la Gentsgasse. Esa perfección que por todas partes salta a la vista de forma demasiado llamativa no es tampoco, al fin y al cabo, más que repelente, pensaba, lo mismo que, en general, los pisos en que, como suele decirse, *todo armoniza*, y nada, absolutamente nada, se sale de lo ordenado ni debe salirse nunca de lo ordenado, son pisos repugnantes. Esos pisos nos repelen y nunca nos sentiríamos en casa en ellos, pensaba, a no ser que fuéramos como era yo hace treinta años, cuando por primera vez llegué a este piso, más o menos distraído. Precisamente me había sentado en la sala de música entre el actor y Auersberger. El actor del Burg parecía ahora un general de infantería retirado, y yo pensaba que el estómago lleno paralizaba incluso su locuacidad, porque el actor del Burg se había quedado silencioso de repente, y todo su porte era de repente nada más que militar, pensaba, cuando el actor del Burg estiró las piernas. Esos pliegues tan exactos sólo los tienen unos pantalones de oficial, pensaba, unos pantalones de general, unos pantalones de mariscal de campo. La Auersberger iba con un jarro de cristal lleno de vino blanco de uno a otro, pero todos los presentes estaban de repente tan cansados que apenas mostraban interés por el vino u otras bebidas, sólo el propio Auersberger seguía bebiendo ahora, como puede decirse, de forma ininterrumpida. Que probablemente su ingreso en el llamado establecimiento de desintoxicación de Kalksburg estaba otra vez próximo, pensaba, observándolo de lado, aquellas sienes hundidas de las que colgaban gruesas mejillas acuosas; si su aspecto no hubiera sido tan repelente, lo hubiera encontrado sencillamente grotesco, pero no podía hacerlo, porque en verdad lamentaba muy profundamente el estado de Auersberger. A ese hombre lo quisiste más o menos una vez, pensaba, observándolo de lado, en otro tiempo, como puede decirse, estuviste totalmente cautivado por ese hombre. Ahora ese hombre, hinchado y esponjoso, se sentaba junto a mí, y sólo tenía la posibilidad de atraer la atención mediante balbuceos periódicos. Otra vez lleva esas medias tejidas grotescas, pensaba, esa chaqueta de aldeano abatanada, en definitiva sólo de mal gusto, esa camisa de lino natural con cuello alto y bordados multicolores, más ridícula aún en él que en cualquier otro. La Auersberger, de forma totalmente evidente, padecía por el estado perversamente alienado de su marido, no podía cambiar ese estado, una hora antes había querido ya sacar a Auersberger de la reunión y llevarlo a la cama, pero no lo había conseguido, y otro intento de sacar de su sillón y, por consiguiente, de la sala de música y llevar a la cama a su marido, aquel

Auersberger en definitiva infantil a causa de su embriaguez, fracasó ahora; Auersberger la rechazó con el vaso lleno de vino, lastimándola en un ojo al hacerlo, y derramó además todo el vino por el suelo, y la llamó, como había hecho ya toda la velada, *pavisosa*, lo mismo que hacía treinta años. Esas escenas auersbergerianas me eran familiares, las conocía; aquélla fue al fin y al cabo inofensiva. La mayoría de las veces esas veladas terminaban con Auersberger lanzando su vaso de vino contra una de las paredes auersbergerianas y destrozando además contra una de esas paredes uno de aquellos sillones estilo Imperio, delicados e impagables, que a cada instante estaban con un restaurador del centro de la ciudad, al que los Auersberger daban mucho trabajo de ésa y de otras formas rabiosamente destructoras. De vez en cuando, Auersberger estaba aún en condiciones de decir algo, incluso conseguía pronunciar frases enteras, por ejemplo, la frase *Hay que exterminar a la Humanidad*, con la que ahora atrajo hacia sí varias veces la atención de aquella reunión de la sala de música, frase que repetía una y otra vez, como músico de ritmo exactamente matemático. O la frase *Hay que eliminar a la sociedad* o la frase *Tenemos que matarnos todos mutuamente*. Aquellas frases las conocía demasiado bien para poder encontrarlas todavía originales, pero aquellas veladas tampoco me resultaban ya penosas, como quizá lo eran para otros que nunca le habían oído aún esas frases y no conocían todavía nada de él, como el actor del Burg, que evidentemente no había oído nunca esas frases auersbergerianas antes de aquella velada y al que le resultaron penosas, como pude comprobar. *Pero mi querido Auersberger, ¿qué le ocurre?*, dijo de repente el actor del Burg, *¿por qué se irrita tanto? Al fin y al cabo este mundo es un mundo hermoso y los hombres son hombres buenos. ¿Por qué se irrita tanto y lo denigra todo cuando, en el fondo, todo tiene su lógica y su gran encanto?*, dijo el actor del Burg, y luego: *por qué bebe casi hasta perder el conocimiento*, y sacudió la cabeza y chupó otra vez del puro que la Auersberger le había encendido. Jeannie Billroth se sentaba también en la sala de música frente a mí, no decía nada y observaba la escena entre Auersberger, del que en otro tiempo, hace treinta años, incluso hace veinticinco, había estado enamorada, más aún que de mí, y el actor del Burg, con el que, todavía en el comedor, había querido mantener lo que se llama una *conversación espiritual*, como siempre la ha calificado, la cual no se había producido, sin embargo, porque el actor del Burg, realmente, no había respondido a ninguna de sus preguntas, no le había dado la menor oportunidad de sostener con ella una *conversación espiritual*, el actor del Burg había preferido dedicarse a la lucioperca auténtica, y refugiarse totalmente en sus chistes y anécdotas. Jeannie había querido siempre tener lo que ella llamaba una *conversación espiritual*, y había subrayado también en toda oportunidad que, en el trato humano, sólo le importaba siempre esa *conversación espiritual*, que por ese motivo único y exclusivo iba a reuniones, pero ella misma apenas tuvo nunca una idea exacta, y la mayoría de las veces ni siquiera aproximada de lo que calificaba de *conversación espiritual*. Un actor del Burg, es posible que pensara, resultaba apropiado para una *conversación espiritual así*, pero se había equivocado, el actor del

Burg se había prestado en esa velada a todo, salvo a una de esas llamadas *conversaciones espirituales*, ni siquiera había querido hablar de lo cotidiano, así llamado espiritual, ni siquiera se había dejado llevar a lo que podía calificarse de su oficio. Una y otra vez había intentado Jeannie hacer salir al actor del Burg, como puede decirse, de su reserva, porque no sabía que el actor del Burg no tiene ninguna reserva, no podía tener ninguna reserva, según pensaba, porque, en el caso de ese actor del Burg, se trata en el fondo de uno de los zoquetes contratados y actuantes en el Burgtheater que, con su limitación espiritual y realmente, en conjunto, siempre con su falta de espíritu, pasan los años y envejecen en el Burgtheater. Tampoco en el rostro de *ese* actor del Burg hay nada que, aunque fuera en lo más mínimo, pudiera calificarse de espiritual, me decía, pero Jeannie no lo veía. Pero al fin y al cabo le había faltado bastante el instinto al pretender precisamente de un actor que hablara de teatro, del arte del actor, es decir, sobre el contenido de su vida, lo que a nadie le gusta hacer y, en el fondo, nadie quiere aceptar, es decir, soporta, tomar postura hacia aquello de lo que tiene que existir y vivir y que puede calificarse de su profesión o también, como suele decirse, de su vocación. Ella misma ha rehusado siempre hablar sobre el trabajo del escritor, lo mismo que también yo, porque, como es natural, como escritor, nada odio más que tener que hablar sobre el trabajo de escritor, y la verdad es que siempre he rehusado hablar de él, con lo que he ofendido a mucha gente una y otra vez, pero esa ofensa se la ha merecido toda esa gente con su falta de instinto, pensaba, porque realmente nada me da más asco, pensaba, que hablar sobre el trabajo de escritor, y lo que más asco me da es hablar de mi propio trabajo de escritor, y Jeannie creía poder hablar con el actor del Burg sobre el trabajo del actor del Burg, pensaba yo. Al lado de Jeannie estaba sentada la profesora de instituto Anna Schreker, a la que conozco desde hace tanto tiempo como a los Auersberger y a la que he visto siempre con los Auersberger, siempre sólo en su casa de la Gentsgasse, nunca en Maria Zaal y siempre con su versificante compañero, pensaba, y que ya entonces, hace treinta años, tenía aquella pronunciación repelente y siseante. Siempre se ha dicho y afirmado de la profesora de instituto Anna Schreker que era la Gertrude Stein austríaca o la Marianne Moore austríaca, mientras que, sin embargo, sólo ha sido siempre la Schreker austríaca, una escritora local vienesa megalómana, y ahora pensaba que la profesora de instituto Schreker empezó a escribir también en los años cincuenta y siguió más o menos el mismo camino que Jeannie Billroth, es decir, el camino que va de joven talento a repelente artista oficial, de doncella imitadora que escribe a matrona imitadora que escribe, el camino del mediocre, no del genio, como pienso ahora, es decir, lo mismo que Jeannie de la obsesión por Virginia Woolf a la *pose* de Virginia Woolf, así la Schreker de la obsesión por Marianne Moore y Gertrude Stein a la *pose* de Marianne Moore y Gertrude Stein. Las dos, tanto Jeannie como la Schreker, y su compañero, pasaron muy pronto de sus visiones iniciales e intenciones iniciales y pasiones iniciales literarias al arte abominable que se congracia con el Estado en calidad de literatura, y los tres, de la misma forma

repulsiva, se han mostrado abyectos con los más diversos concejales y ministros y otros, así llamados, funcionarios de cultura y para mí, según pienso, se murieron de repente de la noche a la mañana a principios de los años sesenta, por una falta de carácter por supuesto congénita en ellos y, por decirlo así, se convirtieron de la noche a la mañana exactamente en esos mismos seres repugnantes y repelentes de los que siempre, en relación con los otros, han hablado sólo con el mayor desprecio. Tanto la Schreker como Jeannie, según pienso, con su complacencia hacia el aparato del Estado, que de pronto se me hizo patente, no se traicionaron sólo a sí mismas, sino a la literatura entera, como pensé entonces y como hoy pienso, y eso no se lo perdono y no es fácil saber cuál de las dos con mayor bajeza. Precisamente en la *porquería* de la que las dos me predicaban siempre, en los años cincuenta, que era la mayor y la más nauseabunda, se *arrastraron* francamente de repente, ya a principios de los años sesenta, tanto Jeannie Billroth como Anna Schreker, a su modo oportunista y repelente. A ese Estado, que las dos en los años cincuenta, es decir, cuando yo no tenía aún veinte años, me presentaban siempre como lo que realmente es hasta hoy, como una desgracia fundamental para este pueblo nuestro inconsciente, como tengo que decir, se sometieron ya sin escrúpulos a principios de los años sesenta, se entregaron a él de una forma traidora, pienso. Tanto la Schreker como la Billroth, pienso, se vendieron ya en los primeros años sesenta, como tengo que decir, con alma y vida, a ese Estado horrible y ridículo, y al fin y al cabo también por esa razón, desde ese momento, no quise tener nada que ver, sobre todo con Jeannie. La Schreker no fue nunca para mí más que lo que se llama un fenómeno secundario, pero siempre me pareció, sin embargo, hermana en espíritu y carácter de Jeannie. Si Jeannie había tenido siempre el delirio de Virginia Woolf y, por consiguiente, había padecido una especie de enfermedad de Virginia Woolf vienesa, la Schreker tuvo siempre el delirio de Marianne Moore y el delirio de Gertrude Stein y padeció la enfermedad de Marianne Moore y la enfermedad de Gertrude Stein. Y las dos, tanto Jeannie Billroth como Anna Schreker, convirtieron de repente, a principios de los años sesenta, ese delirio suyo literario y esas enfermedades suyas literarias, que entonces, en los años cincuenta, probablemente eran un delirio totalmente *auténtico* y unas enfermedades totalmente *auténticas*, súbitamente en *pose*, en *pose* literaria con un fin, en *pose* literaria con muchos fines para políticos generosos y, más o menos de la noche a la mañana, mataron sin escrúpulos a la literatura que había en ellas para llevar una existencia de paniaguadas del Estado absolutamente abyecta. Porque tengo que calificar a las dos de astutas paniaguadas del Estado que, en los últimos decenios, no han perdido oportunidad para adular oportunistamente a ese Estado antes vilipendiado por ellas durante tantos años y a su perversa generosidad, y a las que se podía ver en esos quince años por todas partes allí y en todos los rincones y lugares *en donde había algo que sacar*, como se dice aquí, y que no han dejado vacante su asiento en ningún festejo oficial, estatal o municipal; por todas partes donde, en este país, por decirlo así con la mayor infamia y con la más desvergonzada brutalidad, los

políticos que actúan en la cultura han aparecido y aparecen con sacos llenos de dinero estatal, allí están ellas, allí se sitúan. Por eso Jeannie Billroth y Anna Schreker, las dos damas de la literatura y del arte y en general de la cultura de mi juventud, a las que yo, más o menos durante decenios, como suele decirse, se lo había dado *todo*, se han convertido para mí en este tiempo nada menos que en odiosas, pienso. Pero Jeannie, como es natural, más que la Schreker, porque al fin y al cabo con la Schreker nunca tuve un contacto (¡ni un conflicto!) tan estrecho como con Jeannie. Eso se vio ya a principios de los años sesenta, que mis dos grandes escritoras de los primeros años cincuenta, más o menos idolatradas por mí, no fueron nunca otra cosa que dos pequeñas burguesas que sólo escribían su falaz indigencia mental; ahora las dos se sentaban frente a mí nada más que como *las dos* monstruosidades vienesas femeninas de la literatura austriaca, repulsivamente unidas en su hinchada prepotencia literaria. La Marianne Moore y la Gertrude Stein y la Virginia Woolf de Viena están allí, pensaba, y no son más que pequeñas, redomadas y ambiciosas paniaguadas del Estado, que han traicionado a la literatura y al arte en general por unos cuantos premios ridículos y una pensión asegurada, y han hecho causa común con el Estado y con su chusma de funcionarios de cultura y, entre tanto, se han acostumbrado a su cursilería imitativa con la misma infamia con que trepan por las escaleras de los ministerios que conceden subvenciones. Cómo tronaba siempre la Schreker, cómo echaba espuma por la boca, contra el llamado *Senado de las Artes*, y, sin embargo, se ha dejado agraciar por ese mismo *Senado de las Artes*, hace un año, con el llamado *Gran Premio Nacional Austriaco de Literatura*. Resulta ya repugnante tener que ver, pensaba, cómo personas como la Schreker y la Billroth se arrojan precisamente al cuello de ese ex presidente y actual presidente de honor del llamado *Senado de las Artes*, al que durante años han denostado como nocivo y nefasto, sólo porque quieren recibir de ese presidente y presidente de honor del llamado Senado de las Artes el llamado *Gran Premio Nacional Austriaco de Literatura*, y de repente, totalmente sin escrúpulos, hacen causa común precisamente con ese hombre y con las personas de su entorno, el cual y las cuales mueven ese premio y la suma de dinero que lo acompaña. Durante decenios, ese presidente del Senado de las Artes fue sólo para las dos una persona asquerosa, y ahora la Schreker lo abraza de repente en la llamada sala de audiencias del Ministerio de Cultura, con su cheque en la mano, y pronuncia además un insulso discurso de agradecimiento. Noventa años tiene ese ex presidente y actual presidente de honor del Senado de las Artes austríaco y sólo de él sigue dependiendo decidir quién debe ser galardonado en este país con el más alto galardón y quién no; de ese profanador del arte embrutecido, vulgar y archicatólico, que desde hace muchos decenios es en este país el mayor de todos los contaminadores del ambiente cultural, pienso, y la Schreker, por fin con su premio en la mano, le besó además en la mejilla, lo que todavía me da bascas al pensarlo. Y no pasará mucho tiempo sin que la Billroth y luego también el compañero de la Schreker desfilen por la llamada sala de audiencias del Ministerio de Cultura y reciban de las manos de ese

hombre repulsivo el *Gran Premio Nacional Austriaco* y no tengan empacho en besarle en la mejilla y pronunciar un insulso discurso de agradecimiento. Pero no sólo la Schreker (y su compañero) y la Billroth hacen causa común continuamente en este país desde hace decenios, de la forma más abyecta, con todas las personas que administran los llamados dineros del Estado y honores del Estado, sino que más o menos todos los artistas austríacos, en cuanto, como suele decirse, *entran en años*, siguen ese camino, reniegan de todo lo que hasta los veinticinco o los treinta han mantenido y difundido con la mayor decisión y con la mayor potencia, por decirlo así, como la moral más elemental del artista, en todas partes, y confraternizan con los que dan dinero y condecoraciones y pensiones. Todos los artistas austríacos se dejan comprar en definitiva por el Estado y sus abyectas intenciones políticas y se venden a ese Estado sin escrúpulos, vil y abyecto, y la mayoría ya desde el principio. Su condición de artista consiste nada más en hacer causa común con el Estado, ésa es la verdad. La Schreker y su compañero y la Billroth son sólo, al fin y al cabo, tres ejemplos del llamado mundo artístico en general de Austria. Ser artista quiere decir en Austria, para la mayoría, someterse al Estado, cualquiera que sea, y dejarse mantener por él durante toda la vida. La condición del artista austriaco es un camino vil y falaz de oportunismo oficial, pavimentado de becas y premios y alfombrado de condecoraciones y distinciones honoríficas, y que termina en una sepultura de honor en el cementerio central. La Schreker, que no es capaz de desarrollar un pensamiento sencillo y que, desde hace decenios, sólo ha escrito insensateces, pasa por escritora intelectual, lo mismo que la Billroth, que es todavía mucho más tonta, pienso, pensaba; ese hecho no sólo caracteriza nuestra *degenerada vida espiritual austriaca*, sino la vida espiritual en general. Pero en Austria ese estado catastrófico, cuando, al venir de Inglaterra, lo consideramos a vista de pájaro, resulta más catastrófico aún. Lo repugnante ha sido aquí siempre más repugnante, lo insulso siempre más insulso y lo ridículo siempre más ridículo. Pero ¿qué seríamos o dónde estaríamos, pienso, si todo fuera de otro modo? La Schreker y su compañero, lo mismo que Jeannie, que desde hace ya veinte años fingen ante los jóvenes rebeldía, revolución y progreso y que, en realidad, en esos veinte años no han hecho otra cosa con más energía que subir y bajar las escaleras de servicio de los ministerios que dan dinero, fueron siempre parientes espirituales; con su arte para engañar a la juventud y extorsionar a los embrutecidos ministerios siempre me resultaron repugnantes. Ahora Anna Schreker se sienta junto a Jeannie Billroth, pensaba, y yo las observo a las dos como *almas gemelas* realmente degeneradas espiritualmente. Tanto la Schreker como la Billroth, como el compañero de la Schreker, personifican hoy esa especie de literatura verborreica imitativa y falsamente intelectual que siempre he odiado, pero que aman los lectores de las editoriales fanáticos de la moda, siempre deseosos de brillar y atascados en su pubertad científico-literaria, y que los seniles funcionarios del Ministerio de Cultura de la Minoritenplatz subvencionan con empeño. Esa noche, a aquella *cena artística*, la Schreker, como siempre, había venido toda de negro, pensé.

Ahora se sentaba de repente totalmente en segundo plano junto al manco pintor Rehmden, un hombre de la llamada *segunda escuela surrealista* vienesa y naturalmente profesor y titular de cátedra de la Academia de Pintura de la Schillerplatz, *el cincelador de la Naturaleza de finos trazos*. Auersberger, al que yo, con toda seriedad, calificué un día de *Novalis de los sonidos*, como pienso ahora con horror de mi mismo, no era desde hacía tiempo *responsable de sus actos* y de cuando en cuando balbuceaba sólo cosas incomprensibles, después de que, probablemente para llamar por última vez la atención de los reunidos en la sala de música, se había sacado súbitamente de la boca la dentadura de la mandíbula inferior y se la había puesto al actor del Burg ante la cara como un trofeo, haciendo la observación de que la vida era breve, el hombre perecedero y la muerte ya no lejana, lo que hizo que el actor del Burg dijera varias veces las palabras *mal gusto*, mientras que Auersberger volvía a meterse la dentadura en la boca, pero la Auersberger, como es natural, volvió a saltar de su silla con la intención de llevarse a su marido de la sala de música al dormitorio, lo que, sin embargo, tampoco pudo conseguir; Auersberger amenazó ahora a su mujer con matarla, y la apartó de un empujón, de forma que ella tropezó contra el actor del Burg, quien la cogió y la sujetó entre sus brazos. ¡Ay, qué mal gusto!, exclamó el propio Auersberger unas cuantas veces y luego se quedó dormido con su chaqueta aldeana de *loden*. A aquella *cena artística* habían venido también dos jóvenes de dialecto de la Estiria, que probablemente estaban emparentados con Auersberger y, por decirlo así, habían sido arrastrados en el sentido más exacto de la palabra por los Auersberger a aquella *cena artística* en calidad de chicos del campo, así llamados *chicarrones* de la Estiria, para *alimentar* su *cena artística*, como suele decirse, pensé, y que, mientras los estuve observando, no hablaron con nadie, salvo consigo mismos, lo mismo que al fin y al cabo también yo, si es que hablé, lo hice sólo conmigo mismo y sin duda había ido a aquella *cena artística*, pero, sin embargo, no había participado en absoluto durante todo el tiempo que duró aquella *cena artística*, según pienso ahora; es decir, que en el fondo me comporté en esa *cena artística* exactamente igual que los dos jóvenes de la Estiria, así llamados aspirantes a ingeniero, que por lo menos se levantaron de vez en cuando de sus sillas y volvieron a sentarse, por el motivo que fuera, mientras que yo sólo estuve sentado primero en mi sillón de orejas en la antesala y luego en el comedor, realmente todo el tiempo en silencio, si prescindo de que una vez le pregunté al actor del Burg si, como suele decirse, no estaba hasta la coronilla, después de cuatro o cinco decenios, de interpretar en el Burgtheater sólo papeles clásicos, Goethe o Shakespeare y Grillparzer, es decir, *dos veces al año Goethe o Shakespeare y cada tres años un Grillparzer* y sólo cada cinco o seis años un papel como el Ekdal de *El pato salvaje*, o incluso un papel en una de aquellas estúpidas comedias de sociedad como la que precisamente ensayaba el Burgtheater, a lo que, sin embargo, no recibí ninguna respuesta del actor del Burg, y si prescindo de que le dije otra vez a Auersberger, aunque de forma totalmente superflua, que había echado a perder su vida y, por una

mujer rica y una vida cómoda, había arrastrado por el barro su genio aniquilándose con ello a sí mismo y convirtiendo el alcoholismo, por decirlo así, en el verdadero sentido de su vida, y cambiando una desgracia, es decir, la desgracia de su juventud, por otra, la desgracia de su edad madura, la torpeza de la juventud por el alcoholismo de la edad madura, y en definitiva el genio musical por la repulsividad social, la libertad del espíritu por la cárcel de la riqueza, y de que varias veces le dije que su chaqueta aldeana de *loden* me resultaba repugnante, lo mismo que su camisa aldeana de linoy que, en general, todo en él me resultaba repugnante. Era verdad que yo había ido a aquella *cena artística* de la Gentsgasse, pero durante todo el tiempo, como los dos chicos del campo de la Estiria, no había participado en absoluto, era verdad que había observado aquella *cena artística* de la Gentsgasse, pero realmente no había participado en ella, pienso. En segundo plano se sentaban también algunas personas que no había podido reconocer ni siquiera en el comedor, que, sin embargo, estaba mucho mejor iluminado que ahora la sala de música; y los dos jóvenes escritores, que sólo se habían hecho notar una y otra vez con unas carcajadas estrepitosas que para mí no tenían el menor sentido. Aquellas carcajadas me habían atacado ya los nervios todo el tiempo, antes de que el actor del Burg apareciera en la Gentsgasse, porque se trataba de una risa totalmente vacía y al mismo tiempo estúpida, como podemos oír hoy a menudo cuando estamos con jóvenes: vacía, tonta y estúpida. Tampoco habían tenido que decir más o menos nada los dos jóvenes escritores, pensaba ahora; empezaron a beber desde el principio, se comieron todo lo que les pusieron delante y, aunque probablemente habían sido invitados por Auersberger, según pienso, a aquella *cena artística*, por decirlo así, como *la juventud intelectual artística a su mesa*, lo mismo que los chicos del campo de la Estiria en relación con la técnica, no habían participado en absoluto en todo el tiempo. Pero después de todo qué tienen que decir unos jóvenes escritores, pensaba, que se figuran que lo saben todo y que, sin embargo, sólo son capaces de encontrarlo todo ridículo, sin poder fundamentar *por qué* es ridículo. A eso llegarán sólo mucho más tarde, pensaba; al principio lo encuentran todo ridículo, sin saber por qué, son así, y sólo luego saben por qué, pero no lo dicen ya, porque no tienen ya ningún motivo para ello. Y los dos se han reído con la risa tonta y vacía y estúpida totalmente característica de esa juventud de nuestros perversos y estúpidos y peligrosos años ochenta, pensé. Se ríen a carcajadas y lo encuentran todo ridículo y aún no han publicado un solo libro, pensaba, como tú hace treinta años. No tienen más que su risa y nada más, y se contentan con esa risa. Sólo tienen esa risa y toda la catástrofe de la vida todavía por delante, pensaba. Sólo tienen esa risa y ni siquiera un motivo para ella. Y recordé que, exactamente igual que aquellos dos jóvenes escritores, estuve en reuniones como aquélla, calificadas de *cenar artísticas*, y siempre me limitaba a reírme y a encontrarlo todo ridículo. Y no daba ningún motivo para mi risa. Y no participaba para nada en aquellas reuniones, sólo bebía y comía y, precisamente, me reía. Los dos me resultaban tan poco interesantes como yo era poco interesante entonces, y no había establecido ningún

contacto con ellos, lo mismo que nadie había establecido contacto conmigo entonces, me decía. No aprendemos nada que nos interese realmente cuando hablamos con esos jóvenes de nuestros años ochenta, hablamos y hablamos y hablamos y no comprenden lo que hablamos, y ellos hablan y hablan y hablan y no comprendemos nada, no queremos comprender nada, me dije. Hablar con jóvenes no conduce a nada, pensé, quien sostiene lo contrario es un hipócrita, porque los jóvenes no dicen nada a las personas bastante viejas y viejas, ésa es la verdad; es absolutamente carente de interés lo que los jóvenes les dicen a los viejos, absolutamente, pensé, y decir lo contrario es la mayor de las hipocresías. Siempre ha sido moderno decir que los viejos deben hablar con los jóvenes, porque los jóvenes tenían muchas cosas que decir a los viejos, pero en realidad ocurre lo contrario: los jóvenes no tienen absolutamente nada que decir a los viejos. Lógicamente, los viejos tendrían algo que decir a los jóvenes, pero la verdad es que los jóvenes no comprenden lo que los viejos les dicen, porque no pueden comprenderlo en absoluto, y por eso tampoco quieren comprenderlo en absoluto. Auersberger ha tenido siempre jóvenes escritores a su alrededor y en su cama, yo fui el primero al que invitó a Maria Zaal, pensé ahora. Uno de los primeros que cayó en su trampa, me dije. Uno de los primeros que hizo de bufón para él. Dije otra vez para mí las palabras *recomponedor de matrimonios* y, contemplando a los dos jóvenes escritores y los dos jóvenes aspirantes a ingenieros, *dobles recomponedores de matrimonios*. No tenían que ser sólo hombres jóvenes los que Auersberger atraía hacia sí y hacia su cama, pensé, sino siempre *sólo jóvenes escritores*; nunca un joven pintor, nunca un joven escultor invitó Auersberger a Maria Zaal y a su cama, siempre sólo a algún joven escritor. Lo invitaba a Maria Zaal y a su cama para devorarlo, pensé ahora, le pagaba el billete hasta Maria Zaal, desde donde fuera y lo recogía en la estación y lo llevaba a su habitación preparada, y trataba de devorarlo ya el primer día. Ese pensamiento, que durante años, incluso durante decenios, había sido penosamente repelente para mí, no lo era ya de repente. *Auersberger, el lujurioso devorador de escritores*, pensé ahora, y hubiera podido reírme en ese instante de esa creación verbal mía, si no hubiera estado demasiado cansado para ello. *Auersberger y los jóvenes escritores*, pensaba, con eso tendría tema para un artículo breve o también largo, *que daría de sí*, como suele decirse. Interpretaré el Ekdal sin duda hasta unas cincuenta veces, dijo de repente el actor del Burg; se había recostado totalmente en su sillón y había cerrado los ojos. Si por lo menos hubiera conseguido un Gregers mejor. Hubiera tenido que interpretar el Gregers yo mismo, pero al fin y al cabo ¡es absurdo pensar en interpretar el Ekdal y al mismo tiempo el Gregers también! ¡Al fin y al cabo es absurdo! ¡Absurdo es!, dijo el actor del Burg. Entre tanto, la Auersberger había puesto un disco con el Bolero, precisamente la pieza musical que a Joana le gustaba más. La Auersberger ha querido recordar otra vez a Joana con el Bolero y ha puesto intencionadamente el Bolero en el tocadiscos, me dije. Y realmente, inducido por los primeros compases del Bolero, pensé otra vez en Joana, sobre todo en su entierro. Al principio había considerado el

hecho de que la Auersberger hubiera puesto precisamente ahora el Bolero como de mal gusto, posiblemente no lo era, sino una idea suya, aunque retorcida, buena, para transformar, en definitiva, aquel banquete más o menos horrible en calidad de *cena artística*, al final, en una conmemoración de Joana. Mientras que, antes de haber puesto la Auersberger el Bolero, estaba ya a punto de levantarme e irme, ahora me había quedado sentado incluso a gusto, de repente en un hermoso estado de indiferencia, dejando que desfilaran ante mí el entierro en Kilb, la estancia en *La mano de hierro*, el rostro de la tendera de ultramarinos, el rostro de John todavía claramente ante mis ojos, Kilb, aquella hermosa y tranquila aldea de la Baja Austria. Mi *excitación* permanente durante toda aquella horrible velada y aquella horrible noche en la Gentsgasse había sido sustituida de repente por una *tranquilización*. A mí mismo me había gustado siempre escuchar el Bolero, y Joana lo ponía siempre en su llamado Estudio de movimiento, cuando trabajaba con sus alumnos de más talento; en el fondo, el Bolero era la música por la que orientaba todo su arte del movimiento y enseñanza del movimiento, pensaba, oyendo el Bolero con los ojos cerrados. Qué hermoso es sentirse sentimental de vez en cuando, pensé, y no tuve la menor dificultad para ver ahora a Joana, la artista del movimiento, que tuvo todas las posibilidades de ser feliz y que al final sólo fue infeliz. Oía su voz y me alegraban sus frases, su risa, su *receptividad para todo lo hermoso*, porque Joana tenía ese don como ninguna otra persona que yo haya conocido, el de ver siempre lo hermoso al lado de la fealdad horrible, destructora y aniquiladora, durante toda la vida, es decir, un don que muy pocas personas poseen. Pero tampoco ese don le sirvió de nada, pensaba. Se fue a Viena y se dejó devorar por Viena, y corrió de Viena a casa para ahorcarse, pensaba, y también en la circunstancia de que la vecina, que durante su ausencia vigilaba la casa, la vio ya poco antes de las seis de la mañana colgando del lazo anudado y atado por Joana con sus propias manos; la tendera de ultramarinos no pudo dominarse en *La mano de hierro* y dijo que la vecina había visto al principio los pies de Joana *columpiándose* sobre la escalera del vestíbulo, y sólo luego, al acercarse más, las piernas, y luego todo su pesado cuerpo, colgando de la cuerda y totalmente hinchado por un alcoholismo de años, que al abrir la puerta del vestíbulo la vecina se había puesto en movimiento, *grotesco*, y al mismo tiempo *horrible* de ver, según la tendera de ultramarinos. No con gritos, no, sino *muy tranquilamente* se fue la vecina inmediatamente a la tendera de ultramarinos, como la mejor amiga de Joana, según la vecina, para comunicarle su descubrimiento. Todavía no se había hecho de día. Y ya a las siete me llamó la tendera de ultramarinos a Viena, no el primero, pero de todas formas transcurrida menos de una hora desde el descubrimiento de la suicida. El Bolero me trajo lentamente todas las etapas imaginables de la existencia de Joana, una y otra vez la veía alternativamente en la Sebastiansplatz, en Kilb, en Maria Zaal, en donde ella había sido también huésped muy a menudo. Llevaba con predilección aquellos trajes diseñados por ella misma, pensaba, antiguos brazaletes egipcios y pendientes persas, lo mismo que, en general,

tenía una relación muy fuerte y muy femenina con la antigua cultura africana y la antigua cultura asiática, y además había leído al respecto todos los libros y artículos imaginables; y se envolvía siempre en pañuelos de seda indios y los collares de su cuello eran afganos, chinos o turcos. Nadie más que ella ha hablado tanto de sus sueños ni intentado *investigar* esos sueños, seguirles la pista, me pasé noches enteras con ella investigando esos sueños; los sueños de los demás la interesaban siempre y, por decirlo así, los estudiaba, había convertido la investigación de los sueños en su segundo arte, pensaba. Muy a menudo dijo sobre sí misma que no era más que una *sonámbula*, su existencia una existencia *sonámbula*. Y que siempre se había rodeado sobre todo de jóvenes, pensaba, *sobre todo de los muy jóvenes, que todavía son sonámbulos*, como ella misma los calificaba, *que todavía no han sido estropeados y arruinados por la cultura y la educación*. Como es natural, tenía una relación fantástica con los cuentos de hadas y a ella misma le gustaba leer sobre todo cuentos de hadas, e incluso leerlos *en alta voz*, y también, llegado el caso, leerlos públicamente. Los sueños y los cuentos de hadas eran el verdadero sentido de su vida, pensaba yo ahora. Y por eso se mató, pensaba, porque un ser humano que ha hecho sólo de sueños y cuentos de hadas el contenido de su vida no puede sobrevivir en este mundo, pensaba. Ella misma era un personaje de cuento, pensaba, y probablemente ella misma creyó, durante toda su vida, que era un personaje de cuento, Elfriede Slukal, que llamó *Joana* a su cuento de hadas, pensé. El Bolero fue siempre su pieza musical, tengo que decir, su centro existencial. No deberíamos temer dejarnos dominar de cuando en cuando por el sentimentalismo, pensaba, y me dejé dominar por el Bolero, me dejé llevar y, por consiguiente, dejé ir mis sentimientos por Joana totalmente con ese Bolero, hasta el momento en que Jeannie Billroth le preguntó al actor del Burg, que se sentaba a mi lado, pero frente a Jeannie, qué pensaba de que *hubiera un nuevo director del Burgtheater en la Casa del Ring*, de que pronto fuera a soplar un viento nuevo y, como creía ahora la gente, fresco, en el Burgtheater que se llevaría del Burgtheater todo lo horrible, rancio, muerto hacía tiempo, es decir, todo lo que se había convertido con los años en repulsivo y repelente y sencillamente horrible, fuera del Burgtheater. De que se instalara en el Burgtheater *uno de los mejores hombres de teatro, un genio alemán, un genio del teatro alemán de primera, de primerísima categoría*, como lo expresó Jeannie, *un obsesionado por el teatro de primera clase*, como dijo o, mejor, como citó, porque al fin y al cabo sólo citaba, no decía por sí misma lo que era aquel hombre nuevo de Alemania, sólo citaba lo que había leído, oído, sobre ese hombre nuevo, al que no conocía, y de lo que, por consiguiente, no podía estar convencida, y que para ella, como dijo, era lo que se llama una página en blanco; *una fiera de teatro*, habían escrito los periódicos, *un hombre de teatro fundamental, como no había conocido el Burgtheater desde hacía cien años*, se instalaba en el Burgtheater, si podía citar lo que escribían los periódicos. Con esa pregunta súbita la Billroth había sobresaltado súbitamente al actor del Burg, que estaba dando una corta cabezada. *Bueno, ¿qué dice usted de ese hombre nuevo*

que entrará en su Casa, insistió Jeannie Billroth como si hubiera descubierto de repente una víctima para su maldad, que se había mantenido toda la velada al acecho, y supiera de repente cómo cazar a esa víctima y rematarla. Varias veces le dijo al actor del Burg, *sin duda tendrá una opinión sobre ese hombre nuevo*, lo que realmente irritó al actor del Burg. El actor del Burg se enderezó, recogió las piernas, estiró la cabeza hacia lo alto y dijo, está bien, bueno, llega un hombre nuevo a la Casa, pero aquello no le interesaba en absoluto, no podía interesarle ya. Había visto ya a tantos directores del Burgtheater ocupar su puesto y perderlo otra vez, que aquel hombre tampoco le interesaba. Vienen y se van, son recibidos con los brazos abiertos y expulsados otra vez de la Casa con insultos e injurias, siempre había sido así y tampoco aquel hombre sería una excepción, dijo. Sí, el hombre nuevo, dijo, es posible que sea un genio como usted dice, a lo que Jeannie respondió inmediatamente que *ella* no había dicho que aquel hombre nuevo fuera un genio, *los periódicos* habían escrito que el hombre nuevo era un genio, no lo había dicho *ella*, *los periódicos* lo habían escrito, todos los días escribían ahora los periódicos sobre ese genio de Alemania, no lo había dicho *ella*, y el actor del Burg dijo: da lo mismo que lo escriban los periódicos o lo diga usted, querida, me es completamente indiferente quién es ese hombre nuevo que viene a la Casa; siempre le había dado igual, había sobrevivido a diez u once directores del Burgtheater, dijo el actor del Burg, *todos han desaparecido*, nadie se acuerda hoy siquiera del nombre de esa gente; son nombrados por un ministro que no tiene ni idea de teatro y sólo sigue su instinto político, y trabajan un año y son despedidos, así se expresó el actor del Burg, de repente otra vez excitado. El ministro nombra a alguien que cree le será el más útil de todos, naturalmente, *siempre sólo por motivos políticos, nunca por motivos artísticos*, según el actor del Burg, y apenas ha firmado su contrato ese hombre nuevo lo hostilizan y no se escatiman esfuerzos para que desaparezca tan pronto como sea posible. Dos o tres puestas en escena son elogiadas por la prensa, dijo el actor del Burg, y luego empiezan a condenar y aniquilar al hombre nuevo, al que precisamente durante un año, antes de que firmara su contrato, ponían por las nubes, *a serrar la rama en que se sienta ese hombre nuevo*. Y el hombre nuevo no se da cuenta durante mucho tiempo de que le han serrado la rama, antes incluso de que firmara su contrato, dijo el actor del Burg. El hombre nuevo puede hacer lo que quiera: en el momento en que ha firmado su contrato y, por consiguiente, se ha convertido en director del Burgtheater, es *hombre muerto*. Si los periódicos escribían, *antes* de que firmara su contrato y ocupara su puesto, que era un genio, escriben, *después* de haber firmado su contrato y ocupado su puesto, que es un idiota. Represente lo que represente, con el tiempo tiene cada vez menos valor, y en dos o tres años ese hombre no vale absolutamente nada, ya puede hacer lo que quiera, dijo el actor del Burg; si presenta clásicos, es una tontería, si presenta lo que se llama obras modernas, es una tontería, si interpreta autores nacionales, es un error y no vale nada, si interpreta extranjeros, es un error y no vale nada, si, antes de venir a Viena al Burgtheater, podía oír que su Shakespeare

era *imponente y, en general, el mejor Shakespeare en general* que ellos, los críticos, habían visto *nunca*, puede oír, en cuanto es director del Burgtheater, que su Shakespeare es una catástrofe. Los fabricantes de directores del Burgtheater, en cuanto han alcanzado su objetivo y el nuevo director del Burgtheater ha firmado su contrato, dijo el actor del Burg, se convierten al instante en destructores de directores del Burgtheater. Ay, sabe usted, dijo el actor del Burg a Jeannie Billroth, cuando se es un buen actor puede darle a uno totalmente igual quién sea en ese momento el director de la Casa. Un nuevo director tiene siempre su encanto por un tiempo brevísimo. Apenas se le ha visto varias veces en la Kartnerstrasse y apenas ha comido unas cuantas veces en el Sacher o en el Imperial, y lo han observado, está listo. Siempre ha habido actores del Burg favoritos, querida, dijo el actor del Burg, pero nunca un director del Burgtheater favorito. Si me pregunta a mí, me es completamente indiferente quién sea el sucesor de nuestro director actual, dijo el actor del Burg; todos escuchaban de repente con el mayor interés lo que el actor del Burg, que de repente no sólo fumaba puros, sino que había vuelto a beber vino blanco, decía. Los actores del Burg se establecen en esta ciudad, dijo, se compran una casa en Grinzing o en Hietzing o en Sievering o en Neustift am Walde y pasan en sus villas de mal gusto sus vidas de mal gusto hasta el final de mal gusto de su vida, pero los directores del Burgtheater no tienen la menor probabilidad de establecerse en esta hermosa ciudad. Ay del director del Burgtheater que se compre una casa en esta ciudad, todavía no se habrá instalado cuando volverán a asquearlo y a echarlo. La historia de los directores del Burgtheater es más que escandalosa, dijo el actor del Burg, posiblemente es la historia vienesa más triste en general, dijo el actor del Burg. La verdad es que esta Viena es, en el sentido más exacto de la palabra, una *trituradora de arte*, realmente es la mayor trituradora de arte del mundo, en la que, año tras año, las artes y los artistas son triturados y pulverizados, da igual de qué artes se trate, da igual de qué artistas, la trituradora de arte vienesa los tritura en cualquier caso siempre totalmente. *Todo* es triturado por esa trituradora de arte vienesa, *todo*, dijo el actor del Burg, *sin remisión*. Y lo curioso es al fin y al cabo, dijo el actor del Burg, que todas esas personas se lanzan de forma totalmente voluntaria a esa trituradora de arte que los tritura totalmente. Hasta los directores del Burgtheater se lanzan de forma totalmente voluntaria a esa trituradora de arte vienesa. Llegado el caso, nada hacen durante toda su vida con mayor vehemencia que tratar de lanzarse a esa trituradora de arte, y se desgarran literalmente para lanzarse a esa trituradora de arte en la que serán totalmente triturados. *¡Totalmente triturados, totalmente triturados, totalmente triturados!*, exclamó el actor del Burg. Luego dijo: sin embargo, esas excitaciones y escándalos por un director del Burgtheater nuevo o viejo nunca me han afectado. Ya ve, querida, le dijo a Jeannie Billroth, yo hubiera interpretado este Ekdal con cualquier director, créame. Y por lo demás, dijo el actor del Burg, como si quisiera cerrar con ello el tema, la verdad es que estaré jubilado antes siquiera de que ese nuevo director ocupe su puesto. Ya no estaré en esa Casa

cuando él ocupe su puesto, dijo el actor del Burg volviéndose hacia Auersberger, que durante todo el tiempo había estado ya dormitando y no había oído nada de lo que el actor del Burg había respondido a la pregunta de la Billroth, y le dijo a Auersberger: sabe usted, cuando esté jubilado, leeré dos o tres veces al año a Rilke en el Konzerthaus, o al viejo Goethe, y eso me bastará. En el fondo, el teatro actual no me interesa ya. La verdad es que lo que preferiría es estar ya jubilado, porque todo lo que hoy guarda relación con el teatro no es más que insoportable. Antes era un placer, realmente la obra de una vida, dijo el actor del Burg, hoy ya no me aporta nada. Que siga interpretando aún el Ekdal y que tenga tanto éxito con ese Ekdal me sorprende a mí más que a nadie, dijo. En verdad, he perdido el interés por el teatro, dijo el actor del Burg. Mire, le dijo a Jeannie, la verdad es que he podido pasar muchas decenas de años felices en el teatro, y hoy no lamento ni un día de esa época de teatro feliz mía, es decir, que realmente no lamento ni una hora de esa época de teatro feliz mía en el Burgtheater. Pero hoy no me aporta ya nada, desde hace ya mucho tiempo nada, dijo el actor del Burg, a lo que Jeannie dijo que al actor del Burg, en su opinión, el teatro no le aportaba ya nada desde hacía tanto tiempo porque él, el actor del Burg, nunca había podido separarse del Burgtheater, *porque se ha comprado usted una casa en Grinzing*, dijo Jeannie, *por eso no le aporta ya nada el teatro desde hace tanto tiempo*, dijo Jeannie al actor del Burg, *porque ha ido a comer todos los días al Sacher, todos los días al Mozart a tomar café*. . Si se jhubiese ido del Burgtheater y, en general, de Viena, no diría ahora que el teatro no le aporta nada desde hace ya tanto tiempo, dijo Jeannie. Probablemente por el hecho de haberse (comprado una casa en Grinzing ha perdido el gusto por el teatro, por actuar en el teatro en general, insistió Jeannie. Posiblemente, respondió el actor del Burg, tiene usted razón, querida, pero probablemente no tiene razón. El teatro se ha hundido en todas partes, dijo el actor del Burg, esté uno en Viena o no, no se encuentra ya buen teatro, ya no fascina. Eso no lo creía, dijo Auersberger de pronto, cuando todos creían que dormía ya desde hacía muchísimo tiempo; en su opinión, el teatro estaba tan vivo como siempre, sólo en Viena se había vuelto rancio y, desde hacía tiempo, no sólo condenado a muerte, sino desde hacía mucho tiempo *realmente muerto, realmente muerto, realmente muerto*, exclamó Auersberger, y repitió tartamudeando varias veces ese *realmente muerto*. Lo que hizo reír también a los dos jóvenes escritores, porque aquel tartamudeo era muy cómico. Aunque durante todo el tiempo era como si no estuvieran presentes, se rieron a carcajadas cuando Auersberger exclamó varias veces *realmente muerto*. *¡Dios santo!*, exclamó de pronto el actor del Burg, *¡Qué quiere decir un genio del teatro! ¡Ser director y genio es al fin y al cabo un absurdo!*, exclamó. Sabe, le dijo a Jeannie Billroth, los periódicos utilizan ya un lenguaje infame, y todo lo que hay en ellos no es otra cosa que infame. Abra usted el periódico que abra, se encuentra con infamias, dijo el actor del Burg. No, nos decimos, no nos afecta lo que escriben los periódicos, y, sin embargo, nos sentimos como heridos de muerte, dijo. Ahora bien, los periódicos austriacos son los peores del mundo, y

realmente en ellos la abyección se lleva a su más alto grado, dijo, no hay otros periódicos de mayor abyección. Por el horror de esos diarios, la historia austríaca, incluso la historia mundial ha tenido que sufrir siempre, dijo el actor del Burg. Aunque siempre me han elogiado, dijo, son, sin embargo, los diarios más horribles del mundo, con el contenido más infame y al mismo tiempo más tonto. Sin embargo, los leemos todos los días y devoramos lo que hay en ellos, nos lo tragamos ávidamente, dijo, ésa es la verdad. Desde mi infancia me he tragado la porquería de los periódicos austríacos, pero todavía existo. El estómago austríaco es un estómago sólido, los austríacos en general tienen un estómago sólido, si pienso qué historia de tan mal gusto y al mismo tiempo tan horrible han tenido que tragarse en el curso del tiempo. Los periódicos austríacos, si es que lo son siquiera, dijo el actor del Burg, son los peores del mundo, pero precisamente por ello son quizá los mejores. Precisamente porque son los peores son probablemente los mejores, dijo el actor del Burg, y Auersberger tartamudeó: *en eso tiene razón, en eso sí que tiene razón, cuánta razón tiene*, y los dos jóvenes escritores se rieron a carcajadas. Al fin y al cabo, vivimos ininterrumpidamente en el absurdo, dijo de repente el actor del Burg, en nada más. Piensen que *todo* es absurdo. El pensamiento absurdo es el único pensamiento verdadero, dijo el actor del Burg, piensen que el mundo absurdo es el único mundo verdadero. Todo lo que existe es absurdo, dijo el actor del Burg de repente patético, echándose hacia atrás. Absurdo y perverso, dijo luego. Y a la Auersberger le dijo inmediatamente después: *y yo que me alegraba pensando en tener una muestra de su arte*. Pero no importa. La próxima vez. ¿Qué hubiera cantado?, preguntó el actor del Burg, y la Auersberger dijo sólo brevemente: *Purcell*. Ah, Purcell, dijo el actor del Burg. Purcell está muy de moda. En general, la música antigua. El mundo entero escucha durante todo el día música antigua, ¿no tengo razón? A lo que Auersberger tartamudeó: *en eso tiene razón, en eso tiene razón, en eso tiene razón*. Purcell, dijo el actor del Burg, es el gran arte inglés de la canción y del aria. Sí, dijo mirándome a la cara, un Purcell así, bien cantado, es algo precioso. El Bolero, Dios santo, dijo de repente el actor del Burg, el Bolero me atacaba antes siempre los nervios. Ahora me gusta. Durante mucho tiempo hay un arte que nos ataca los nervios, dijo, y de pronto nos gusta. ¿No lo ha observado también ya?, le preguntó a Jeannie, que, sin embargo, no respondió y le dijo al actor del Burg de forma totalmente inesperada que iba a caer una nueva era sobre el Burgtheater. Realmente pronunció la palabra *caer*, una nueva era que *borraría* la anterior, *que borraría la anterior*, según la rencorosa Jeannie Billroth. Sólo aparecerán nuevos nombres, dijo, y se representarán obras totalmente distintas. Sí, eso está bien, tartamudeó Auersberger entonces, que aparezcan nuevos nombres y que se representen nuevas obras. *Decir adiós a lo habitual*, tartamudeó, a los *trastos viejos*, *a los trastos viejos*, dijo tres veces seguidas, porque a él mismo le gustó, pienso. La Auersberger encontró probablemente penosa esa observación de su borracho marido, porque hizo otro intento de levantar del sillón a Auersberger, cuya cabeza se había hundido hacía tiempo totalmente en su chaqueta de aldeano de *loden*,

pero no pudo conseguirlo; Auersberger tuvo fuerzas aún para recordarle, con una patada en la pantorrilla, quién era el señor de la casa en la Gentzgasse. He leído un libro sobre Palladio, dijo de repente el actor del Burg, admirando otra vez las villas del Brenta, dijo. Caído en olvido durante siglos, dijo, y de pronto otra vez muy de moda, por decirlo así, centro del interés mundial. España, dijo, cuando esté jubilado, no sólo por un período corto, como en los últimos años, sino en abundancia, durante meses. Cuando uno ha servido al teatro tanto tiempo como yo, dijo. Comediante, dijo, imitador, traspunte. Mi gran suerte ha sido al fin y al cabo no haberme casado nunca, la mayor suerte para un actor es no contraer matrimonio, permanecer solo con su arte, el arte del actor. Capacidad para abrirme camino he tenido siempre, dijo, curiosamente nunca he estado enfermo, ni una sola vez, prescindiendo de pequeñas indisposiciones, y por eso nunca he tenido que suspender una función, ni una sola vez, mientras que mis compañeros la suspendían a cada momento, y realmente, con el tiempo, desarrollaban cierta histeria de suspensión. *Nunca he sido lo que se llama un actor nervioso*, dijo, *meticuloso quizá*, pero no nervioso, y tampoco me he permitido indisposiciones artísticas. Ansias de conocimiento, quizás ha sido eso, dijo. Estudiaba todos mis papeles de una forma científica, pero en esa necesidad he estado de todos modos siempre solo. Realmente, no soy un hombre de lujos, no, muy al contrario. Pero tampoco sencillo, siempre he aborrecido la simplicidad. Pero en verdad, dijo entonces el actor del Burg, las exigencias aquí en Viena en materia de arte, sobre todo de música y de trabajo del actor, son las más altas, las más altas de todas en Europa y la gente que va aquí a las salas de concierto y al teatro, sobre todo al Burgtheater, es la más mimada y en definitiva más exigente y más crítica que en cualquier otro lugar de Europa, sí, puedo decir del mundo entero. No hay mejores actores, como tampoco hay mejores músicos que aquí en Viena, ésa es la verdad. Vaya uno donde quiera, dijo, vaya uno a la Scala de Milán o a la Metropolitan Opera de Nueva York, o vaya al Nationaltheater de Londres o a la Comedie Française, no son nada en comparación con Viena, todo en fin de cuentas chapucero, diletante, ésa es la verdad. El público de Viena es el más mimado y el de mejor gusto, tanto en lo que se refiere al teatro como también a la música, pero sin duda también el más infame, el más despiadado. Qué ridículo resulta francamente lo que nos presentan en el teatro en Alemania, qué ridículo es el teatro inglés, qué ridículo el francés en comparación. Pero ay del que diga esa verdad en Viena, dijo el actor del Burg, porque estará listo. El Burgtheater no puede representar tan mal, dijo, que no sea aún mucho mejor que lo que se representa en los escenarios alemanes, cualesquiera que sean. No, no, dijo el actor del Burg, en Alemania se representa un teatro diletante, un teatro insulso, en fin de cuentas un teatro tonto, que siempre ha chiflado a los alemanes. El teatro alemán ha sido siempre torpe y diletante, ésa es la verdad. Siempre sólo a la moda y siempre carente de espíritu, ésa es la verdad. Sin ingenio, eso es. Sin fantasía, eso es. Sin la menor genialidad, eso es. En los teatros alemanes vemos a actores interpretar como maestros de escuela, a actores como maestros de escuela secundaria, eso es. Hasta el último

actor de cabaré de Viena es mejor que el más famoso actor alemán, dijo, esa es la verdad. Pero si uno dice esa verdad en Viena lo lapidan. Cualquiera representación del lunes en el Burgtheater o en la Ópera, dijo el actor del Burg, es mejor que todo lo que se hace en el resto del mundo. Pero no se le ocurra decir eso en Viena, dijo el actor del Burg. Al fin y al cabo es hermoso interpretar el Ekdal y tener éxito, dijo entonces el actor del Burg, y acabar con el Ekdal y con ese éxito. Porque el papel inglés que estoy estudiando no lo considero ya como perteneciente a mi evolución, es algo secundario por completo, que no hay que tomar en serio, dijo, no es un Lear, dijo. Entonces dijo una estirada *paradoja*. La vejez y la indiferencia coinciden en cierto modo, dijo. Por lo demás, no quisiera ser ni un día más joven, la juventud es lo espantoso, no la vejez. En general, no quisiera vivir ni un solo día más de mi vida, me alegro de que no sea posible. En efecto, saben, dijo el actor del Burg primero a la Auersberger y luego también a Jeannie, el hombre viejo está enamorado de su jubilación, créanme. La gente habla de todo lo imaginable, se ríe de todo lo imaginable, se excita por todo lo imaginable, y eso no me afecta ya. En cierto modo, después de tanto arte en el teatro, etcétera, desarrollar un arte de la vejez, dijo el actor del Burg, es probablemente el mayor de los placeres. Cuando terminó el Bolero, la Auersberger se levantó y fue a la cocina, atravesando el comedor, para traer café. Esa ausencia de la Auersberger la aprovechó Jeannie para ponerse otra vez en escena, y le dijo con su mal gusto al actor del Burg, que desde hacía algún tiempo miraba al suelo, como suele decirse, *ensimismado* y ahora de repente totalmente cansado, si él, que al fin y al cabo *llegaría ahora más o menos pronto al final de su vida*, podía decir en ese final de su vida si, por decirlo así, *se había realizado en su arte*; exactamente esas palabras de mal gusto fue las que dirigió a aquel hombre viejo, ya cansado, que en aquella velada y aquella noche me resultó cualquier cosa menos simpático, pero que, sin embargo, simplemente cuando pienso que esa misma velada al fin y al cabo, es decir, unas horas antes, había interpretado el Ekdal en el escenario del Akademietheater, merecía consideración. *¿Cree usted que, al final de su vida, se habrá realizado en su arte?*, preguntó Jeannie por segunda vez, como si creyera que el actor del Burg, cuando ella formuló la pregunta por primera vez, no había oído, aunque el actor del Burg, lógicamente, había oído lo que Jeannie le había preguntado y, como es natural, su desvergüenza, su falta de miramientos no se le habían escapado, al fin y al cabo ella le había dirigido tres veces la pregunta *¿podría decir que al final de su vida se ha realizado en su arte?*, por tres veces no se le escapó al actor del Burg su desvergüenza, como comprendí en seguida, pero él pensó que Jeannie, a la que el actor del Burg sólo conocía al fin y al cabo de la forma más superficial y que, por consiguiente, no hubiera debido permitirse nada con él, es decir, mucho menos aquella desvergüenza, lo dejaría en paz, en lo que, sin embargo, se equivocó de medio a medio; por el contrario, Jeannie Billroth no lo dejó en paz y le preguntó aún varias veces si el actor del Burg, *al final de su vida* podía *decir que su arte había sido para él una realización*, insistió a su modo desvergonzado y no

cejó en sus desconsideradas preguntas hasta que el actor del Burg, finalmente, respondió a su pregunta, tuvo que responder a su pregunta, y la verdad es que fue curioso que aquel hombre que, en el fondo, me resultaba totalmente repugnante y al que durante todo el tiempo sólo había considerado y observado con el mayor horror, le dio de repente la respuesta que se merecía, diciéndole concretamente que resultaba más o menos inaudito que le hiciera *una pregunta tan tonta, porque su pregunta, sencillamente, no es más que tonta*, y que ella, Jeannie Billroth, no podía esperar recibir a su tonta pregunta una respuesta inteligente, a aquella *pregunta desvergonzada*, como dijo el actor del Burg, *creo que se ha equivocado de tono*, dijo el actor del Burg y estuvo a punto de levantarse, como si quisiera ahora, de repente, dejar el piso de los Auersberger en la Gentzgasse sin más ceremonias, porque la preguntonería y, por consiguiente, la desvergüenza de Jeannie le resultaba demasiado; pero, cuando vio entrar a la Auersberger con el café, volvió a sentarse en su sillón y dijo al mismo tiempo que no tenía por qué responder a tales preguntas tontas, *semejantes faltas de gusto en forma de preguntas*, dijo literalmente el actor del Burg a Jeannie, ahora realmente aturdida, tenían que quedar lógicamente sin respuesta. *Qué desatino tan irrespetuoso sobre el fin de mi vida*, dijo el actor del Burg, *qué desvergüenza en esas preguntas*, dijo, *qué bajeza en general enfrentarme con su tontería*, dijo el actor del Burg, y entonces Jeannie, cogiendo una taza de café de manos de la Auersberger, se quedó de pronto silenciosa, sin irritarse en absoluto como yo había esperado; en circunstancias parecidas, pensé, siempre se levantaba de un salto y dejaba al instante el escenario de su torpeza, pero entonces no, se quedó sentada, con el rostro muy rojo incluso bajo el espeso maquillaje, sin moverse durante minutos, mientras el actor del Burg, de pronto recuperado, dijo aproximadamente lo que sigue, para mí realmente asombroso en él, de quien nunca lo hubiera esperado: que era repugnante encontrarse entre personas que sólo trataban de herir y que, en definitiva, lo denigraban a uno de la forma más baja, que sólo estaban ahí para, como él dijo, despedazarle a uno, *hacerlo pedazos*, y por añadidura después de medianoche era una bajeza aún mayor, pronunció la palabra *bajeza* desenfadadamente, mientras sostenía en la mano sin temblar su taza de café, como vi con asombro, para beber de ella un traguito de cuando en cuando. Venimos a una casa y pensamos que es una casa amiga, dijo y, como al hacerlo se había excitado tanto, Auersberger se despertó otra vez y escuchó lo que decía el actor del Burg, y también Anna Schreker prestó atención, y también los dos jóvenes escritores y todos los demás también, porque el actor del Burg había atraído de nuevo toda la atención, simplemente por las fuertes palabras que utilizaba ahora, palabras como *abyecto, bajo, irrespetuoso, falaz, infame, megalómano, tonto* descargaban de pronto sobre aquella reunión de la Gentzgasse y especialmente sobre Jeannie; porque no sólo era una impertinencia, sino una auténtica abyección enfrentarlo a uno con preguntas tan tontas como ha hecho *esta persona*, así calificó de repente a Jeannie, *esta persona*, dijo una y otra vez, *era lo que me faltaba, esta persona que desde el principio me ha sido odiosa*,

porque esta persona es una persona absolutamente tonta, si hubiera sabido que vendría aquí también esta persona, nunca habría aceptado su invitación, dijo el actor del Burg patéticamente a los Auersberger, aborrezco a la gente como esta persona, que sólo están ahí para denigrarlo todo, que continuamente hablan de arte y no tienen ni idea de arte, que hablan de todo y no tienen ni idea de nada, a esas personas que estropean todas estas veladas hablando y cotilleando y cuya falta de espíritu clama al cielo, según el actor del Burg con la mayor excitación. *Cuando he visto aquí a esta persona sentada, he pensado: voy a darle la vuelta inmediatamente y a irme, pero el decoro me ha impedido actuar así*, dijo el actor del Burg, *el decoro, el decoro*, repitió varias veces, echándose hacia atrás, lo que le serviría de desahogo, según pensé, pero, sin embargo, fue un error, porque el actor del Burg se enderezó otra vez en seguida totalmente y, acometido de repente por una súbita falta de aliento, le dijo a la cara a Jeannie: Es usted una de esas personas que no saben nada ni valen nada y por eso odian a todas las demás, así de simple, lo odia todo porque se odia a sí misma en su mezquindad. Usted habla continuamente de arte y no tiene ni idea de lo que es, le quiso gritar a Jeannie a la cara, pero no pudo por su falta de aliento, que sólo le permitió decir esa frase casi totalmente en silencio, y luego *es usted un ser tonto y destructivo y ni siquiera se avergüenza de ello*, después de lo cual guardó silencio. Ese ataque del actor del Burg a Jeannie fue para mí, lo reconozco, un gran placer, porque pocas veces he visto, si es que lo he visto alguna vez, que alguien le haya dicho a Jeannie algo semejante a la cara, que algún ser humano haya respondido con tanta dureza a su desvergüenza, y eso le valió al actor del Burg, que, sin embargo, tanto antes como después me era antipático, mi respeto. Nunca le han dicho a Jeannie Billroth lo incompetente que es, que ha sido siempre en el fondo, pensaba, nunca le han dicho que, desde hace ya mucho tiempo, es siempre la más incompetente en todos los aspectos. A Jeannie no le han dicho nunca que es baja, incluso vulgar, como le dijo sin más a la cara el actor del Burg. Sentimos un gran placer cuando creemos que a alguien le ha ocurrido por decirlo así lo que se merecía, al mostrarle su propia abyección y su propia desvergüenza y su propia estupidez e incompetencia, pensé, y más aún cuando hemos tenido que esperar decenios para ello. Nunca le han dicho a Jeannie que, en fin de cuentas, es un ser muy insignificante, bajo, en realidad un personaje vil, y el actor del Burg lo expresó. Y tuve la impresión de que a todos los que habían sido testigos de aquella explosión del actor del Burg no sólo les había alegrado en ese instante, sino que había sido para todos una satisfacción mayor y que duró más que ese tiempo brevísimo. Naturalmente, *no expresaron* ese sentimiento, no tenían motivo para ello y tampoco hubieran podido permitírselo. El actor del Burg, sin embargo, podía permitírselo, igual que yo pude permitirme, simplemente con mi silencio hacia el actor del Burg, darle la razón en todo lo que había dicho contra Jeannie. Finalmente, después de años, después de decenios, alguien le dice la verdad a la cara a una persona, a la que deseamos, a la que deseamos durante decenios decir a la cara precisamente esa verdad que nunca ha oído antes, porque hasta entonces

nadie se ha atrevido, y pensé que sólo por esa verdad que el actor del Burg le había dicho a Jeannie a la cara, fuera lo que fuera o no fuera esa verdad, había compensado aceptar la invitación a aquella *cena artística*. *Es usted una persona totalmente falsa*, había dicho el actor del Burg por añadidura a Jeannie, *está usted al acecho realmente durante horas para poder denigrar a una persona*, y dijo también *personas como usted son personas peligrosas y hace uno bien en no tener tratos con personas como usted*. Si no tuviera aún exactamente en mis oídos esas frases del actor del Burg, la verdad es que hoy no las consideraría ya posibles, pero el actor del Burg las pronunció esa velada exactamente como figuran aquí. Probablemente, pensé, Jeannie había proferido ya desvergüenzas contra el actor del Burg todo el tiempo que yo no había estado en la sala de música ni tampoco en el comedor, es decir, ya antes se había comportado con él como aquella repulsiva Jeannie Billroth que conozco demasiado bien de la época en que tenía aún con Jeannie Billroth, dicho sea en dos palabras, mi relación. No ha cambiado. Cuando no es el centro de una reunión, hará cualquier cosa para convertirse en ese centro, ofendiendo al realmente destinado a ocupar ese centro como en la llamada *cena artística*, es decir, en ese caso el actor del Burg, por lo menos al atacarlo frontalmente, como puede decirse. Y ya mucho tiempo antes de que yo entrase en el comedor debía de haber irritado y ofendido al actor del Burg, una y otra vez, como acostumbra, porque de otro modo no sería comprensible ese arrebató francamente explosivo del actor del Burg. Ahora me resultaba clara la causa de los curiosos arrebatos del actor del Burg porque, de repente, sentado aún en la antesala, había oído gritar al actor del Burg en la sala de música unos *pero qué Ekdal* y *pero qué Gregers* y *pero qué Pato salvaje*, para mí entonces todavía incomprensibles, y que, por lo tanto, como sabía ahora, se habían dirigido a Jeannie, que atacaba al actor del Burg. Sí, dijo el actor del Burg, levantándose de su asiento y disponiéndose a salir, y poniéndole a la Auersberger, que se había levantado con él, la taza de café en la mano, *cómo odio en el fondo estas reuniones, que sólo se proponen criticar todo lo que significa algo para mí, arrastrar por el barro realmente todo lo que siempre ha tenido un valor para mí, y en las que sólo se explota mi nombre y el hecho de que soy actor del Burg, y cómo aspir o en realidad no tanto a la tranquilidad como a que me dejen realmente tranquilo*. Sí, he pensado siempre, si hubiera nacido otro distinto del que en definitiva soy, y en general me hubiera convertido en otro distinto del que en definitiva me he convertido, si me hubiera convertido finalmente en alguien a quien se deja tranquilo. Pero para eso no hubiera tenido que nacer de mis padres, sino de otros totalmente distintos y haberme criado en circunstancias totalmente distintas, en la Naturaleza libre, como siempre he deseado, y no en la encerrada, en la Naturaleza en general y no en la artificiosidad. Porque todos nosotros nos hemos criado en la artificiosidad, en la locura irremediable de la artificiosidad, no sólo yo, que durante toda mi vida he sufrido por ello, dijo el actor del Burg de repente, *todos los que estamos aquí*, dijo, y se volvió hacia Jeannie y le dijo, *también usted, querida, que me persigue con su odio y me*

desprecia. Se volvió primero hacia mí, sin decirme nada, y luego hacia Auersberger y dijo, a aquel Auersberger totalmente borracho que se había dormido en su sillón, que en general era una desgracia haber nacido, *pero haber nacido para convertirse en un ser como el señor Auersberger era* la mayor de las desgracias. Entrar en la Naturaleza y respirar en esa Naturaleza y estar en esa Naturaleza sólo realmente y para siempre como en casa era lo que él consideraba la mayor felicidad. *Ir al bosque, adentrarse profundamente en el bosque*, dijo el actor del Burg, *confiarse totalmente al bosque*, de eso se ha tratado siempre, el pensamiento de no ser otra cosa que Naturaleza. *Bosque, monte alto, tala*, de eso se ha tratado siempre, dijo de pronto irritado y quiso irse de una vez. Aunque todos habían bebido mucho, al final, como hace treinta y como hace veinticinco y como hace veinte años, sólo Auersberger estaba totalmente borracho y, totalmente hundido en su sillón, no se había dado cuenta ya de que todos los invitados se habían puesto de pie para irse. Mientras yo también me ponía de pie, pensé que el actor del Burg, ya mientras se comía la lucioperca y luego también, una y otra vez, en la sala de música, había dicho esas palabras, *bosque, monte alto, tala*, sin que yo hubiera comprendido al principio qué quería decir. Mi atención durante la comida y también luego en la sala de música se había concentrado durante largo tiempo, como es natural, no en el actor del Burg, sino en Jeannie Billroth; durante la comida no le había quitado a Jeannie, más o menos, los ojos de encima, no había escuchado la mayor parte del tiempo lo que decía el actor del Burg, y sólo había oído de vez en cuando media frase suya, en el fondo nunca una frase entera; tampoco me había interesado lo más mínimo lo que había dicho el actor del Burg durante la comida, sólo mucho más tarde, sólo en la sala de música, es decir, después de haber bebido el actor del Burg ya más de lo que en el fondo le convenía, se había vuelto interesante para mí, porque, como pienso ahora, había cambiado entretanto por completo; al fin y al cabo, todo lo que había dicho en el comedor había sido un disparate, charloteo y parloteo como estamos acostumbrados a oír de actores viejos, incluso ancianos, a los que evito una y otra vez, porque no puedo soportar lo que dicen, porque la llamada sabiduría de la vejez, que no es otra cosa que repelente estupidez de la vejez, tontería de la vejez, para decirlo claramente, me ataca los nervios. Los viejos actores no hacen más que atacarle a uno los nervios, había pensado una y otra vez, y siempre he evitado reunirme con ellos; pero cuando el actor del Burg había bebido ya más de lo que en el fondo le convenía se volvió de repente interesante por ese cambio suyo, por una curiosa filosofía antigua que súbitamente se había manifestado en él, precisamente cuando había empezado a decir continuamente las palabras *bosque, monte alto, tala*, que, como sé ahora, no son sólo palabras clave en su vida, sino también en la de muchas personas como el actor del Burg y millones de otras; de pronto, al final de aquella *cena artística*, tuve conciencia de lo que quería decir el actor del Burg con aquellas palabras clave de su vida, quería decirse a sí mismo una y otra vez, decir a los otros, sí, decir a todos, y empecé a escucharlo atentamente; de repente, pienso, ese hombre para mí al principio tan poco interesante

y que, como queda dicho, sólo me atacaba los nervios, me resultó interesante por breve tiempo, atrajo toda mi atención, aunque sólo por ese breve tiempo, y, de repente, no me interesó ya lo que decían Jeannie Billroth o Anna Schreker, sino nada más lo que decía el actor del Burg, y entonces me aparté de Jeannie y de la Schreker y me volví hacia el actor del Burg, prescindiendo totalmente de los otros de aquella *cena artística*, que desde el principio no me habían interesado y a los que no escuché nunca, ni siquiera lo poco que dijeron escuché, pensaba. El charlatán del principio, que sólo quería impresionar en un comienzo con sus chistes malos y anécdotas gastadas, se convirtió de repente, en el transcurso de aquella *cena artística*, en un personaje interesante, incluso en el *personaje filosófico* de aquella *cena artística*, pensaba, y pienso que no podemos observar eso en muchas personas, pero sí, de vez en cuando, en las de edad, que esas personas se presentan al principio como charlatanes y repugnantes cuentistas de chistes y anécdotas, como el típico vienés, así llamado, artista o intelectual y luego, durante una velada, durante una cena, como en el transcurso de aquella *cena artística* en casa de los Auersberger en la Gentzgasse, experimentan poco a poco una evolución francamente filosófica, y que, al principio, sólo llaman la atención por su ridiculez y tontería y presunción, y luego, con el tiempo, cuando han bebido algo, y algo más de lo que les conviene, pueden transformar de pronto nuestra antipatía por ellas en una simpatía, porque ponen en juego un elemento totalmente espiritual, si es que no incluso filosófico. La verdad es que el actor del Burg, según pienso, había aparecido al principio nada más que como actor del Burg y se había comido también su llamada *lucioperca auténtica* como actor del Burg, lo que quiere decir para mí, como personaje repelente, y durante todo el tiempo en que se comió la lucioperca se había puesto en escena como ese personaje para mí repelente, pero de repente, después de haber terminado de comerse la lucioperca y haberse fumado dos o tres puros y bebido unas cuantas copas de vino blanco, se había convertido en una persona espiritual, incluso filosófica, es decir, de un personaje repulsivo en una persona filosófica, de un personaje en una persona, es decir, exactamente al revés de lo corriente, en que la gente se presenta al principio como persona y en definitiva y en fin de cuentas, porque no puede hacer otra cosa, se convierte con el tiempo, cuando ha comido y bebido, en personajes repulsivos; esa observación la hemos hecho a diario, que encontramos personas en una reunión y esas personas, con el paso del tiempo, se han vuelto repelentes y personajes repulsivos, lo mismo que la reunión entera, cuanto más come y bebe al ir avanzando la velada, se vuelve repulsiva y repelente, como nos consta. El actor del Burg tuvo en esa noche exactamente la evolución inversa; se convirtió de personaje repulsivo en persona filosófica, aunque no, realmente, de charlatán en filósofo. Al final, yo estaba *cautivado*, como suele decirse, por aquella persona que durante largo tiempo me había repelido, que, por lo desagradable que me resultaba, simplemente por su comportamiento, me había irritado e incluso encolerizado, y *no me sentía ya repelido e indignado, sino cautivado*, totalmente al revés que Jeannie Billroth, que, según

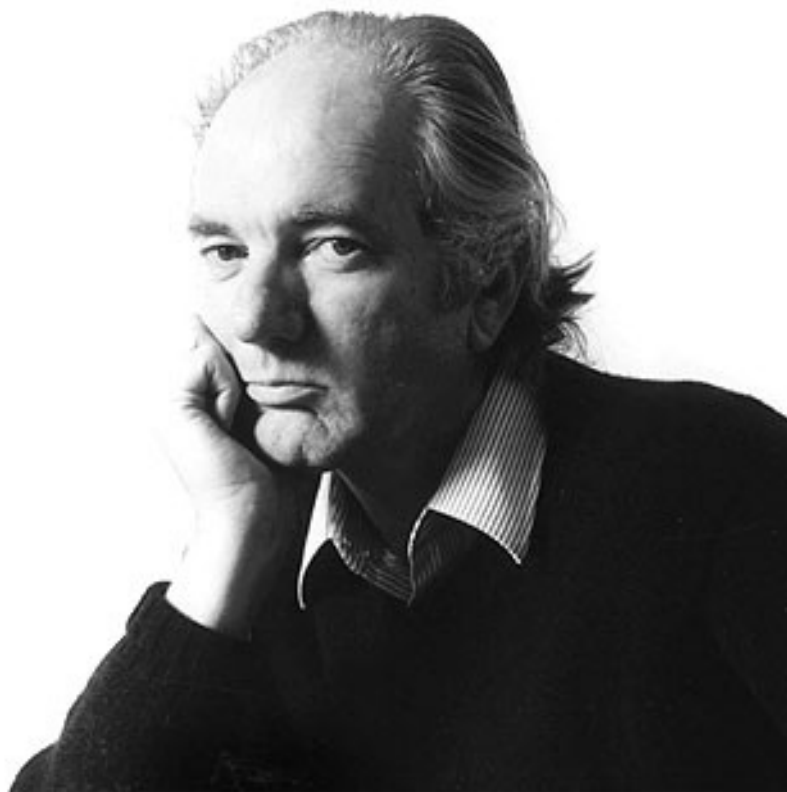
pienso, al principio se sintió cautivada por el actor del Burg y luego, poco a poco y ya mientras se comía la lucioperca se fue irritando con él y, finalmente, lo aborreció. Al final, yo estaba cautivado por el actor del Burg y Jeannie Billroth lo aborrecía, pienso, eso lo dice todo. *La forma* en que dijo *bosque, monte alto, tala* no fue sentimentalismo de viejo, sino clarividencia, pienso. La forma en que se enfrentó con Jeannie fue cualquier cosa menos senil, cualquier cosa menos oportunismo de viejo. Durante todo un largo banquete nos sentamos con uno de esos fantoches artísticos vieneses, con uno de esos perversos pseudoartistas, como encontramos en esta ciudad a cientos, una y otra vez, y como conocemos a cientos, todos esos repugnantes pintores y escultores y escritores y compositores y actores vieneses, todos esos repulsivos artistas provincianos vieneses, y por añadidura nos sentamos frente a un actor del Burg, francamente el prototipo del fantoche artístico y pseudoartista vienés, durante ese banquete muy largo y en el fondo totalmente fracasado y superfluo de los Auersberger, pienso, y de repente hacemos la observación de que una persona que al principio sólo se nos aparecía de una forma horripilante y en definitiva sólo tenía en nosotros realmente un efecto repelente, se convierte en una persona filosofante que despierta nuestro interés, en un *filósofo del instante* que despierta interés, como puede decirse. Naturalmente, no es cierto que todos los viejos sean filósofos, pero sí son filosóficos; no conozco mayor tontería que la de afirmar que todos los viejos son filósofos, mientras que, como es natural, *son* filosóficos y, en cualquier caso, las personas viejas se convierten de vez en cuando, al menos por unos instantes, en filosóficas o por lo menos en personas filosofantes por unos instantes, y, por consiguiente, en el curso de aquella *cena artística*, el actor del Burg en persona filosofante del instante, en *filósofo del instante*, incitado o excitado por lo que fuera. La sobriedad, es decir, ya la mañana siguiente, lo convierte otra vez, como es natural, en la persona grotescamente estúpida e insoportable que conocimos, pienso. Precisamente una reunión como la de esa noche en la Gentzgasse tuvo ese efecto en el actor del Burg, convirtiéndolo en filosófico por unos instantes, pensé, pero como es natural no en los otros, en los que *nada* puede tener *nunca* un efecto filosófico. En los Auersberger no y en Anna Schreker no y en los demás mucho menos, sobre todo no en los dos jóvenes escritores, que al fin y al cabo no están capacitados aún para ese llamado estado filosófico, simplemente por su edad. Para eso debe tratarse de una persona con, como puede decirse, una *experiencia de la vida que se remonte muy atrás en la Historia y originada una y otra vez por esa Historia*, pienso, lo que concuerda con el actor del Burg, porque eso concuerda con los viejos, especialmente con los muy viejos, y pienso que, durante toda mi vida, he sentido cada vez más interés por los viejos y los muy viejos y no por los jóvenes, cada vez he buscado más el trato con los viejos y los muy viejos y no con los jóvenes, al fin y al cabo en aquella época, cuando era joven, la juventud era yo mismo, pienso, y no la vejez, y, por consiguiente, me interesaba la vejez y no la juventud. *Todo de la vejez*, pensaba siempre, y obtuve de ella el mayor provecho, y no vacilo en decir que saqué siempre

de ella el mayor beneficio. La vejez ha atraído siempre mi curiosidad, no la juventud, que al fin y al cabo conocía desde la inmediatez más inmediata, pienso. El actor del Burg, pienso, es un hombre en el que lo filosófico, que se ha desarrollado en él con el tiempo y, por consiguiente, en el transcurso de su vida y de su historia y nuestra historia y las historias de todos, ha sido continuamente reprimido por él mismo. Así, tenemos que ver casi exclusivamente con personas que reprimen lo filosófico, que lo reprimen hasta que, de repente, se extingue y está muerto. Sólo de vez en cuando tenemos oportunidad de *percibir* lo filosófico que hay en ellos, interior y exteriormente, lo mismo que yo lo percibí en ese banquete en el actor del Burg, pero como él mismo probablemente no percibía, pienso, porque no *sabe* nada de ello. De repente el actor del Burg me fascinó, pienso, simplemente la forma en que pronunció las palabras *bosque, monte alto, tala*, repitiéndolas luego varias veces. Pero eso no significa que el actor del Burg me fuera simpático ahora. Siguió siendo para mí el hombre de teatro poco simpático y, en fin de cuentas, sólo superficial que fue para mí desde el principio. Ya la forma en que se despidió besándole la mano a la Auersberger a su *estilo austriaco del Burgtheater* volvió a repelerme. Cuando le hizo aún a Jeannie Billroth un cumplido, un cumplido totalmente innecesario, absurdo, un cumplido desvergonzado, al decirle mientras le besaba la mano que le gustaba su *audacia intelectual*, realmente dijo *me gusta su audacia intelectual*, se convirtió para mí otra vez en el hombre repulsivo y actor del Burg repulsivo que, sobre todo al principio, había sido. Yo había bebido también mucho, más de lo que me conviene, pienso, pero, sin embargo, no tanto como el actor del Burg, por no hablar de Auersberger, que no se despertó ya antes de que todos hubieran dejado la Gentsgasse, y también los dos jóvenes escritores, que sólo habían desbarrado siempre sobre su rebelión sin poder decir contra qué se rebelaban, estaban al final totalmente borrachos y tuvieron dificultades para levantarse de sus asientos. Al final, el actor del Burg fue el único de todos que tuvo fuerzas y por añadidura capacidad para retirarse no sólo debidamente, sino de la forma más cortés, como puede decirse, de la Gentsgasse, porque todos los demás no estaban ya en condiciones de ello. *Qué lucioperca más extraordinaria* había sido, dijo el actor del Burg al final a la Auersberger, bajando el primero y totalmente solo la escalera, mientras la Auersberger lo contemplaba aún largo tiempo. Ni siquiera se tambalea, pensé, mientras observaba desde arriba, es decir, de pie todavía a la puerta del piso, al actor del Burg que bajaba la escalera del vestíbulo. Como, por principio, me gusta dejar las reuniones solo, esperé a la puerta del piso y, por consiguiente, junto a la Auersberger, hasta que todos los demás hubieron bajado la escalera. Sí, le dije a la Auersberger cuando todos se habían ido, un día triste, no es verdad, recordando con ello al menos otra vez a Joana. Probablemente es lo mejor para ella haberse matado, dije, *probablemente* era el mejor momento para ella, le dije a la Auersberger, y tuve conciencia de lo penoso que resultaba lo que había dicho, de la repulsividad de aquella frase, que se dice muy a menudo cuando un ser humano se ha matado. Queremos decir algo adecuado, pensé

al instante, y decimos algo totalmente inadecuado, incluso algo penoso, repugnante, tonto. Qué hubiera podido reservarle aún su vida futura, dije aún, y con ello otra cosa penosa, repugnante. Cada ser humano debe hacer lo que quiera, dije entonces y con ello dije otra vez algo penoso y repugnante. Por eso lo mejor era no decir nada más. Bajé las escaleras del vestíbulo, como si tuviera veinte años menos, saltándome dos, tres y hasta cuatro escalones a la vez. En el vestíbulo de abajo me dije que había sido absurdo besar a la Auersberger en la frente como despedida, lo mismo que hacía treinta años, pensaba, tan absurdamente como hacía treinta años la he besado en la frente, exactamente igual que en los años cincuenta; ese hecho me indignó durante todo el camino de la Gentzgasse a la ciudad. Desde hace veinte años no he visto a la Auersberger y, en el fondo, la verdad es que la odio, como tengo que decirme, y, sin embargo, la beso como despedida en la frente. Le has besado la frente, *por lo menos sólo la frente*, me decía todo el tiempo en mi camino a través de la ciudad todavía oscura, irritándome por ese hecho. Y pensé que si me hubiera ido con los otros me habría ahorrado aquella molestia. Sin embargo, no había querido irme con los otros, sobre todo había querido evitar encontrarme otra vez con Jeannie, y por añadidura en la calle y por añadidura en aquel momento; porque estar con ella en la calle se hubiera traducido sin duda en un espantoso enfrentamiento, hubiera tenido que decirle *demasiadas cosas*, reprocharle *demasiadas cosas*, lanzarle a la cara *demasiadas cosas*, pensaba, lo mismo que, a la inversa, también ella a mí, y por eso había hecho bien en quedarme atrás, arriba, en el vestíbulo, y dejar que los otros salieran antes; sin duda, con la Auersberger solo había sido más soportable que con Jeannie sola en la calle, pensaba, con Jeannie solo en la calle hubiera sido sin duda una catástrofe, al menos para mí, pensaba, con la Auersberger solo arriba en el vestíbulo fue al menos soportable; pero a pesar de todo ahora me reprochaba haberle dado a la Auersberger un beso en la frente, después de veinte años, quizás incluso después de veintidós o veintitrés años, en los que no había hecho más que odiarla, con el mismo odio con que, en esos años, había odiado también a su marido, y que encima le hubiese mentido diciendo que su llamada *cena artística* había sido un *placer* para mí, cuando, por el contrario, había sido nada menos que repelente. Para salvarnos de una situación apurada, pienso, somos igual de mentirosos que aquéllos a los que reprochamos continuamente esa mendacidad y por cuya causa arrastramos a esa gente continuamente por el barro y la despreciamos, ésa es la verdad; en general, no somos en nada mejores que esa gente que continuamente consideramos sólo como gente insoportable y impulsiva, como personas repelentes, con las que, en lo posible, queremos tener poco que ver, mientras que, sin embargo, si somos sinceros, hemos de reconocer que tenemos que ver continuamente con ellas y somos exactamente igual que ellas. Reprochamos a esas gentes todas las cosas insoportables y repugnantes imaginables y nosotros mismos no somos menos insoportables y repugnantes que ellas, pienso. Le he dicho a la Auersberger que me alegraba de haber renovado mi relación con ellos, el matrimonio Auersberger, de haber estado otra vez en su casa de

la Gentsgasse después de veinte años, y mientras le decía eso pensaba qué ser más bajo y mentiroso soy, que realmente no retrocede ante nada, ante absolutamente nada, ni la mentira más baja. Que el actor del Burg me había gustado, que Anna Schreker me había gustado, que incluso los dos jóvenes escritores y los dos aspirantes a ingeniero me habían gustado, le dije a la Auersberger en el vestíbulo de arriba, de pie, mientras los otros invitados bajaban la escalera, así, pues, los encontraba repelentes mientras bajaba la escalera mientras al mismo tiempo le decía a la Auersberger que me habían gustado mucho. Que sea capaz de semejante mendacidad, totalmente baja, pensaba mientras hablaba aún con la Auersberger, que sea capaz de mentirle abiertamente a la cara, que esté en condiciones de decirle a la cara exactamente lo contrario de lo que precisamente siento, sólo porque me hacía más soportable ese momento, y le dije aún a la cara que sentía no haber escuchado aquella velada su voz, ninguna de sus *arias de Purcell tan hermosa, realmente tan espléndida, tan incomparablemente cantadas*, y que, en general, sentía en fin de cuentas haber interrumpido durante veinte años el contacto con ella y con su marido, Auersberger, lo que no era otra vez más que falso y realmente una de mis mentiras más bajas y abyectas. Que me parecía especialmente lamentable que Joana no hubiese podido estar presente aquella velada, había dicho aún, y que probablemente Joana hubiera querido que nosotros, es decir, los Auersberger y yo, ahora que había vuelto de Londres más o menos para mucho tiempo, si es que no para siempre, volviésemos a establecer contacto y en el futuro, probablemente, *cultivásemos* ese contacto, le menté a la Auersberger directamente a la cara, mientras los otros dejaban precisamente la casa, como podía oír, de pie en el vestíbulo con la Auersberger, desde arriba. *Ha tenido que morir Joana, ha tenido que matarse para que volviéramos a reunirnos*, le dije aún a la Auersberger, abrazándola luego brevemente y dándole, como queda dicho, un beso en la frente, y bajé la escalera y salí a la calle, y a partir de entonces, por todas las calles que anduve, me atormentó el no haber hecho más que mentir a la Auersberger en todo lo que le había dicho y el haberle mentido de forma totalmente deliberada en todas y cada una de las cosas que le había dicho. Porque en verdad odiaba a la Auersberger después de esa *cena artística* exactamente igual que la había odiado antes y a Auersberger, el *Novalis de los sonidos* y seguidor de Webern, que se había quedado estancado ya en los años cincuenta, con un odio quizá más intenso aún, con ese *odio auersbergeriano* con el que odio quizá a los Auersberger ya desde hace veinte años, según pienso, porque entonces, hace veinte años, me engañaron y trataron de una forma tan abyecta, me denigraron en toda ocasión ante todo el mundo, y hablaron tan mal de mí, después de haberlos dejado yo sólo para salvarme, sólo para no ser devorado por ellos, después de *haberles vuelto yo la espalda, no ellos a mí*, como siempre pretendían y siguen pretendiendo igual que antes, como han pretendido siempre estos veinte años hasta hoy, y pretenden que yo me aproveché de ellos, que *ellos* me mantuvieron vivo durante años, mientras que la verdad es y fue que *yo los mantuve vivos, que yo los salvé*, que yo, si no con dinero, sí con mis

facultades en general, los mantuve, y no a la inversa, y corría por las calles, como si escapara de una pesadilla, cada vez más deprisa, hacia el centro de la ciudad, y mientras corría no sabía por qué lo hacía hacia el centro de la ciudad, cuando, sin embargo, hubiera tenido que correr exactamente en la dirección opuesta al centro de la ciudad si quería ir a casa, pero probablemente ahora no quería ir a casa en absoluto, y me decía: si me hubiera quedado también este invierno en Londres, y eran las cuatro de la mañana y corría hacia el centro de la ciudad, aunque hubiera debido correr hacia casa y me decía que, a toda costa, hubiera debido quedarme en Londres y corría hacia el centro de la ciudad sin saber por qué hacia el centro de la ciudad y no hacia casa, y me decía que Londres siempre me había traído suerte, pero Viena, siempre, sólo mala suerte, y corría y corría y corría, como si ahora, en los años ochenta, me escapara otra vez de los años cincuenta hacia los años ochenta, hacia estos años ochenta peligrosos y torpes y estúpidos y pensaba otra vez que, en lugar de ir a aquella insulsa *cena artística*, hubiera sido mejor leer mi Gogol o mi Pascal o mi Montaigne y pensaba, mientras corría, que escapaba de la pesadilla auersbergeriana, y corría realmente y con energía cada vez mayor huyendo de aquella pesadilla auersbergeriana hacia el centro de la ciudad y pensaba mientras corría que aquella ciudad por la que corría, por espantosa que la encuentre siempre, que la haya encontrado siempre, es para mí, sin embargo, la mejor de las ciudades, esa Viena odiada, siempre odiada por mí, era otra vez de repente para mí querida, mi querida Viena, y que aquellas gentes que siempre he odiado y que odio y que siempre odiaré son, sin embargo, las mejores gentes, que las odio, pero son conmovedoras, que odio a Viena y, sin embargo, es conmovedora, que maldigo a esas gentes y, sin embargo, tengo que quererlas y que odio a esa Viena y, sin embargo, tengo que quererla, y pensaba, mientras corría ya por el centro de la ciudad, que esa ciudad es, sin embargo, mi ciudad y siempre será mi ciudad y que esas gentes son mis gentes y siempre serán mis gentes y corría y corría y pensaba que, como a todo lo horrible, había escapado también a aquella horrible, así llamada, *cena artística* de la Gentzgasse y que escribiría sobre aquella, así llamada, *cena artística* de la Gentzgasse, sin saber qué, sencillamente escribiría *algo* sobre ella, y corría y corría y pensaba: escribiré *inmediatamente* sobre esa, así llamada, *cena artística* de la Gentzgasse, lo que sea, sólo escribir *en seguida e inmediatamente* sobre esa *cena artística* de la Gentzgasse, *inmediatamente*, pensaba, *en seguida* una y otra vez, corriendo por el centro de la ciudad, *en seguida e inmediatamente* y *en seguida* y *en seguida*, antes de que sea demasiado tarde.



THOMAS BERNHARD (Heerlen, Países Bajos, 1931 - Gmunden, Austria, 1989). Poeta, prosista y dramaturgo austriaco considerado como uno de los más grandes autores de la literatura en lengua alemana posterior a la Segunda Guerra Mundial. Después de seguir estudios de música, se orientó hacia la literatura, y desde su primera novela, *Helada* (1963), desarrolló un universo nihilista habitado por personajes ferozmente autocríticos y autodestructivos.

Hijo ilegítimo de un carpintero austriaco y de la hija del escritor Johannes Freumbichler, Bernhard vivió en casa de sus abuelos maternos hasta que su madre se casó. El marido de ésta no lo prohijó sino que pasó a ser únicamente su tutor. A los dieciséis años interrumpió sus estudios de bachillerato en Salzburgo y empezó a trabajar como aprendiz en un almacén de comestibles. Contrajo entonces una grave pleuresía que degeneró en una tuberculosis, enfermedad que padecería toda la vida. Pasó cuatro años ingresado en el sanatorio de Grafenhof (Salzburgo), donde comenzó a escribir.

Ya en 1943 empezó a tomar clases de música y a partir de 1952 estudió canto, dirección teatral e interpretación en el Mozarteum de Salzburgo. Paralelamente a sus estudios trabajó como reportero para el *Demokratisches Volksblatt*, en donde publicó también sus poemas. Realizó numerosos viajes, algunos con Hedwig Stavianicek, una mujer 37 años mayor que él que fue su mecenas y «el ser de su vida».

Siempre lo acompañó la polémica: en 1983 fue secuestrada por orden judicial su obra *Tala*, a consecuencia de una querrela del compositor G. Lampersberg. El escritor

prohibió entonces la venta en Austria de su obra y no modificó su actitud hasta el año siguiente, en que Lampersberg retiró su demanda. El último gran escándalo lo produjo el estreno de su obra *Plaza de héroes* en 1988.

La gran producción de Bernhard puede dividirse en tres etapas: una fase religiosa, una fase intermedia más patética y una tercera, que se deriva de la anterior, en la que lo patético se expresa preferentemente a través de la ironía. Los primeros intentos líricos de *Así en la tierra como en el infierno* (1949) muestran un Bernhard que en la línea de Pascal busca a Dios. El infierno (*Hölle*) es la realidad terrenal que espera redención. «Negro es mi mensaje», dice el yo lírico de estos poemas, una afirmación que se revelará válida para todo el *opus* bernhardiano.

El tono todavía conciliador con el mundo de estos poemas desaparece ya en el ciclo *Ave Virgilio* (1981), que compila las poesías de la década de 1970. El fervor religioso se convierte aquí en pura negatividad y ésta pasará a dominar su prosa. El primer resultado de este giro es la novela *Helada* (1963) con la que entra de lleno en el panorama literario contemporáneo. «El suicidio es mi naturaleza», dice el pintor Strauch al estudiante de medicina que se ha desplazado a Weng, un pueblo situado en un valle, para observar la paranoia del artista.

La locura es presentada como la única respuesta posible en un mundo pervertido, falto de toda espiritualidad y sentido que, en la novela, está representado por el pueblecito rodeado de montañas, un espacio frío, malvado, enemigo del hombre, en donde sus habitantes han adoptado las características de la naturaleza. Los espacios que tradicionalmente la literatura ha escogido como idílicos, Bernhard los transforma en escenarios de delirio, en los que únicamente domina la ley de la muerte y la locura. Strauch es el primer artista (de los muchos que aparecen en la obra del autor) que vive alejado del mundo para sacar el máximo partido de su creatividad.

Sin embargo, esta utopía de la soledad será constantemente negada. El intelectual, el artista, es un ser absolutamente ridículo, con una retórica repetitiva, hiperbólica y patética. Konrad, en *La Calera* (1970), lo ha abandonado todo para poder escribir un estudio sobre el oído; cuando ya está a punto para empezar a redactar, mata a su mujer y enloquece. Destinos comparables padecen los protagonistas de *Corrección* (1975) y *Hormigón* (1982). Paradójicamente, el valor de la producción artística y, en general del arte, es puesto en duda por un gran artista que, después de fantasear con su propia vida en los libros autobiográficos *El origen* (1975), *El sótano* (1976), *El aliento* (1978), *El frío* (1981) y *Un niño* (1982), queda libre para la ironía más feroz.

Uno de los componentes más destacables de la obra bernhardiana, especialmente de la dramática desde *Una fiesta para Boris* (1970), es su musicalidad. Se trata de piezas casi escritas como para representar con marionetas que actúan como repetitivos altavoces de distintas posiciones. Más que dramas son libretos escritos para actores admirados por el escritor, como Minetti. Entre sus títulos más importantes se hallan

La fuerza de la costumbre (1974), *La partida de caza* (1974), *Ante la jubilación* (1979), *Almuerzo en casa de Ludwig W* (1984) y la última, *Plaza de héroes* (1988) en la que arremete de nuevo contra la Austria católica y nacionalsocialista.